

WAKUMÉ



CÉSAR CASANOVA LÓPEZ

KAKUMEI



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com>

© 2006 por César Casanova López



Kakumei por César Casanova López está liberado bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 3.0 España. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Escrito en 2006 con OpenOffice.org

Revisión Ver. 0.0 01/01/2012

ÍNDICE

1. R & R
2. Takeshi ha cambiado
3. El mundillo de Johnny
4. La misión de Takeshi
5. La camarera es preciosa
6. Johnny se cruza con un estúpido
7. Kumichou san
8. La camarera es perfecta
9. Kakumei continúa la revolución
10. Henkei
11. Otro caro intruso
12. La solución
13. Imperialismo artificial
14. Mnemos
15. Los especialistas del vertedero
16. El ataque al castillo
17. No te fíes de un pirata asalariado
18. Informe de operación
19. Desaparece una estrella
20. Secuestro
21. Kill them all and let God sort them out
22. Aterrizaje forzoso
23. Océano de radiación
24. Ciudad perdida
25. Callejuelas solitarias
26. Buscando a Beth
27. Safari
28. Dentro del túnel
29. Lluvia láser
30. El libre pensamiento
31. En el panel metálico
32. El recto camino
33. Gemelas
34. Órdenes subliminales
35. Deshechos biológicos
36. Kamikaze
37. La misión de Pamela
38. El protector
39. El calor del propio Sol

***A Karlos, Isa y Alex,
que me ayudaron a mejorarlo***

01. R & R

Aerodeslizadores de carrocería corroída y abollada surcan el cielo de Freetown. Sus células de energía expulsan un vapor negro, que termina por formar una oscura niebla sobre la carpa del Liddell Arena. Hexágonos de plástico translúcido unidos mediante una estructura metálica, formando una semiesfera de cien metros de diámetro. Hoy no llueve y algunos rayos de sol alcanzan la techumbre, recalentando el ambiente interior del estadio. Cientos de espectadores se amontonan desordenadamente en las primeras filas de las gradas, las más cercanas al ring, gritando y riendo, excitados por la pelea. Una gran pantalla plana, píxeles fundidos aquí y allá, adherida a las altas paredes curvas, retransmite el espectáculo a los que sólo han podido conseguir asientos en las gradas más alejadas. Algunos de los anticuados ventiladores que aún funcionan remueven el aire, cargado de humedad. El olor a sudor y adrenalina inunda la semiesfera.

El ring es un recinto octogonal, cerrado por una alambrada de tres metros. Dos figuras musculosas, brillantes por el sudor y los potentes focos, se retuercen en el suelo de cemento como culebras en pleno acto sexual. Hay sangre reseca en todas partes, en algunos lugares se ha rascado para sacar lo más grueso y el hormigón ha quedado libre de coágulos, pero teñido con un tono rosáceo. Uno de los gladiadores, piel morena y largas melenas trenzadas, agarra el brazo del oponente en un descuido de éste. Con sus gruesas piernas retiene el pecho y el cuello del rival sobre el duro hormigón. Cuando ha conseguido la posición idónea, presiona el codo arqueando la cadera, *arm-bar*. Cuando la articulación llega al límite, parte con un crujido, como el de una rama seca. El luchador negro, de cabeza afeitada y prominentes pómulos decorados con cicatrices tribales, lanza un grito de dolor. La pelea parece haber llegado a su fin. El agresor cesa la presión en el brazo del oponente y se pone en pie con una espectacular acrobacia. Sin importarle su nariz partida que no cesa de sangrar, levanta sus dos puños en señal de victoria y camina gritando hacia la verja. Los emocionados espectadores, ojos rasgados, piel rojiza, amarilla, negra, rasgos multirraciales entremezclados, rostros sudorosos y manchados de hollín, hombres y mujeres de semblante duro, niños, jóvenes y viejos vestidos con ropa barata, gritan y tiran latas de cerveza hacia la jaula. En ese momento, el púgil con el codo deshecho logra levantarse, apoyándose en su brazo sano. Mira a su alrededor y aprovecha la distracción del contrario para correr hacia él, con su brazo derecho colgando, inerte. Gotas de sudor caen de su cráneo afeitado y el recalentado cemento las absorbe en segundos. Antes de que el rastafari advierta el peligro, el luchador de pálidas cicatrices en las mejillas comienza a propinarle potentes ganchos; su grueso puño izquierdo trazando un arco hasta la mandíbula del oponente, una y otra vez. Cuando el rasta reacciona, baja los puños para intentar proteger su cráneo, pero es demasiado tarde. La sonrisa de su cara se convierte en una expresión absurda de felicidad, sus ojos como los de una vaca en el matadero. Cuando cae como un saco, el agresor continúa propinándole sonoros golpes con el codo, que aplastan su mandíbula contra el cemento. La sangre empieza a brotar de las brechas abiertas en su cara. Dos fornidos árbitros vestidos de negro entran en la jaula y sujetan al campeón.

– Tranquilo nene, ya has ganado. Déjalo vivir, ¿quieres? –dice uno de los árbitros, una mujer de espaldas anchas y musculosas, piel cobriza, ojos achinados y cabeza rapada. Sus pequeños y duros senos están bien marcados por la estrecha prenda de

nylon negra con finas rayas blancas. Sus enormes brazos atrapan el cuello del vencedor, retirándolo hacia atrás con fuertes tirones. El otro réferi es un hombre gordo y enorme. Con sus brazos anchos como piernas, lucha por separar el ensangrentado puño del vencedor de la desfigurada cara del rasta, que yace inconsciente en el suelo, pompas de sangre borboteando en sus retorcidos labios. Cuando el púgil negro advierte que su oponente está totalmente fuera de juego, se levanta y aparta a los árbitros de un empujón, rugiendo con el aire que aún le queda en los pulmones. Cuando se tranquiliza, el gordo coge su muñeca y levanta el puño, proclamándole ganador del combate. De la fina guantilla de goma, que protege los nudillos del campeón, caen algunas gotas de sangre, y resbalan por el hinchado pectoral azabache. Los espectadores gritan y silban; algunos entusiasmados, otros arrepentidos de haber apostado tanto por el montón de carne que lucha por seguir respirando detrás de las rejas del octógono. Los preparadores del campeón entran en el ring y lo levantan en hombros, gritando y animando al vencedor.

– No ha estado mal, no señor. Ese tipo sabe comportarse en el ring. Le falta técnica, pero me gusta su estilo. –Repantigado tranquilamente en su asiento de la tercera fila, mientras latas y botellas sobrevuelan su cabeza, Johnny termina los últimos sorbos del mini de Vodka con lima. La camiseta de goma desgastada que cubre su voluminoso pecho está manchada de la bebida que le ha caído del recipiente de plástico durante la emocionante pelea.

– Na, na na. Ese cretino ha ganado solamente porque ese otro saco de mierda con la mandíbula rota de ahí no sabe dónde se ha metido. Le tenía bajo control y, sólo porque le rompe el codo, se cree que la pelea ha terminado... ¡Será gilipollas! ¡Me ha hecho perder cinco mil plásticos el hijoputa! –El delgado y fibroso hombrecillo, de piel morena y reluciente, se llama Muay, y no para de señalar con la mano izquierda el pozo de lucha, mientras con la otra zarandea nervioso su papeleta de apuestas. La peculiar pareja sigue sentada en las gradas mientras los demás espectadores se levantan y se largan animada y escandalosamente, subiendo los peldaños repletos de envoltorios plásticos de comida rápida y boletos de apuesta.

– La culpa es tuya. Yo vi en sus ojos que era un estúpido, y antes de empezar ya sabía que le enviarían al infierno. Pero me preocupa el codo de ese otro muchacho. Cuando se le pasen los efectos de lo que se ha tomado le va a doler mucho, ja, ja. Pero bueno, unos tornillos en su codo y pronto podré volver a apostar por él. –Lleva el enorme vaso de plástico a su boca y echa un último trago. Su brazo es del tamaño de su cabeza pelada.– ¿Sabes qué? Me voy a fumar un puro, es un buen momento –dice con una gran sonrisa en su boca, y saca un cigarro habano de su bandolera de nylon.

– ¿No jodas que le has robado otra vez a Kumichou? Ja, ja, ja. Como un día se entere de quién se fuma sus habanos te colgará de las pelotas, ja, ja, ja. –Sus ojillos rasgados se cierran aún más mientras se ríe estrepitosamente. Forma una pelotilla con el boleto, arrugado y húmedo por el sudor de sus manos, y lo lanza hacia el ring, donde continúa inconsciente el luchador de largas melenas.

– ¡Bah! No es más que un canuto. Larguémonos a quemar el dinero. –Pone su enorme y musculoso cuerpo en pie, mientras lanza a un lado el vaso vacío de plástico. Su cara parece aún más simiesca cuando absorbe profundamente del puro. Las pequeñas y finas cicatrices de su cara se estiran al expulsar el humo.

– Será tu dinero, yo estoy sin blanca, ja, ja. –Recoge el humeante cigarro que le pasa Johnny y se lo coloca en la boca, sujetándolo con sus dientes blancos, mientras se levanta ágilmente del deteriorado asiento de plástico.

– Larguémonos a quemar *mi* dinero.

02. Takeshi ha cambiado

La sensación es como la de flotar en el interior de un tubo fluorescente, partículas brillando por corrientes alternas que las atraviesan. A través de las calientes capas gaseosas de diversos colores y densidades, a través del tráfico aéreo de pequeños vehículos en forma de cápsula, pilotos de posición rojos y verdes, que se deslizan a gran velocidad. Unas centenas de metros más abajo, las calles oscuras y casi vacías en las que apenas puede verse de vez en cuando algún vehículo de mercancías automatizado, o algún pequeño grupo de robots de mantenimiento, totalmente centrado en su rutinaria tarea. Desde las calles en desuso se levantan pesadas moles de hormigón en forma de cañas de bambú. Edificios circulares de cientos de metros de diámetro y otros muchos de alto. Pequeñas antenas, en forma de cuerno, incrustadas en las paredes de los bloques de apartamentos como las espinas de un rosal gigante. Hormigón y acero recubiertos con capas de goma antirradiación desgastada por la lluvia ácida y el aire corrosivo. Ventanas espejadas de plasma que reflejan los pocos rayos de luz que osan llegar a través de la sucia niebla. En el interior del lujoso y amplio apartamento se disfruta de un ambiente mucho más amigable. Aire, luz, radiación, temperatura y humedad adecuadamente controlados y programados por el sistema domótico.

Pamela se desvela cuando su mano cae desde el ancho pecho de su esposo en las suaves sábanas de seda artificial. En su mente nublada por el sueño, echa algo en falta; algo pequeño y suave, agradable y familiar a su tacto. Despierta por fin cuando Takeshi termina en el baño y aparece de nuevo en la habitación circular, de formas austeras, y decorada con los prácticos diseños a la moda en el sector.

– Buenos días, cariño –su voz es masculina, grave y profunda; pero pronunciada con delicadeza.

– Uhm... –Le cuesta abrir sus ojos de largas pestañas, siente pesados los párpados.

– Es hora de levantarse, cariño –dice él, de pie ante el futón, como una estatua de bronce.

Algo en él suena metálico. Siempre fue algo anodino, mecánico en su forma de expresarse. A ella no le importa, sabe que allí dentro hay un corazón que late tan fuerte como el del león que aparece en los documentales. Es sólo su forma fría y calculadora de actuar en todo momento, en cualquier situación, lo que le hace parecer maquinal. Pero sólo ocurre al principio. Después de unos años como esposa, ella era capaz de apreciar la alegría, la cólera, la ternura o la sorpresa en su moreno rostro impassible. Ella podía apreciar... Hasta el momento, al menos.

Se frota una vez más los pesados párpados y pestañea repetidamente. Se estira delicadamente; su desnudo cuerpo de piel morena y tersa, sin marcas, perfecta. Queda tumbada un instante más. Toma por fin la decisión de levantarse, y mueve sus piernas hacia el borde del colchón pegado al suelo. Siente la calidez y suavidad del tatami en las plantas de sus pequeños y cuidados pies.

Unos minutos más tarde toma asiento en la mesa del comedor, frente a su marido. La cocina programable les indica con cortesía que su desayuno está preparado. Mientras come los huevos y bebe el zumo de naranja recién exprimida, comienza a forzar su conciencia para comprender el por qué de su irritación. Es extraño en ella; es siempre cordial y suele levantarse de muy buen humor. Al volver a la realidad y centrar su vista,

se encuentra mirando el amplio pecho de su marido. A ella siempre le encantó aquel pecho fuerte y moreno, con su minúscula imperfección, su suave y pálida cicatriz...

– La cicatriz... No la tienes. ¿Por qué te la has quitado? –Por fin consigue evacuar su molesta irritación, sus pequeños senos subiendo y bajando al ritmo de su agitada respiración bajo la delicada bata de algodón.

– No tiene importancia. –Los ojos grises la miran con frialdad.– Decidí que era hora de quitarme esa dichosa cicatriz –dice Takeshi con un gesto de desdén, y sus ojos vuelven a concentrarse en los huecos rotos de su plato–. No pensé que te molestase en absoluto. ¿Es algo importante para ti? –Sin levantar la cabeza de su plato, devuelve su fría mirada a Pamela; una mirada inquietante... como siempre.

– Oh... Eh... No, únicamente... No, no es importante. –Como buena esposa, comprende que la discusión ha terminado, no hay nada más que pueda decir.

Después del desayuno, Pamela se viste con el primer traje que encuentra en el vestidor. Una vez en la azotea, cubierta como un invernadero, introduce su código de auto-parking y la enorme maquinaria recupera su deslizador desde el inmenso archivador de acero. Monta en el vehículo, que le da la bienvenida, y cuando el parking le concede el permiso, el aerodeslizador sale expulsado al exterior, dejando atrás un leve chorro de vapor. El pilotaje es casi automático. Sería imposible de otro modo circular a través de las densas nubes de polvo y vapor sucio, sobre los altos edificios de hormigón y vidrio, las antenas, las torres de expulsión de gases, los otros deslizadores planeando a gran velocidad. Pero más adelante, existe un área de espacio aéreo protegido en torno al sector administrativo de kaisha Kakumei. Al llegar al cordón de seguridad debes aterrizar y circular por tierra hasta las instalaciones principales, apenas unos kilómetros sobre gomasfalto.

El sector central de la kaisha concentra las Oficinas Generales de Administración, así como los Laboratorios Especiales y los Laboratorios de Datos. En estos últimos se esconden los servidores que mantienen la sede virtual de la entidad en el espacio virtual IINet. Pamela detenta el cargo de Consultora de Proyectos en los Laboratorios de Energía, que pertenecen a los Especiales, y Takeshi es Jefe de Inteligencia, dentro del Sector Administrativo. Son cargos muy diferentes, pero casualmente las oficinas de una y otro están realmente cerca. La pareja se conoció allí, en el mismo centro de la kaisha. Kakumei es la corporación–estado para la que trabajan. La kaisha es la que Takeshi y Pamela Kimiyama se conocieron, en la que estudiaron, donde se criaron... Es el lugar en el que nacieron y el lugar en el que serán incinerados cuando perezcan.

03. El mundillo de Johnny

Es una pesada pieza de coleccionista. Todo el mecanismo es acero inoxidable. Un capricho del fabricante, sin duda. En 2011 el acero había quedado relegado a la construcción de vigas y piezas de maquinaria pesada. La mayor parte de las armas de fuego eran fabricadas en polímeros y aleaciones ligeras. Sin embargo, el modelo Colt 2011 de STI era pesado acero cien por cien. La fuerte mano de John la sostiene como un juguete, mientras extrae el cargador y retrae la corredera.

«John no tiene apellidos, para que nadie lo encuentre. Para los negocios, su alias es *Escorpión*, por la esquemática silueta de ese arácnido que lleva marcada a fuego en su estómago de gorila. Y si tu nombre aparece en el contrato, más vale que seas el que paga la faena. En su larga carrera profesional, tiene el mérito de no haber servido jamás para una kaisha como asalariado. Lo más parecido que ha tenido que aceptar es trabajar para el señor Kumichou. Su estilo siempre fue el de cowboy solitario, un par de compinches de confianza a lo sumo. Pero, en los tiempos que corren, las cosas están muy jodidas para los vaqueros como él. Kumichou san le da suficiente libertad de movimiento, no hay órdenes directas, ya se sabe, el trabajo bien hecho es suficiente.»

El musculoso gigante está sentado en el colchón de espuma de una destartada habitación. Sus dedos gruesos manipulan las piezas con rapidez. Con la mano izquierda saca el muelle de recuperación y lo coloca sobre un trapo viejo, manchado de grasa, que ha extendido sobre el catre. Después, libera la corredera del marco y extrae el cañón. Introduce una fina escobilla en el interior del tubo plateado, frotando la superficie rayada para limpiar los residuos adheridos. Una operación extra, innecesaria en las automáticas modernas. Todo un ritual primitivo que, por algún motivo, le relaja.

«Nació en una familia de baja casta, empleados de limpieza en una kaisha dedicada a la fabricación de propulsores Henson para autodeslizadores. Cuando aún no había terminado los estudios, decidió rechazar la herencia de esclavitud proletaria y abandonó la compañía y sus nulas expectativas. Aunque está prohibido abandonar la kaisha, a nadie le importó. Sólo las alambradas, los campos electromagnéticos y los androides de seguridad intentaron impedirselo. Viajó en vagones de trenes mercancías para pasar las estrictas fronteras. Vagabundó por los barrios más miserables de otras kaisha, robando y rebuscando en la basura, con lo que se alimentó y vistió durante algún tiempo. Más tarde ingresó en diferentes *maras*, pandillas de desmotivados y violentos jóvenes de orígenes similares al suyo. Robaban, asaltaban y destruían. De ellos aprendió algunas nuevas técnicas de agresión, consiguió mejores botines y un lugar seguro donde descansar.»

De pie frente al espejo, lanza su gesto más agresivo. En su enorme mano, el pequeño tubo de aleación pasa casi desapercibido. En un espasmo súbito, lanza su mano hacia adelante, como sacudiendo con un látigo invisible. Pero, desde el pequeño cilindro en su puño, aparece un cable de acero terminado en una afilada punta de flecha, que surca un arco con efecto y golpea el espejo plástico con precisión, justo en la garganta de la imagen reflejada. La imagen se distorsiona por un instante, y el cable vuelve a plegarse velozmente, ocultando la punta de acero en el interior del tubo.

Cobra.

«Sony, un compañero de la última *mara* en la que se había metido, la BKL, le inició en el oscuro mundo de *kaizoku* informático, hacker del ciberespacio, asaltador de paquetes IINet. Se le dio bien. Juntos desviaron algunos céntimos de pequeñas transacciones entre *kaisha* a sus propias cuentas. De aquí y allá lograron juntar unos miles. El pequeño Johnny estaba entusiasmado con el dinero fácil, así que fueron cada vez a por *kaisha* más prósperas, dando palos de mayor cuantía. Pero rápida y dolorosamente descubrió que en las redes corporativas de cierto nivel había demonios más fuertes que él, más rápidos, peligrosos y... automáticos. Un día sombrío, en el que el smog industrial impedía ver nada a través de las ventanas del viejo bloque de apartamentos abandonado, Sony decidió conectar y buscar un nuevo objetivo. Cuando curioseaba en los sistemas de una *kaisha*, de complicado logotipo, cayó en la trampa de un *hielo* oculto y peligroso. Estuvo colgado durante horas, babeando sobre la consola con los trodos en su grasienta cabellera, hasta que Johnny llegó cargado con las bolsas del mercado y lo encontró allí, sentado en su silla favorita, un charco de orín mojando sus deportivas. Sony no fue el mismo desde entonces... Sony no fue nadie desde entonces. Johnny cuidó de él durante un tiempo y consiguió algunas fichas más con incursiones menores. Después, decidió olvidarse de los trodos para siempre. Un día, mientras Sony babeaba en el mugriento plexiglás de una ventana mirando al infinito, con la mente a mil kilómetros de Freetown entre las luces de la red, Johnny preparó su *petate*. Bajo el húmedo colchón de Sony dejó una bolsa plástica llena de fichas, las tres cuartas partes de lo que habían conseguido. Sony lo iba a necesitar. Metió el resto en su *petate*, lo colgó de su hombro y se largó tan lejos como pudo. Se prometió que jamás permitiría que un *hielo* le derritiera el cerebro de esa manera. Los músculos de todo su cuerpo temblaban tan sólo de pensar en acabar como su socio, como todos aquellos hackers fracasados que había visto en las calles de los peores suburbios de las *kaisha*, balbuceando palabras ininteligibles, acurrucados en algún rincón oscuro con su cerebro dañado por cortocircuitos y bucles neurales que les conducían a comportamientos absurdos y suicidas.»

De debajo de la cama arrastra afuera su mochila deportiva de nylon, mimetizada en blanco, azul y gris. Coloca la ropa a un lado, camisetas elásticas, pantalones negros de goma, ropa interior de lycra porosa, un anorak. Entre la ropa coloca algunas drogas, en frascos de plástico amarillento. Después las armas, su preciada Colt 2011 recién engrasada, un par de cargadores, su cuchillo *Ka-bar*, un par de navajas, la *cobra*, y unas cajas de munición Cal.45 ACP, tan difíciles de conseguir en los barrios libres como las rosas frescas de color negro.

«Aún era muy joven cuando se largó de casa de Sony. John seguía creciendo, unos buenos genes le dotaron de unos enormes músculos. Como no sabía hacer muchas más cosas que ser vaquero de consola, decidió utilizar su habilidad especial, la que nunca le había fallado; la habilidad de enfocar toda su violencia y resentimiento sobre un objetivo y aplastarlo con toda su fuerza. Se atrevía a desafiar a *salarymen* de medio nivel, les asaltaba cuando acababan de aparcar el aerodeslizador, robándoles la ropa o lo que llevasen encima, tan sólo por desafiar los elevados sistemas de vigilancia y seguridad. Hastiado de las injusticias que veía en las *kaisha*, hizo una nueva amistad. Una amistad platónica con un personaje histórico, creía él. Encontró unos e-libros antiquísimos, unos relatos de aventuras que le fascinaron. Documentos que hablaban de una era remota y de un arcaico guerrero llamado Conan, que tras muchos años de

batallas y aventuras consiguió su propio reino, su propia kaisha, que dominaba con justicia. A Johnny no le interesaba ningún reino, él solo quería saborear la libertad de los proscritos. Aprendió a saborear la vida de ladrón y aventurero al estilo de su nuevo héroe. Vagabundó entre los sectores más pobres de las corporaciones y sus fronterizos barrios libres, buscando su camino. Si en ocasiones, durante esa búsqueda de acción y aventura, si en ese rodar por lo más bajo, tuvo momentos desagradables y dolorosos, ocasiones sobradas para perder la vida y deteriorar su salud, a él no pareció importarle ¡Ay! Todos aquellos *salarymen*, el noventa por ciento de los seres del planeta, que nunca sabrían realmente lo que es la vida, como ratas hacinadas en su empresa laberinto. Sólo el Escorpión conseguía en ocasiones que alguno de esos anesthesiados corazones palpitase con fuerza, cuando el frío filo de su machete acariciaba la piel cuidada de los esclavos encorbatados.»

Vuelve a sentarse en el catre para abrocharse el desgastado velcro de las botas militares. Se pone en pie, agarra la cazadora colgada en una silla, y se la calza. La chupa de plasticuero, reforzada con escamas de titanio en cuello, espalda y codos, le oprime un poco cuando sube la gruesa cremallera. Recoge la mochila del suelo y las suelas de goma de las botas chirrían cuando gira sus pies en dirección a la puerta de chapa, que da a la escalera del ruinoso edificio.

«Él es libre, está fuera del control de las poderosas empresas–estado. Sabe como hacerlo, por supuesto; porque no es fácil escapar de los tentáculos informáticos, mantener tus datos fuera de la red, de las arañas que recorren IINet buscando patrones, componiendo bases de datos que resumen y controlan la vida de muchos. Conoce las formas de comprar en el mercado legal con cuentas falsas, tarjetas de crédito que no conducen hacia ninguna entidad financiera registrada, y también en el mercado libre con dinero negro, la antigua moneda, esas pequeñas fichas plásticas con tantos y diminutos detalles, el microscópico microcriptor en su interior; dicen que en un principio no eran más que fichas de casino. Nunca se sabe, el pasado y la historia están oscurecidos por la contaminación industrial, las corporaciones y los tecnócratas que dominan la mayor parte del planeta, la parte del planeta que *importa*.»

Al salir del portal, camina unos minutos por las calles mal iluminadas y malolientes. La basura se acumula en las esquinas y en los portales de los edificios abandonados. Ropa húmeda y arrugada tendida en las terrazas de barandillas oxidadas. Aparatos de aire acondicionado, tuberías de gas, cables de datos que cubren las fachadas de los bloques de viviendas, como enredaderas trepadoras en los muros de piedra de algún viejo castillo. Johnny se detiene delante de un edificio, cuyos bajos están ocupados por garajes de cierres metálicos decorados con grafitis que brillan en la oscuridad. El edificio parece abandonado. Los huecos de las ventanas sin cristales están manchados de hollín, probablemente causados por algún incendio en el interior. Johnny pasa su muñeca por el lector de chip de uno de los garajes y el cierre se levanta lentamente con un chirriante traqueteo. El pequeño cubículo alberga una enorme montura negra, una Kawasaki de aleación, anchas ruedas y un potente motor químico.

«Después del asunto de Sony, continuó un tiempo como miembro de la *mara*. Pero tras bucear en el inmenso océano de información del ciberespacio, la pandilla de colgados de la Calle 13 le pareció una absurda pérdida de tiempo. IINet le había abierto la mente; ahora había todo un mundo que conocer y conquistar. Decidió desaparecer del barrio. Robó autodeslizadores y se coló en trenes y transbordadores de mercancías,

saltando de ciudad en ciudad. Hasta que consiguió llegar a Freetown, la más popular de las macrociudades libres. Allí buscaría su suerte.»

Los seis tubos de escape de la máquina escupen ardiente vapor, mientras el aire húmedo y recalentado de Freetown le golpea en la cara a setenta kilómetros hora. Cuando los primeros rayos de sol alcanzan las plateadas aguas del puerto, tan sólo las ratas comparten la calle con él. La Kawasaki ruge levemente cuando el adiestrado piloto da gas en las apretadas curvas de las callejuelas malolientes. Cuando alcanza la entrada a la autopista, acelera y se tumba sobre la montura, protegiendo su cara en el corto parabrisas. A más de trescientos kilómetros por hora, los paneles de la calzada desierta pasan como un relámpago. En poco más de una hora casi ha llegado a su destino. Circula ya por el sector catorce de Madrid DC cuando la aguja del depósito está a medio camino. El sistema de navegación de la Kawasaki le guía en el laberinto de asfalto. Encuentra la entrada al aeropuerto tras perder de vista a una de las bandas de las autopistas, locos en motos primitivas que le persiguen y le disparan durante algunos kilómetros. Rueda por las carreteras que se extienden bajo el hormigón y el asfalto de las pistas de despegue, hasta llegar al sector ocho del Barajas International. Una rampa le lleva de nuevo a la superficie, sobre la pista ochenta. Allí le esperan sus compañeros de armas, cargando algún material en la barriga de un pequeño y destartado trasbordador. Kumichou le recibe con uno de sus puros en los labios gruesos, que dibujan una mueca de disgusto:

– Llegas tarde, pequeño.

«El último aerobús de su larga escapada, desde su kaisha natal hasta la última frontera de Freetown, le dejó en una torre circular de veinte pisos de altura. Fue el primero en salir, ansioso por abandonar el destartado y maloliente vehículo. Cuando las puertas herméticas se abrieron, un viento húmedo y caliente, de intenso olor salino, le sacudió el rostro con violencia; y le encantó. Pero su corazón palpité con mucha más fuerza cuando pudo acercarse al borde del rascacielos y observar, por primera vez en su vida, el vasto mar abierto. Aunque muy a lo lejos, el mar y el mundo se acababan; a unos kilómetros mar adentro se vislumbraba la costa brumosa de una tierra desértica, muerta, amurallada por extensas planchas de hormigón y cables de acero. Un antiguo gueto continental, un basurero enorme. Sin kaisha, sin barrios libres, sólo terreno contaminado. El límite de la civilización.»

En el interior de la nave, los kaizoku se preparan para el despegue. El gigante de las mil cicatrices tira con fuerza del cinturón de seguridad, que le queda demasiado ajustado. Cuando termina de atarse al asiento, saluda a su compañero, sentado a su lado junto a la ventanilla. Un intrincado apretón de manos, sus dedos se unen y se retuercen veloces; algunos lo llaman el *Lenguaje Manual*. Es un viejo y privado sistema pandillero de comunicación. Su amigo Muay le responde, sin soltar la enorme mano. A él también le ha echado la bronca el jefe. En ese instante, los motores explotan en un rugido ensordecedor. Cesan cinco segundos después, cuando el trasbordador se encuentra ya a dos kilómetros de altitud; y sigue ascendiendo sobre la vertical.

«Llevaba una semana allí y aún le fascinaba el mar. Paseando una tarde por la fina arena, se cruzó con un grupo de jóvenes pandilleros, que se adentraban apresuradamente en la playa, hacia la orilla, en dirección a un anciano delgaducho, que descansaba echado en una esterilla de paja. Con curiosidad, Johnny decidió sentarse tranquilamente en la arena húmeda, atento al espectáculo. El viejo, con un sexto

sentido, se había incorporado cuando llegaban los cinco jóvenes, que sacaban cadenas y punzones. Fue un baile espectacular. El joven pirata jamás había visto luchar de esa manera, esquivando los golpes y aprovechando la fuerza de sus oponentes para controlarlos y mantenerlos en una posición de inferioridad. Los jóvenes caían a un lado y otro, como pingüinos fuera del agua, pero cada vez más rabiosos. El baile no duró mucho. Uno de ellos, aún con la muñeca derecha hecha picadillo, fue más rápido que el viejo. Mientras el anciano estaba despachando a otro oponente, el joven le asestó una puñalada con la navaja que sostenía en su puño izquierdo. Johnny reaccionó con uno de sus ataques súbitos; se levantó de un salto y corrió veloz hacia el grupo, levantando nubes de arena con sus pies descalzos. Llegó justo a tiempo; el pandillero estaba a punto de rematar al viejo, que se sujetaba las tripas con sus manos cubiertas de sangre. El musculoso Johnny saltó sobre el pandillero, dejando caer su afilado codo sobre el cráneo rapado del chaval, sus cien kilos de peso detrás. El sonido de huesos rotos silenció el ruido de las olas. La sangre impregnó la arena donde la cabeza del chico inconsciente había caído, rota como una sandía. Los demás pandilleros se quedaron paralizados durante unos segundos, mirando a la mole de músculos hinchados y con cara de lobo hambriento. Después, los dedos flojearon y las cadenas y pinchos cayeron a la arena suave y cálida. Otro de los jóvenes echó a correr torpemente sobre las dunas, desapareciendo en el interior de una dilatada tubería del alcantarillado, al final de la arena. Los demás no tardaron en desaparecer también, sin mirar atrás, abandonando a su compañero malherido. Con una mueca de dolor aún en su rostro y taponando con fuerza su herida, el abuelo fijó su mirada tranquila y penetrante sobre el musculoso gigante, evaluándolo como un espécimen exótico. Johnny respiraba hondo para calmar su joven corazón.»

– Por favor, enséñame ese baile que haces –le dijo al abuelo, con una sonrisa de lobo recién alimentado en los labios cortados.

»El viejo resultó ser el dueño de una escuela de lucha, y en recompensa enseñó a John todo lo que sabía. En la escuela, el musculoso joven entabló amistad con algunos luchadores profesionales, que pronto le introducirían en el mundillo. Al poco, Johnny se convirtió él mismo en uno de los mejores. A diferencia de los hackers profesionales, tipos pálidos y delgaduchos, él nunca había dejado de cuidar su cuerpo, sano y fuerte. Y pronto empezó a ganar dinero. Allí en los viejos barrios libres, existe una gran afición al deporte en general; pero la Lucha es el favorito. Se puede ganar bastante con la Lucha Final, ya sea con las apuestas o abajo en el enrejado octógono. Pero la *arena* es cruel. Puedes perder la vida, o lo que es peor, la capacidad de moverte, de defenderte. Pero en aquellos momentos Johnny era joven, fuerte, rápido y con mucha adrenalina que quemar. Fue su época dorada. Sin preocupaciones de ningún tipo. Entraba en el ring, le rompía un par de huesos al aspirante de turno, cobraba y salía a gastárselo por los tugurios del puerto. Chicas, bebida, juega y descanso. Después, vuelta al gimnasio y a entrenar para el siguiente combate.»

Tras unos rodeos evitando espacios aéreos demasiado vigilados, la destartalada aeronave propiedad de Kumichou cruza las fronteras de Kaisha Powertrade. Sobrevuelan el extenso territorio durante unos minutos hasta alcanzar el aeropuerto. La torre de control les concede el permiso de aterrizaje. El trasbordador quema las ruedas en unos cientos de metros de pista. En el interior de la cabina blindada, sin ventanas, el piloto se deshace de los trocos que le conectan al sistema de navegación de la nave, y abre una lata de cerveza que se bebe de un sólo trago. Después de descargar el material, los piratas lo transportan a unos tranquilos depósitos de alquiler, dentro del propio recinto del aeropuerto. Mientras, el piloto deja la nave en un hangar reservado

para Kumichou. Cuando terminan, el jefe pirata rompe filas y los kaizoku se largan del aeropuerto, dispersándose entre los sectores residenciales, pasando desapercibidos entre la clase baja salarymen de Powertrade. Después de unas vueltas, Muay y John encuentran una chabola muy aceptable. Se tiran en los colchones de espuma y descansan del viaje durante unas horas.

«Aburrido de la rutina, tras haber derrotado a decenas de oponentes, de ganar más de veinte kilos de músculo, cicatrices por todo el cuerpo, placas y tornillos de titanio, después de aprender a descifrar lo que se oculta tras una mirada, Johnny decidió abandonar la arena y ganar fichas de una forma más sutil. Fue entonces cuando algunos contactos le introdujeron en negocios realmente prósperos, con los que ganar cantidades serias. Básicamente consistía en llevar a cabo pequeñas escaramuzas al servicio de las kaisha, asuntos turbios en los que las corporaciones jamás admitirían haberse involucrado. No es un trabajo nuevo. Dos mil años antes ya había piratas mercenarios saqueando poblados enemigos. No es un trabajo emergente. Doscientos años atrás, cuando aún existían gobiernos y naciones, existían ya millones de agentes con nóminas reservadas contratados por agencias de inteligencia de gobiernos con intereses económicos y estratégicos. Apenas ha cambiado nada desde el siglo I, y mucho menos desde el XXI. Es sólo que ahora los papeles están más definidos. Los gobiernos no necesitan venderse a las corporaciones, porque las corporaciones *son* los gobiernos kaisha. Ahora es evidente que toda interacción entre potencias es debido a la cuota de mercado o a los bienes estratégicos. El darwinismo económico. Soltaron al caimán en el estanque japonés.»

El smog nocturno apenas permite respirar, así que los dos piratas se deciden a entrar en el primer tugurio que encuentran en el barrio. Un cartel iluminado por neones cubiertos de hollín y grasa anuncia el nombre del local: “The Golden Horn”. Un portero alto y grueso les observa con desconfianza mientras el musculoso pirata abre de par en par las pesadas puertas del garito de un manotazo. Tan sólo dos horas más tarde, han agotado ya todas las existencias espirituosas del bar. Pero están suficientemente borrachos para bailotear un rato más con las dulces y alegres chicas de Powertrade.

«El pirata novato fue aprendiendo el manejo de todo tipo de armas de fuego, desde los cañones láser hasta las pistolas full-automatic de alta velocidad. También estudió los diferentes virus disponibles para la corrosión del *hielo* empresarial, la desactivación de alarmas y cerraduras electrónicas, el pilotaje básico de naves y transbordadores, armas químicas, explosivos... de todo. Los trabajos más habituales consistían en secuestros o asesinatos de ingenieros especializados, administradores de sistemas o directivos. También estaban los sabotajes y los robos de prototipos no patentados. Toda misión de agresión a una kaisha es extremadamente peligrosa, las compañías cuentan con tecnología y ejércitos. Pero los grupos kaizoku conocen mejor los puntos vulnerables de las corporaciones que ellas mismas. Además, los kaizoku, o piratas mercenarios, son prescindibles y no se les puede relacionar con ninguna corporación. De ese modo, la kaisha que los contrata conserva siempre en el anonimato. Los piratas hacen el trabajo sucio, y en caso de que la misión fracasase y los apresen, nadie puede probar que exista un vínculo real entre los piratas y la corporación. Ninguna kaisha atentará directamente contra otra, porque estaría violando el Tratado de Protección Comercial del año 2119. Y en ese caso, las demás kaisha componentes del Comité la castigarían y la destruirían... Eso dice la ley, pero ya sabemos que las reglas solo ayudan a los más fuertes, por eso los demás utilizan a los kaizoku.»

John y Muay abandonan finalmente la taberna, cansados de tanta diversión, bailar y romper mandíbulas. Tras ellos, el gorila panzudo de la puerta, no muy seguro de poder contener a la masa de músculos y al moreno flacucho, continúa amenazándolos con llamar a Seguridad si no se largan deprisa de allí. Unos diez celosos machos alfa quedan esparcidos en el interior. Cuerpos inconscientes, vasos rotos, dientes sueltos y sangre diluida en alcohol rancio, que el sucio aserrín sobre el suelo de goma absorbe con dificultad.

«Hasta ahora, el empleo como kaizoku le había sido mucho más rentable y ameno que el de *ultimate fighter*. Sin embargo, muy a menudo echaba de menos su despreocupada vida de gladiador. Una vida sencilla y tranquila. Era como si el ligero contacto que mantenía con las kaisha le arrebatare su preciosa libertad espiritual, que siempre había sido, era y sería su principal prioridad.»

04. La misión de Takeshi

El despacho es blanco, las paredes blancas, el techo blanco, una mesa blanca en el centro. El despacho es blanco, muy luminoso, casi brillante. Tiene forma circular y está prácticamente vacío. Algunos dirían que tiene un estilo minimalista, otros, que parece una sala de autopsias. El despacho es blanco, y se haya sumido en un deslumbrante silencio. Aunque igual podría resonar en los muros el ruido de diez martillos neumático golpeando planchas metálicas. Él no lo hubiese percibido en ese instante.

Sentado, muy rígido, en el sillón de cuero blanco, sus manos quietas sobre la pulida mesa de mármol. Sus sentidos totalmente absorbidos por el espacio etéreo de la IINet. Ante su vista, la forma corporativa de Powertrade. Un logotipo brillando en neón azul, en el azul de las chispas eléctricas. Sólo una manzana en una macrociudad de datos, una entre los millones de estrellas en el amplio espacio de información. Cuando desconecta, su ojos vuelven a funcionar. Su vista enfoca una pared blanca y lisa en una habitación circular y vacía. Sus manos perciben la dureza del mármol, sus oídos perciben el silencio real, y el aire que entra en sus pulmones es fresco y seco.

Cuando Takeshi era algo más joven, la denominación de la kaisha era otra y su estatus corporativo también. Cuando Takeshi era algo más joven, su puesto era simplemente de asesor tecnológico para uno de los miembros de la directiva del Departamento de Inteligencia. Espiando en los sistemas privados de otras corporaciones, conectadas a IINet y protegidas tras *hielos* insuficientemente *fríos*, encontró una posible presa. Desarrolló el proyecto y se lo presentó a su superior. Al poco, la viabilidad del proyecto se votó en la junta directiva y, en dos meses, la corporación era dueña de la más potente y versátil inteligencia artificial que la humanidad hubiese conocido jamás. Aquel suceso provocaría poco después que la kaisha aumentase su producción, su cuota de mercado, sus ingresos y su influencia en el mercado mundial. Takeshi creyó que sería gratificado con un cargo de mayor nivel; pero por el contrario, su jefe se adjudicó el mérito y decidió deshacerse de él, traspasándolo a otro departamento en un puesto inferior. El leal empleado tragó la amarga píldora y se obligó a ignorar el incidente. Desde su apartado puesto en los Laboratorios Especiales, siguió con interés los cambios en la directiva de la kaisha. Allí conoció a Pamela, que se convertiría poco después en su esposa.

El tiempo transcurría y, a medida que la corporación obtenía mejores resultados, con mayor frecuencia se escuchaba cómo alguno de los altos cargos había sido depuesto, retirado, o había sufrido algún raro accidente en su propio despacho. Justo el día en el que Takeshi cumplía un año en el destierro, él y todos los miles de millones de empleados de la corporación, recibieron un e-mail *dorado*, un correo de alta prioridad proveniente de la dirección general. El mensaje anunciaba el cambio de directiva, así como de su futura política y su nueva denominación corporativa. El comunicado animaba a los *salarymen* a recibir con gratitud la nueva era de prosperidad para la renombrada kaisha Kakumei.

A partir de entonces, cambios brutales se sucedieron en la empresa-estado. Los puestos directivos se redujeron al mínimo. Algunos de los más importantes miembros mantenían tan sólo la titularidad; pero las decisiones reales se tomaban en la oficina central, en la cumbre de la jerarquía. Muchos rechazaron al principio esta estructura

fuertemente centralizada y totalitaria. Pero lo cierto es que la corporación subía puestos y, además, los que mostraban cierto desacuerdo desaparecían sospechosamente del organigrama empresarial. Nunca se volvió a celebrar una junta de accionistas...

Para Takeshi, el cambio fue positivo. Pronto obtuvo el cargo de Jefe de Inteligencia de kaisha Kakumei, que aún conserva. Él y él mismo componen al completo el *Ministerio del Interior*. Su único superior es el señor Kara, y después de él no hay nadie... Desde el primer día en el cargo, el presidente Kara ha conseguido impulsar el crecimiento de la corporación de forma exponencialmente. Con la anterior directiva, Takeshi había sentido en ocasiones la soledad, la sensación de no trabajar en equipo, de ser un simple eslabón en una cadena de montaje mal engrasada. Siempre lo aceptó sin oposición, pues sus antepasados eran estrictos trabajadores Japoneses orgullosos de servir. Pero el Henkei, el tratamiento que llevaba a cabo el señor Kara con algunos de sus mejores empleados, le ha ayudado a evitar esas distracciones, esas malas sensaciones, para siempre. Ahora, su unión a la empresa es total. Ahora, su unión al sistema es absoluta. Incluso en la intimidad de su hogar, Takeshi siente esa unión. La cinta de trodos, olvidada ya en algún cajón de su mesa de mármol, ha perdido por completo su utilidad. Su único objetivo en la vida es el objetivo de kaisha Kakumei.

Y el objetivo de kaisha Kakumei es obtener energía, puesto que los actuales procesos industriales le exigen un mayor consumo energético. Además, no puede permitirse depender más de corporaciones extranjeras para la obtención de siquiera un mínimo porcentaje. Es hora de conseguir una gran producción autónoma de energía, suficiente para sostener el desarrollo planificado. Y la especialidad de Takeshi no es encargarse de la investigación dentro de Kakumei, sino fuera. Las investigaciones han dado sus frutos; existe un sistema para la producción de energía en la cantidad que necesitan. Kaisha Powertrade lo está desarrollando, y Takeshi únicamente tendrá que cogerlo e implantarlo en Kakumei. Aunque no resultará tan sencillo; Powertrade tiene una gran representación en el Comité 2119. Que las corporaciones conformen el sistema político de casi la totalidad del planeta no significa que la competencia sea brutal. Existen reglas, y no se puede terminar con la población de una kaisha sin más para robarle sus proyectos; iría en contra del Tratado de Protección Comercial del año 2119. El Comité 2119 debe proteger la propiedad privada de las corporaciones aliadas. En todo caso, una kaisha tiene el derecho de absorber alguna de sus subempresas si le causa algún perjuicio. Incluso puede llevar a cabo alguna discreta escaramuza contra otra kaisha de menor rango, siempre que se compense al resto de miembros del TPC2119.

El proyecto energético es uno de los más complejos que el número cero, el señor Kara, le ha confiado a Takeshi desde el principio de su nombramiento en el cargo. Pero no duda que será capaz de llevarlo a buen fin con prontitud y eficacia. Dispone de la última tecnología en espionaje y recursos económicos suficientes para absorber una par de kaishas de nivel medio. Takeshi está honrado por la confianza que el señor Kara deposita en sus aptitudes. Pero al fin y al cabo, era de esperar... Gracias al Henkei, el señor Kara y Takeshi Kimiyama están más unidos que nunca, podría decirse que entre los dos existe una conexión total...

05. La camarera es preciosa

A pesar del percance con el despertador, su media hora de maquillaje obligatorio, su fastuoso desayuno y la electrónica deficiente de su Suzuki barato, Zara Kato ha llegado sólo quince minutos tarde. Justo a tiempo para servir el desayuno a los agradables científicos de los Laboratorios Especiales. Aunque ahora es Restaurant Manager, sirvió mesas en un tiempo, cuando aún estudiaba en el instituto. Gracias a su especial don de gentes, consiguió el puesto de Manager en los Laboratorios reservado para una cuarentona del sector tres que había pedido el traslado hacía más de un año. Ella siempre tuvo ese poder. Pese a su más que dudable profesionalidad, su personalidad siempre la ayudó a trepar puestos. No se le confía a cualquiera el acceso a los comedores de los Laboratorios Especiales. No obstante, se siente más satisfecha cuando puede ocuparse de las tareas de dirección del restaurante. Le encanta que los cocineros, el chef, los proveedores y los camareros a su mando cumplan sus órdenes al pie de la letra. Su principal arma es ser popular, parecer accesible y aparentar cordialidad y diplomacia. Todos se confían a ella, aunque en ocasiones sea un poco torpe y despistada con las cosas que le aburren. Algunos dirían que sabe como utilizar y manipular a la gente; otros dirían que su especialidad son las relaciones públicas.

Normalmente, la cantina de los Laboratorios Especiales se provee mediante robots de transporte que circulan continuamente por los estrechos túneles de servicio bajo tierra, vigilados por los sistemas automáticos de seguridad. Sin embargo, una reciente explosión en uno de los túneles ha cortado la comunicación entre la cantina y el comedor, y aún tardarán unos días en subsanar los daños en el complejo circuito de conductos. Por ese motivo, la primera tarea de Zara en el restaurante es la de supervisar los desayunos, y empujar ella misma el pesado carrito, atravesar los estrictos controles de seguridad del Laboratorio Especial, y servir los desayunos aún calientes en la cantina del laboratorio; al menos hasta que se aclare el asunto de la explosión. Los ingenieros están ya sentados en sus mesas, charlando distraídamente sobre algún complicado sistema de control, cuando Zara atraviesa la puerta giratoria de la cantina. Los ingenieros más jóvenes apenas se fijan en ella, lo que la irrita bastante. Las cámaras de seguridad no la pierden de vista mientras trabaja dentro de los Laboratorios, pues el chip que lleva implantado la identifica ante el sistema como un simple visitante con acceso limitado. Pero ella ya está acostumbrada a las cámaras, en cierto sentido le encanta que la miren.

El trabajo en los Laboratorios Especiales le lleva tan sólo una hora. Después abandona el área restringida y continúa el trabajo en el restaurante central, donde comen los científicos de proyectos estándar, los administrativos y los técnicos del resto de laboratorios comunes. En su despacho, perfectamente decorado con las fotos de sus últimas vacaciones, se conecta a la red para planificar las compras del mes siguiente y redacta a medias breves pero aburridos informes. Después vigila a los técnicos de la cocina automática, a los camareros en el comedor y trata con algunos nuevos proveedores. Y tras una dura jornada de trabajo, se alegra cuando recuerda que Pedro, su paciente marido, consiguió por fin reservar mesa en Samuel's, para esta misma noche. De algo tenía que servir estar casada con un administrativo de nivel cuatro en la sección de Investigación Nuclear de Powertrade. Bueno, él también tuvo algo que ver con su ascenso a Restaurant Manager. De un modo u otro, sus nueve horas de trabajo tocan a su fin, y corre contenta hacia los vestuarios donde se deshace del poco

glamoroso uniforme gris. Después se monta en el ascensor en dirección al aparcamiento.

– Última planta –exige al sistema. Y el ascensor recorre en vertical los doscientos metros en un par de segundos. Mientras espera a que las pinzas robóticas del parking automático le devuelvan su viejo Suzuki, se imagina montada en los últimos modelos de deslizador a la venta. Está harta de soportar las continuas averías de este viejo cacharro. Además, sospecha que sus subordinados se mofan de ella al verle conducir un barato y destartado Suzuki.

– Es injusto que cualquiera tenga un coche mejor que el mío. No pienso aguantar ni un día más con esta chatarra volante. Jamás volveré a conducir un coche barato. Me está volviendo loca. El próximo será un Henson, sí. Y más vale que Pedro no tarde mucho en comprármelo, más vale que no me de largas ¡Maldito tacaño! –farfulla con enfado. En ciertos momentos no puede evitar expresar en voz alta lo que se le pasa por la cabecita. El redondeado y aerodinámico Suzuki, blanco marfil con una línea roja diagonal en los costados, aparece por fin en la jaula de extracción.

– Su vehículo, gracias –dice la voz suave y femenina, siempre inesperada e impactante ante la visión del monstruoso mecanismo. Después del zumbido de las válvulas y el chirriar de los engranajes de una máquina que soporta trescientas toneladas, uno esperaría oír un tono grave y áspero, como el de un recio y musculoso veterano.

– ¡De nada, bollera! –responde Zara al gigante de acero. Cuando sube al deslizador, el ordenador de abordo reajusta asiento, volante y panel de control a las medidas y peso de la conductora.

– ¿Otra vez? ¡Si ya lo hiciste esta mañana! ¡Que pérdida de tiempo! –se queja impaciente. Los sistemas de gobierno van cargándose con lentitud. Después de dos intentos, el Suzuki consigue poner en marcha sus propulsores, que expulsan un humo intermitente de color azulado, mezclado con el vapor negro de costumbre. Pero cuando termina el BOOT, un mensaje desagradable aparece en el panel de control. Zara nunca lo había visto antes, no entiende lo que significa y no le importa. Intenta conducir pero la máquina no responde, se mantiene ahí, flotando estúpidamente sobre la rampa de expulsión. Un chillido furibundo y unos golpecitos rabiosos de sus menudos puños sobre la consola, no consiguen poner en marcha el cansado Suzuki. Se da por vencida y vuelve a dejarlo en custodia del parking automático. ¿Notó quizá cierta ironía en aquella voz artificial, tan insultantemente agradable y educada? Introduce irritada el móvil en su oído derecho y pronuncia el código de Pedro. La secretaria contesta la llamada y le pasa con él.

– Hola cariño... ¿Qué ocurre? –responde una voz suave.

– Ven a buscarme ahora mismo. Y mañana vamos a comprar un Henson V6. ¿Entendido, cariñito? –y cuelga.

Decide volver al comedor para esperar mientras su esposo deja lo que estuviese haciendo y viene raudo a rescatarla. Quiere estar en casa, ya. Pero, antes de que pueda siquiera subir al ascensor, se cruza con un apuesto salarymen; uno de alto nivel a juzgar por su ropa cara, sus modales exquisitos y su cara fresca, sin muestras de cansancio. Después de unas miradas mutuas de evaluación, el caballero comienza la conversación con una voz agradable:

– ¡Vaya! Que casualidad... Usted debe de ser la señorita Kato, la Restaurant Manager de la que tan buenos comentarios se oyen por aquí. –Su traje negro parece tragar la escasa luz del aparcamiento.

– ¿En serio? ¿Me conoce? ¡Vaya! Bueno, doy todo lo que tengo para que los usuarios estén contentos. No siempre es suficiente, pero... –Una de sus sonrisas, un

guiño y él debe caer rendido.

– Permítame que me presente. Soy Eduardo Rippa, Jefe de Administración nivel dos en la delegación de Investigación en Turbinio. He venido para visitar sus instalaciones y...

Diez minutos más tarde, ella descansa en el cómodo asiento del copiloto de un impresionante J–BMW convertible rojo. Una preciosidad. Alguien más profundo que ella se hubiese preguntado la razón para comprar un coche descapotable tan caro, cuando hace décadas que el Sol apenas se vislumbra en el cielo sucio y gris de cualquier kaisha; o el motivo de un motor tan potente y antieconómico, cuando uno más ajustado daría el mismo servicio; pero a ella le encanta el derroche, y mucho más los hombres que derrochan. Las gruesas ruedas del Jaguar comen asfalto a gran velocidad. Deben continuar por la autopista hasta abandonar el radio de zona aérea protegida.

– Creo que es usted la mujer que necesito, Zara. –Al sonreír, el señor Rippa muestra unos blancos y ordenados incisivos.– Como le mencioné antes, necesito a alguien que me ayude con la cena que estoy organizando, y me han comentado que usted es la mujer idónea. –En algún momento aparta su intensa mirada de Zara para prestar atención al panel de control del deslizador.

– Oh, puedes tutearme, ahora somos amigos, ¿verdad? Bueno, sería todo un placer ayudar a un hombre como tú, Eduardo. –recita, su expresión facial trabajando al máximo. ¿Se despertará mañana con agujetas en la cara?

– Bien, muy bien... ¿Qué te parecería cenar hoy en mi casa? Así podrías aconsejarme sobre la decoración. Un apartamento de trescientos metros cuadrados comprende siempre un gran reto a la imaginación si no deseas repetirte o caer en la vulgaridad. Pediré la cena a Samuel's, y lo discutiremos cómodamente, ¿qué te parece?

– ¡Ah! Sí, perfecto. Hoy no tenía ningún plan, de todos modos. –Un mensaje rápido a Pedro y listo.– ¡Oh! ¡Cuidado con ese desgraciado! –Un motero desarrapado, enfundado en goma y acero, se cruza en el camino del Jaguar–BMW. En el interior apenas se percibe el impacto, pero la moto y su conductor salen despedidos por el aire. Un segundo más tarde ya lo han perdido de vista.

– Tranquila, ese vagabundo podría romper su cráneo en mi capó y apenas me lo rallaría. –Su expresión tranquila no cambia ni por un segundo. Todo un caballero.

– Este sector cada día está más sucio. Esa gente no solía dejarse ver por aquí –dice, y la expresión de víbora, natural en ella, se deja ver por un instante–. Recursos Humanos debería ser más inflexible en este tema e impedir a los empleados de bajo nivel utilizar la autopista, que para eso tienen el *tubo*. ¡Y prohibir definitivamente esos vehículos tan primitivos! –continúa excitada. Pero su sonrisa coqueta no tarda en reaparecer, y sus ojitos dulces vuelven a parpadear lenta y sensualmente para no perder su presa.– ¿De qué hablábamos?

06. Johnny se cruza con un estúpido

La nieve está muy conseguida, la tabla se desliza como si estuviese engrasada, pendiente abajo. Aunque ni él ni Sony han visto jamás nevar, fuera del entorno virtual de la red. Lo más parecido a la nieve que han tocado son esos copitos de hielo que cubren el Vodka con lima, en las copas que sirve el feo Ratz en su asqueroso antro. Más que deslizarse, Sony parece flotar delante de Johnny. Su compañero le aventaja en todo lo referente a IINet, como si hubiese nacido con un don, nacido para vivir en un entorno virtual en el que hasta las habilidades físicas dependen exclusivamente del intelecto. Cuando el joven Johnny llega exhausto a la meta, allí le espera Sony, un avatar sonriente enfundado en un traje de snowboard salpicado de nieve etérea.

– ¡Hoy estoy que me salgo! He batido mi propio record –dice Sony apoyando la tabla sobre su hombro.

– Sony, salgamos de aquí y lo celebramos en Ratz's.

– ¡Qué dices! Sería desaprovechar el momento. Estoy en racha. Y conozco una kaisha que se muere por recompensar a los hackers avispados con algunos de sus fondos. ¿Te suena Kakumei?

– ¡No jodas! ¿No sabes que ahí te cortan la cabeza y te la rellenan de mierda, tío? – responde Johny, quien conoce bien los rumores.

– No me seas cagón, vamos –dice el avatar de Sony mientras desconecta de Xanadu, el mejor de los simuladores de show, y el más caro. A Johnny no le gusta la idea, pero Sony es el jefe. Él manda en la red. Cuando llegan a la sede virtual de Kakumei, incluso el avatar musculoso de Johnny parece encogerse. Buscan durante horas algún agujero de seguridad. Mientras Sony utiliza sus viejos trucos, Johnny, en un golpe de suerte, encuentra un backhole que acaba de crearse en un módulo de comunicaciones de intranet. Demasiado evidente quizá, pero allí está, es su oportunidad de vencer a Sony *el gurú*. En cuanto se acerca a la falla, algo le absorbe. Una pesadilla digital infecta su mente de hacker iniciado. El sistema de seguridad de la kaisha le hunde en un oscuro pozo de tortura, en el que su conciencia alucina; angustiosos bucles infinitos saturan sus redes neuronales durante lo que le parecen horas o incluso días. Pero de pronto, una presencia más poderosa que el *hielo* de Kakumei, abraza su mente y la arrastra veloz fuera de la trampa. Cuando las pesadillas y los bucles abandonan finalmente su cerebro, su sentido del equilibrio da unos cuantos saltos mortales más, y finalmente logra enfocar de nuevo su vista sobre un objeto concreto; una hoja verde, húmeda por el rocío y brillante por los rayos del Sol. Su cuerpo, aún tembloroso, está apoyado en algo rugoso y cálido. Está tumbado sobre un tronco caído, y cuando se incorpora observa pequeños insectos rojizos que recorren la madera. Al levantar la mirada, se da cuenta de que se encuentra en medio una especie de bosque, frondoso, primaveral, espléndido. Unos insectos de rayas negras y amarillas zumban entre las flores, que forman una alfombra multicolor sobre la tierra. De los árboles cuelgan frutos de formas extrañas, entre las hojas verdes y amarillas. Hay plantas, setas, arbustos y enredaderas. Animales pequeños como gatos, con grandes orejas y grandes dientes, que le miran con simpatía y se escabullen después entre la vegetación. El joven John se pregunta si todo aquello existiría en la realidad, en alguna poderosa kaisha que pudiese permitirse semejante prodigio transgénico, o si alguna vez creó la naturaleza un jardín semejante, o si, definitivamente, se trataba tan sólo de la

imaginación de algún programador de entornos virtuales. Vuelve a palpar, incrédulo, la madera del tronco caído, sobre el que aún está sentado. Es rugoso pero esponjoso, cómodo. El aire a su alrededor está limpio y los rayos de luz se cuelan a través de las copas de los árboles. Las nubes cruzan pausadas el cielo azul. De pronto, mientras observa cruzar las nubes, se da cuenta de que alguien le observa. Cuando baja su mirada se topa con una pequeña figura femenina, de pie frente a él, a tan sólo dos pasos del tronco. Sorprendido por la repentina aparición, observa con curiosidad a la preciosa niña de oscuros cabellos, que le sonríe, mostrando unos incisivos de conejito. Sus pequeños pies están descalzos sobre la hierba. Su minifalda roja lleva abotonados unos tirantes del mismo color, sobre una camiseta de algodón blanca, y sobre ésta, una especie de capa roja con caperuza, que lleva caída sobre los hombros. Su cabello está trenzado en finas rastas ajustadas a la cabeza formando hileras, hasta que al llegar a la nuca siguen sueltas cayendo sobre la capa de seda. Sus ojos rasgados sonrían al mismo tiempo que sus gruesos labios rojos.

– Hola Johnny –dice, mientras contiene una carcajada al observar el rostro perplejo del hacker frustrado.

– Hola, preciosa. ¿Quién...? ¿Quién eres tú? –pregunta Johnny, evitando blasfemar delante del pequeño avatar, que parece tan real como el aire puro que cree respirar.

– Mi nombre es Libertas. –Su piel negra brilla a la preciosa luz del mediodía.– Te he traído aquí para ayudarte, el lobo estaba a punto de comerte, ji ji ji –ríe descarada arqueando su cuerpecito hacia atrás, como si estuviera a punto de caer muerta de la risa. Cuando cesa el ataque de risa, respira hondo y su tripita se hincha. Su espalda aún está inclinada hacia atrás y su linda carita mira hacia el cielo, mientras un par de patos salvajes sobrevuelan el bosque encantado justo sobre sus cabezas.

– ¿Qué lobo? –logra pronunciar John, aturdido pero absurdamente relajado y feliz.

– Kakumei es el lobo, es malo, muy malo. –Sus finas trenzas azotan el aire cuando sacude la cabeza de un lado a otro con desaprobación.– El backhole que encontraste era su celada, como el agujero de una araña. En cuestión de nanosegundos te desgasta la quimio neuronal. Por fortuna llegué antes de que tu cerebritito fallase. –Su rostro vuelve a sonreír, feliz como una verdadera niña de ocho años.

– Pero... ¿Quién eres? ¿Cómo has conseguido salvarme? ¿Eres... real? No, no puede ser. Debes ser una especie de IA o algo parecido. –John nunca había conocido a ninguna IA, sólo quizá alguna vez en forma de *hielo*, pero no es recomendable charlar con el *hielo*.

– ¡Claro que soy real! ¿Acaso no me ves? Y también existo en tu *querido* mundo físico –responde ofendida, y comienza a hacer pucheros–. Que sea un puñado de circuitos no impide que podamos ser amigos, ¿verdad? –Sus ojitos achinados se humedecen, y poco después una lágrima rueda por su carita triste.

– Oh, mierda, lo siento... (Esta cosa tiene razón) –piensa Johnny, extrañado de sentir empatía hacia la figura artificial– Yo no soy más que un puñado de tripas y, joder, me has salvado la vida. ¡Claro que somos amigos! –Impulsivamente, el gigante se levanta y, arrodillándose en la hierba fresca, la besa en la mejilla. Los labios de John saborean la salada tristeza del ente artificial.

– Mmm ¡Estamos en paz! –dice mientras se seca los ojitos con sus pequeñas manos, y una sonrisa vuelve a brillar en su carita pícara.

*

– ¡Cuidadoooooooooo! –exclama una voz en la calle.

En el distrito más humilde de Powertrade, un deslizador de cuarenta plazas que

transporta salarymen hacia la planta de producción, pierde potencia y se estrella contra una torre de viviendas de ladrillo barato. El estrépito resuena en todo el barrio. Johnny se despierta sobresaltado. Se levanta de la cama de un brinco y corre hacia la ventana. Un grupo de vecinos intenta apagar el enorme deslizador en llamas con pequeños extintores y cubos de agua sucia.

– Mierda... –se queja John, aún atontado por el sueño. Odia que le interrumpan ese sueño. Su preferido. Aunque una vez no fue exactamente un sueño. El algún espacio indeterminado de la IINet existe ese bosque ideal. Y el *hielo* de Kakumei le habría inducido a la catatonia de no ser por aquella IA, que se le apareció como una hermosa niñita de ocho años. Cuando la cría se despidió de él, se enfundó la capucha roja y desapareció en el bosque. Al poco, el bosque se fundió en una luz blanca y Johnny despertó en la guarida de Sony, que rezaba a su lado en alguna jerga prehistórica. Su compañero le contó que le había visto desaparecer en el agujero, como muchos otros que después no pudieron dedicarse más que a babear en las esquinas. Y cuando John le contó la historia de la niña, Sony le dijo que posiblemente el *hielo* de la kaisha le había provocado aquellas alucinaciones, pero no había conseguido rematar la faena quién sabe el por qué. Sin embargo, John sabía que no era así. La pequeña niña existía. Aunque fuese un ser artificial hospedado en algún hardware remoto, ella le había salvado del sistema antihacker de Kakumei, y siempre la recordaría con ternura.

En la calle, un deslizador antiincendios lucha contra las llamas, lanzando espuma a presión desde uno de sus cañones. El musculoso kaizocu se aparta de la ventana. Está solo en la habitación. Muay se ha largado sin despertarle; mamón. Mira su reloj, es tarde. Engulle un snack de cereales mientras se embute en los pantalones de plasticuelo. Enfunda la automática en la pistolera, atada en torno a su pecho, y cierra la cremallera de la ajustada chaqueta. Kumichou le reñirá si no se da prisa.

*

El aire congestionado de los sectores empresariales es irrespirable. Ni con sus novedosas estaciones de purificación consiguen dispersar esos bancos de colores apagados, que se mueven lánguidos por el aire como las vetas del aceite de motor en el agua sucia de un charco. Su pañuelo mimético gris de la suerte sobre la cara le da un toque *cool*; pero no le impide apreciar el intenso olor amargo del gas, que se cuele en sus pulmones, saturándolos y quemándolos como Vodka casero. Su problema es que ha leído demasiados cómics. Ningún otro habría prescindido del casco, con sus filtros de aire y sus asistentes de navegación de realidad aumentada, que además suele evitar que esparzas tus sesos por el gomasfalto en caso de accidente. Pero cada uno tiene sus manías.

Otra manía es montar en moto. Aunque esté recién salida de las cadenas de montaje, su Kawasaki de hidrógeno no puede competir con los deslizadores. Ni siquiera cuando estos se ven obligados a circular por tierra debido a las torres eléctricas o a las políticas de seguridad del sector. De modo que sus compañeros le llevan ventaja. Tendrá que escuchar de nuevo el sermón del gordo Kumichou, diciéndole que abandone la Kawasaki y que done la 2011 al museo, mientras le echa el humo de su puro en la cara. Para colmo, el lagrimeo de sus ojos se une al mareo remanente de la borrachera de anoche, y no distingue más que borrones de colores que se mueven veloces ante su vista. El Vodka con lima ya no le sienta como antes, quizá debería dejarlo... Pero es que la lima le encanta.

Cuando empieza a distinguir, entre la bruma, las torres de refrigeración de Powertrade, esas moles cónicas de hormigón crudo, sus ojos se ven atraídos por un

objeto mucho menor. Un caro deslizador rojo, uno de esos que sólo los salarymen de nivel uno y dos pueden pagar. Se acerca veloz como el láser. John intenta maniobrar, pero le golpea en la rueda trasera. La moto derrapa, el neumático recupera tracción y el bonito high-side hace saltar por el aire al grandullón:

– ¡Aaaaaaaaaaaaaah! ¡Jo puuuutaaaaaaa! –El metal de aleación de la Kawasaki no despide chispas al rascar el asfalto, aunque se calienta bastante. El cuerpo de Johnny se desliza por la autopista tras la moto. El traje de goma se rasga y deja al descubierto las chapas metálicas de protección. Cuando pierde velocidad, comienza a rodar unas decenas de metros más. El armazón del brazo derecho se desprende y su carne queda expuesta a la calzada. El antebrazo derecho le arde como bañado en napalm. Aún tirado en el suelo, tumbado boca arriba, su frente manchada de sangre, rebusca en la pistolera atada a su pecho y saca el hierro. Se incorpora, agarrando con fuerza su vieja 2011. Sentado torpemente sobre el asfalto caliente, su brazo extendido chorreado sangre, intenta apuntar, pero su visión está teñida de rojo. El J-BMW es ahora sólo un punto en la distancia. No hay nada que hacer. Baja el arma, mientras persigue con la mirada la veloz moto roja. Lástima que no pudo ver al conductor. Le habría reconocido de encontrarse de nuevo con él. No obstante, reconocería la carita de la perra que le acompañaba. Algo es algo. Su pierna aplastada por la moto durante la caída empieza a dolerle en serio. Decide levantarse antes de que un deslizador a trescientos kilómetros hora le arranque la cabeza. Su rostro, lleno de arañazos y rozaduras, se contrae del esfuerzo. Consigue levantarse y caminar hasta la Kawasaki. El eje trasero está doblado. Monta y reinicia, pero algo falla en las células de energía, no tiene potencia suficiente para arrancar el motor.

– ¡Joder! Ahora tendré que robar un puto deslizador.

07. Kumichou san

La oficina del Jefe de Seguridad de Powertrade es estrecha, y no hay más que un par de sillones y una mesa. Carece, además, de esos objetos personales que convierten cuatro paredes en una habitación. Se diría que no permanece mucho tiempo en ella. Es tan pequeña, que en cuestión de minutos el humo que exhala el puro de su invitado la ha congestionado. Sentado frente al Jefe de Seguridad se encuentra Kumichou; ojos rasgados y saltones, su cabeza calva, la panza y la amplia sonrisa recuerdan a la figura de un Buda. El color negro y brillante de su piel le hace parecer una estatua de azabache. El guiño de sus ojos delata crueldad viciosa; o quizá sea sólo el placer por su trabajo.

– Y bien señor Le Banner, ¿qué desea su compañía que podamos entregarle nosotros? ¿Quizá algún nuevo geniecillo para sus laboratorios? También querrá al resto de su familia, para que trabaje a gusto. ¿Es así? –Una sonrisa de jóker deja entrever unos dientes amarillentos, que mastican un extremo del puro. A Le Banner no parece gustarle la forma de hablar ni el aspecto del jefe pirata. La mueca de disgusto aumenta cuando su mirada topa con los ojillos fríos y vivos del mercenario kaizoku. El humo tampoco le hace feliz.

– Señor Kumichou, no se trata de lo que queremos obtener, sino de lo que queremos conservar –dice el Jefe de Seguridad, inquieto. Nunca antes ha tratado con grupos kaizoku–. Hemos detectado recientemente un espía en nuestras instalaciones de investigación. Es... Era salaryman de tercera generación en Powertrade, no un recién rescatado de Freetown. Llevaba años cumpliendo su tarea como guardia de seguridad y su historial es impecable. Pero ahora sospechamos que pudo acceder a documentación privilegiada. Cuando efectuamos su autopsia descubrimos un novedoso equipamiento de espionaje implantado en su cráneo. Nuestros ingenieros no han visto jamás un chisme como el que le sacamos de la cabeza a ese tipo. Fue una casualidad descubrirle, un golpe de suerte. Hemos aumentado la vigilancia. Los empleados de los laboratorios han sido escaneados discretamente sin su conocimiento. Pero no podemos estar seguros... –no sabe como continuar. Frente a él, Kumichou toma con calma de un par de caladas. Después comienza a reír.

– Bueno, si hay moscas es porque hay buena mierda. ¿Tienen algo importante entre manos? ¿Lo puede saber alguien? –pregunta Kumichou. La mirada de Le Banner es de lobo hambriento, pero el pirata lo ignora y continúa– Sí, tienen algo importante, y está claro que hay gente interesada. Pero, ¿qué puedo hacer yo por ustedes?

Le Banner hace un duro esfuerzo para relajar su semblante, sin conseguirlo del todo. Al fin se decide a hablar, y lo hace pesadamente, sin pronunciar; como para evitar que el humo del tabaco, ilegal desde hace décadas en kaisha Powertrade, se introduzca en su organismo.

– Creemos saber quién está detrás de este sabotaje. Por la tecnología utilizada en el espía, y por el interés que dicha kaisha muestra últimamente en la energía que generamos... Nosotros somos uno de sus principales suministradores, y en los últimos meses ha triplicado el consumo. Ellos... podría tratarse de kaisha Kakumei.

La expresión del jefe pirata cambia drásticamente, su gesto divertido se convierte en una severa máscara. Sobre la mesa de plástico blanco cae la ceniza del puro, mientras Kumichou toma una profunda calada, como si del cilindro marrón obtuviese el aire que respira.

08. La camarera es perfecta

Zara Kato llega puntual a su puesto de trabajo. Abandona despreocupada su nuevo deslizador en el parking automático, y toma el ascensor hasta la planta treinta, el restaurante. Con un brillo inteligente en sus ojos, avanza por los pasillos blancos hacia la cocina. El chef está humillando a uno de sus cocineros, cuando la compuerta automática se cierra detrás de Zara con un zumbido eléctrico.

– ¡Si vuelves a utilizar los códigos 13X para programar la freidora de huevos te voy a freír los tuyos en aceite industrial! ¡Ah! Hola señora Kato, llega pronto hoy. –Como siempre, echa un descarado vistazo a la Restaurant Manager y sonríe complacido.

– No hay necesidad de hacer esperar a los comensales. ¿No crees Ignasov? –Su sonrisa es inusualmente fría. Después de un segundo en silencio, se hace con el carrito de los desayunos y lo empuja hacia la salida de servicio. Las puertas se abren, las puertas se cierran. El cocinero y el chef siguen mirando hacia allí, absortos, aún unos segundos después de que la antigua camarera haya desaparecido.

– ¿Se ha dado cuenta, señor? Pronunció bien su nombre. Eso significa algo, ¿no cree? –El cocinero sonríe con cautela, debe estar preparado para la siempre imprevisible reacción del chef.

– Pero qué culo tiene esa zorra... ¡Y tú sigue con los huevos, retrasado! –grita con brusquedad. Cuando el cocinero vuelve a su trabajo, el chef echa un último vistazo a la salida de servicio, rascándose la cabeza con sus gruesos dedos a través del gorro de látex blanco.

Cuando sale de la cocina, Zara continúa su camino hacia los Laboratorios Especiales, empujando sin problemas el carrito. Su paso es firme y pausado. Observa con interés todo lo que la rodea, como si nunca antes hubiese dado importancia a su entorno y ahora descubriese un interés oculto. Cuando llega a la primera puerta de seguridad, deja el carro del desayuno a un lado y presiona su palma en el panel de identificación. Un segundo después, el sistema ha comprobado que el ADN obtenido de su mano, la forma de su cara, el patrón único de su iris y el código del chip injertado bajo su piel concuerdan con la ficha de la señora Zara Kato, Restaurant Manager, con permiso limitado de acceso a la cantina del laboratorio. Las válvulas hidráulicas producen un siseo al actuar, y la robusta puerta se retira a un lado. Mientras arrastra el carrito por el umbral, un escáner verifica el contenido del carrito y de Zara en busca de sustancias y objetos peligrosos. En la segunda puerta de control, aguarda el agente de seguridad. Ya no es el simpático Shuei, que según se comenta ha sufrido un accidente doméstico y se encuentra de baja. El nuevo es un personaje muy peculiar, moreno, alto y robusto como un gorila, con la cara llena de cicatrices, algunas viejas y otras muy recientes. No podría asegurar si lo ha visto antes en algún otro departamento. Cuando Zara se acerca al gigante, éste frunce el ceño y sonríe con una mueca siniestra.

– Vaya, vaya... ¡Pero si es la perra! Ayer tú y tu amiguito me destrozasteis la pierna, ¿recuerdas? Aún me cuesta andar, cabrona. Debería darte unos azotes... –El grandullón comienza a renquear hacia ella.

– No se mueva o tendrá un dolor mucho peor entre las piernas. –La mirada fría y amenazante no concuerda con la de una camarera. Espera al gigante calmada en el sitio, adoptando la posición de guardia de algún tipo de arte marcial desconocido para el gorila.

– No me gusta tu mirada, nena. ¿Quién eres? –pregunta el hombre de las cicatrices.

Pero como única respuesta recibe de muy mala gana una patada frontal en los genitales. Un segundo después, la pierna contraria de la camarera se eleva ligera y golpea su mandíbula; un golpe brutal, compensado únicamente por el poderoso cuello del gigante. Inmediatamente después, Zara salta sobre la espalda del gigante y le estrangula con su antebrazo, abrazando con sus piernas la ancha cadera del guardián. Pero el hombre deshace el nudo que le asfixia y la lanza con fuerza al suelo de goma. La mujer se levanta deprisa, como por un resorte, y vuelve a lanzar otra frontal a la boca del estómago. Pero en esta ocasión, un manotazo rápido y potente del agente desvía la patada, con tal potencia que hace girar a la mujer, dejándola de espaldas a él. El experimentado luchador no duda un segundo en lanzarse hacia ella. Mientras agarra la melena, impulsa su rodilla hacia la espalda descubierta de la camarera. Un sonido sordo indica que algo se ha roto en ella. Johnny siente la ausencia de voluntad en el cuerpo de su oponente, y suelta su cabecita rubia. El cuerpo cae como un muñeco de trapo en el suelo de goma azul, sin hacer apenas un ruido sordo.

– Mierda, me la he zumbado. –Un gesto de sorpresa aparece entre las cicatrices. Pero en seguida cambia a su tono normal, insensible.– No me gustaba su mirada, de todos modos... –Comprueba que está realmente muerta, y solo entonces aparta su fiera mirada del cuerpo inerte para examinar mejor el carrito del desayuno...

09. Kakumei continúa la revolución

Cuando el señor Takeshi despierta, se levanta del colchón con gestos mecánicos, como cada día, y entra en el baño. En ese momento, Pamela lleva ya una hora despierta, sus ojos cerrados, disimulando, pensando, aturdida. Últimamente no ha dormido bien, no puede relajarse pues el comportamiento de su marido le preocupa. No es que él se comporte de manera diferente... pero no parece el mismo. Quizá es algo que le oculta, algún asunto del trabajo... No aguanta más haciéndose la dormida, sus nervios están a flor de piel. Abre los ojos y parpadea un par de veces con sus largas pestañas; se levanta, apoyando sus pies desnudos sobre el suave tatami, y da un par de cortos pasos hacia el armario. Abre el cajón de la ropa interior y busca algo cómodo que ponerse.

– ¿Te vistes ya? Estupendo –dice Takeshi, que sale del lavabo–. Precisamente hoy me gustaría llegar pronto a la oficina, contigo. Quiero presentarte al señor Kara, podríamos verle a primera hora, ¿qué te parece? –Su mirada es fría y penetrante, su expresión tan calmada como la de un monje, tan dura como siempre. Una sonrisa apenas apreciable se dibuja en su rostro. Pamela se siente incómoda ante esa mirada y la evita. Vuelve el rostro hacia sus manos, que sostienen distraídas un pequeño tanga de nylon.

– Hoy tengo asuntos muy importantes que tratar en el Laboratorio Nuclear, cariño... Ya sabes que se está preparando una nueva sala y... –dice Pamela, intentando escabullirse, mientras rebusca en el ropero un traje que ponerse sobre el tanga. Pero aún siente en la nuca los fríos ojos de su marido, que espera durante unos segundos una respuesta más convincente.

– Iré a programar el desayuno mientras terminas de vestirme –dice al fin Takeshi, y sale del dormitorio.

*

En el comedor, la cocina automática anuncia el desayuno de hoy:

– Señores, las judías, seudobeicon y patatas están listas. Preparada –pronuncia sin acento una voz femenina y respetuosa. Pamela recoge su plato y toma asiento en la mesa circular del comedor. Sin levantar la mirada del plato ni un instante, se lleva a la boca pequeños bocados de puré de patatas. Su rostro está serio como nunca, y bajo sus ojos se observan unas pequeñas bolsas oscuras, que delatan su fatiga y su tensión.

– Podrías habérmelo avisado ayer, al menos –dice al fin, sin levantar la cabeza del plato; el comportamiento de una niña que teme enfadar a su papá.

– No tiene importancia, cariño. Tan sólo es su deseo conocerte, y me comentó que hoy sería un buen día... El señor Kara conoce tu trabajo, sabe que eres la mejor en todo el Departamento de Proyectos Nucleares. Él puede ayudar a que te sitúes en un puesto de mayor responsabilidad –responde con calma Takeshi, que no aparta por un instante su mirada hipnotizadora de la abrumada joven–. Quizá incluso te enseñe el Laboratorio de Henkei... –continúa, con una extraña sonrisa pícara en el rostro moreno y relajado. Cuando Pamela levanta con cautela su barbilla y se enfrenta a los ojos de su marido, algo en su interior se retuerce; una sensación olvidada, incluso desconocida. Pánico.

*

Una hora después, Takeshi Kimiyama está sentado en el despacho del señor Kara, las manos sobre sus rodillas. La amplia mesa parece no tener ningún fin práctico, pues no hay objetos sobre ella. Tras la mesa se sienta el Director General, un hombre alto y delgado, pálido y totalmente falto de vello, incrustado en un traje oscuro y sencillo, como el de un monje, que indica su pertenencia al nivel cero de la kaisha. La sala es circular y está totalmente vacía, a excepción de la mesa y las sillas. No hay ventanas y no se ven rendijas de ventilación por ningún lado. Si una cámara vigilase la sala y alguien les pudiese observar, no percibiría el menor movimiento en sus labios cerrados, sus rostros enfrentados, mirándose como dos maniqués que hubiesen sido colocados allí en esa precisa posición. Pero a pesar del aparente silencio, la comunicación entre los dos se efectúa a gran velocidad. El flujo de datos se codifica, se cifra y se transmite de mente a mente por medio del dispositivo de radio injertado en sus cráneos:

– Han eliminado a nuestro espía. Se supone que debería ser indetectable. No llegó a transmitir los planos estructurales del objetivo. Debemos introducir más agentes antes de que se nos escape de las manos. Necesitamos esa tecnología cuanto antes.

– OK, ACK.

– En cuanto a tu esposa, le aplicaremos el Henkei hoy mismo. Aunque sabes que no es la prioridad, quiero que te sientas a gusto en tu hogar. Por desgracia, necesitamos más energía de la que disponemos, de modo que los clones para el proyecto Farmanet, y los demás proyectos menores, deberán esperar. Sólo produciremos los clones necesarios hasta que hayamos conseguido el fusor de Powertrade. Después, nos dedicaremos a las investigaciones sobre la mejora de las cáscaras y las comunicaciones.

– OK, ACK.

10. Henkei

Después de la presentación formal de Pamela al señor Kara, Takeshi se despidió para poder continuar con su trabajo. La joven se sobrecoge y empieza a temblar cuando percibe la complicidad que puede palpase entre ambos; parecen entenderse con escasas palabras y gestos. Eso es algo que ella únicamente ha *rozado* en los mejores momentos de su matrimonio, y que actualmente es sólo un sueño pasado. ¿Qué le ha ocurrido a su esposo? ¿Qué planean para ella? Pamela acompaña al Director General, paseando lentamente a través los brillantes pasillos de los laboratorios biológicos, en dirección al Laboratorio Henkei. Los corredores están decorados con texturas graníticas, cuya superficie, sin embargo, está tan pulida como la de un diamante. Pamela avanza tristemente, la cabeza gacha, su mirada distraída en sus pequeños pies; primero uno, después el otro, sobre el suelo gris. El duro piso, que la impide caer al abismo, parece mucho más cálido que el cuerpo que camina a su lado. Imprime todo su empeño en disimular el miedo irracional que comienza a apoderarse de su espíritu. La presencia del señor Kara le provoca la misma sensación de inquietud que la de su marido en los últimos días. Además, sin tener en cuenta la fría personalidad del Director, su aspecto físico le resulta repulsivo; es el mismo que el de un cadáver que se niega a morir, cuya lucha es mantenerse vivo, caliente, pero que sigue siendo únicamente un fiambre embutido en un traje carísimo; venas sin pulso, corazón sin sentimientos. Su voz pausada y apacible refleja una calma interior inhumana, demasiado fría para ser real, demasiado sosegada para ser pacífica.

– Pamela, desearía que apreciases el importante avance tecnológico necesario, y las consecuencias filosóficas que implica el proceso que observarás a continuación en el laboratorio. Pues no es mi deseo que sufras una impresión equivocada de lo que significa el Henkei para nuestra kaisha.

– Tampoco es mi deseo parecer descortés pero, ¿por qué desea que conozca esa tecnología? –protesta la mujer. Lo más alto que se atreve a levantar su tímida mirada, no ve más que los pálidos y finos labios del Director.– Según tengo entendido, a los laboratorios de esta sección nadie tiene acceso, salvo los investigadores de nivel uno. Mi permiso de acceso es tan sólo para los Laboratorios Nucleares.

– No te preocupes, yo mismo soy investigador de nivel cero, y te permito la entrada. No obstante, percibo en ti cierto nerviosismo. Si deseas aplazar la visita para otro momento...

– No, no... Perdone mi descortesía. Vayamos ahora. (¡Y cuanto antes termine todo esto mejor!) –grita en su interior una Pamela asustada, a punto de estallar en un ataque de histeria.

– No esperaba menos de ti, Pamela –dice el señor Kara, dejando caer su delicada mano sobre el hombro de la joven, y continúan su monótona marcha hasta el laboratorio.

*

El Laboratorio Henkei es un conjunto de salas en torno a una central, que controla los subprocesos que se ejecutan en las demás. Cuando Pamela y el señor Kara entran en la sala central de control, los operarios cesan su trabajo y atienden atentos al Director General.

- Pamela, te presento al doctor Ramírez y a la doctora Sasha –dice el pálido Kara.
- Es un placer –saluda con una reverencia la doctora.
- Bienvenida Pamela, nosotros te enseñaremos el laboratorio. –El doctor tiene ojos brillantes y pequeños como los de un roedor.
- Espero que disfrutes de la visita. Cuando termines, reúnete conmigo en mi despacho, por favor. Hablaremos sobre tu promoción –dice Kara, con una sonrisa espantosa en su rostro cadavérico–. Ahora tengo que dejarte. Debo atender mi agenda diaria.

El señor Kara abandona el laboratorio y vuelve a su despacho, dejando a Pamela en manos de los doctores. Arrastra su cuerpo débil por los largos pasillos hasta su cripta. Las puertas se cierran y el Director echa su cuerpo alto y delgado sobre el sillón blanco, en la brillante habitación circular, y se desconecta. Como si su alma hubiese abandonado el cuerpo vacío, Kara yace inmóvil sobre el cuero blanco; un títere sin cuerdas, un cascarón vacío. Y es que, en estos momentos, Kakumei necesita ahorrar recursos de proceso.

*

Pamela duerme. Su cuerpo está envuelto en espuma sintética, metido en una urna de plástico blanco. Cuando quedó inconsciente por la droga, un par de robots ayudaron a los doctores a meterla allí. Después inyectaron la espuma, que se solidificó de inmediato. La espuma sirve para evitar cualquier posible movimiento del cuerpo durante el proceso. El doctor Ramírez le había traído una taza de café, con el potente narcótico disuelto en la aromática infusión, que tomó nerviosa sin sospechar su destino. Y ahora, el cuerpo laxo de Pamela experimentará el proceso que revolucionará el mundo.

El primer paso del Henkei consiste en descargar la mente en el hardware de almacenamiento neural. El cofre blanco se introduce en la máquina, y unas agujas atraviesan la espuma que envuelve el cuerpo, hasta perforar el cráneo. Un complejo proceso electroquímico permite copiar el esquema cerebral, los recuerdos, las reacciones, el conocimiento... Todo. Después se genera una imagen mental, un *ghost*, que integra y comprime esos datos, amén de otros conocimientos o comportamientos artificiales intercalados expresamente por el sistema. El ghost se almacena en el hardware de control, para ser descargado después sobre el clon.

El ataúd circula por los conductos hasta llegar a la siguiente fase. En ésta, unas agujas perforan el resto del cuerpo, midiendo parámetros biológicos y tomando muestras de ADN, que procesa y almacena en el control central. Cuando el sistema finaliza la adquisición de los parámetros necesarios para la duplicación, inyecta un veneno letal en el sujeto original. Pamela jamás despertará de su último sueño; al menos la Pamela original. La cápsula agujereada, con su espuma sintética y su cuerpo envenenado, es transportada por los robots de servicio hasta el incinerador.

Los ingenieros guardan congelados clones vírgenes. Cuerpos adultos sin características especiales, dispuestos a absorber el ADN que se les inocular mediante un vector vírico. Los genes del sujeto original se preparan, se descartan las cadenas prescindibles y las desfavorables, y se añaden algunas que provocan mejoras, como si de actualizaciones de software se tratase. Las células del clon virgen admiten el ADN del virus, y tras un periodo de incubación, el cuerpo muta hasta convertirse en una imitación mejorada del sujeto inicial. Además, los cuerpos vírgenes llevan implantados quirúrgicamente varios sistemas biónicos; ojos y oídos con sensibilidad amplificada, conectados al cerebro, y éste a su vez a un sistema de transmisión de datos, que les permite conectar a la red global. Sin embargo, mentalmente el clon aún está vacío, su

cerebro es virgen, millones de neuronas, millones de circuitos neurales aún sin establecer.

Mientras el clon está en incubación, el ghost es manipulado por los técnicos neurales, que introducen los parámetros de mando del clon, es decir, los pensamientos y conocimientos artificiales, las reacciones programadas ante estímulos determinados. Kakumei necesita hombres y mujeres perfectos, pero que pueda manejar. Necesita disponer de súbditos humanos a los que pueda controlar desde cualquier lugar del planeta con conexión a IINet.

Cuando el ghost está listo, los ingenieros lo descomprimen en un entorno de pruebas, un simulador cerebral que permite observar la compatibilidad de los parámetros especificados. Algunas mentes no aceptan los axiomas artificiales que tratan de imponerles, los rechazan como anticuerpos sangre de distinto RH. En el momento de la descompresión, el ghost cobra vida por vez primera, aún fuera de su cuerpo de destino. Muchos de los humanos transformados sueñan en algún momento con aquel extraño despertar dentro del simulador. Después de la validación, el ghost vuelve a comprimirse, y se inyecta en el cerebro virgen del clon receptor.

– El ghost está listo –dice un ingeniero de piel grisácea–. Arrancando simulador. Descompresión. Ghost desplegado en simulador. Completado –termina diciendo, y se larga tranquilo hacia la cafetería.

Pamela despierta en el simulador, pero no es el entorno que suelen ver los nuevos clones Henkei. Pamela despierta en un bosque frondoso, lleno de flores y arbustos. La luz es brillante y el cielo es azul, de un azul que jamás ha visto en el sucio cielo de la kaisha. Y el olor... Jamás ha sentido algo así. Aquel lugar es pureza, salud, libertad... Se levanta de un áspero tronco caído, sin saber cómo ha llegado hasta allí. Mira a su alrededor y extrañada, pero feliz de alguna manera, observa acercarse de por entre los árboles una figura humana. El color rojo de su vestido contrasta con el verdor de los arbustos que enredan su falda corta; pero hace juego con el de las flores silvestres que crecen aquí y allá, esparcidas por la tierra pura de un jardín de vida.

11. Otro caro intruso

Kumichou san mira con desagrado a su alrededor, el puro es casi una brasa quemándole los dedos. El despacho de Le Banner parece el armario de las escobas; el oxígeno escasea rápidamente en una sala tan pequeña. El cigarro traga más oxígeno que el propio jefe pirata, que no para de reprochar al más problemático de todo su escuadrón kaizoku.

– Mierda Johnny, eres un montón de escoria. No sólo te cargas sin ninguna excusa a un salaryman de la compañía, sino que además te dedicas a comerte el desayuno de los científicos. ¡Joder Johnny! ¿En qué coño estabas pensando? –Lleva los gruesos dedos a su boca, y absorbe una calada de humo azulado.

– Era la hora del desayuno, en primer lugar –dice John, evitando en lo posible hacerse demasiado el gracioso–. En segundo lugar, ella no se movía como una camarera corriente. –Al extender sus brazos anchos y musculosos, la fibra de las mangas del uniforme se tensa hasta el límite, crujendo en las costuras. Un problema de última hora, la mayor talla de los uniformes de vigilante de Powertrade no es suficiente para Johnny.– Vi algo en sus ojos...

– ¡Ya estamos con los ojos! Éstas no son como las camareras a las que estás acostumbrado a piropear en los tugurios de mala muerte que frecuentas, Johnny –dice el jefe, moviendo furioso las gruesas manos y esparciendo la ceniza del habano sobre la mesa. En ese instante, la puerta del despacho se abre con un zumbido sordo, y el Jefe de Seguridad Le Banner cruza el umbral. Un gesto de indignación cubre su rostro grave.

– Desde luego, nuestra Restaurant Manager no era una camarera cualquiera. Esa mal nacida lleva millones en implantes. Nuestros forenses han descubierto dispositivos de rastreo tridimensional y comunicaciones, del mismo tipo que los del guardia de seguridad. Otra casualidad nos envía otro traidor. ¿Quién sabe cuantos más puede haber circulando por estas instalaciones?

– Al menos sabemos qué es lo que les interesa de Powertrade; los Laboratorios Especiales. –La colilla suelta un humo tan denso que su semblante se ha vuelto gris.

– Eso ya lo suponíamos –responde con voz agria Le Banner. La mueca de cólera se mezcla con cierta expresión de preocupación.

– Ahora estamos seguros. Además, es muy posible que planeen un asalto al laboratorio. Para eso necesitan los planos. Y teniendo en cuenta el potencial de kaisha Kakumei, deberían plantearse la posibilidad de negociar con ella... o con la Comisión 2119. Nosotros los kaizoku poco podemos hacer en una guerra de corporaciones. – Kumichou apaga la colilla con suma delicadeza sobre la mesa de poliglass.– Es un asunto gordo, amigo, muy gordo –dice el pirata casi para sí mismo, mientras rebusca en el bolsillo de su chaqueta un nuevo cigarro, su mirada perdida en el montoncito de hebras de tabaco aplastadas sobre la mesa, que aún despiden un delgado hilo de humo.

– La kaisha no se plantea esa posibilidad aún. Kakumei tiene a La Comisión en sus manos. La Comisión probablemente no haría más que esperar a que Kakumei atacase, y entonces tomaría ridículas represalias sobre el papel, amenazas que nunca terminaría cumpliendo. Nosotros estaríamos muertos y Kakumei se haría con nuestros proyectos. Además, para pedir ayuda tendríamos que mostrar documentación privilegiada sobre la investigación, y eso es inaceptable. Por otra parte, la negociación con Kakumei sería

como dejar que nos robase impunemente. Nos compraría con *shares*, o nos absorbería y nos dismantlaría. De momento, señor Kumichou, las órdenes son rechazar su ataque. Mientras Kakumei desee mantener el anonimato, nuestro ejército será suficiente para repeler sus ataques. De ustedes buscamos una alternativa... Cualquiera...

– Bien, bien... Quizá exista alternativa... –responde pensativo. Un desgastado mechero de gasolina, una auténtica reliquia, perdido en la enorme mano de Kumichou, escupe una llama anaranjada. El puro, atrapado entre las sonrientes comisuras de su boca, comienza a humear.

12. La solución

El continente septentrional está controlado desde hace décadas por las mega-corporaciones, estados-empresas o kaisha. A su vez, las kaisha se componen de otros holding, subcorporaciones y franquicias agrupadas de forma jerárquica. El mercado entre kaisha es libre, pero el mercado interno suele estar fuertemente regulado por el propio estado-empresa. El Comité 2119 se encarga de proteger la propiedad privada de las kaisha, su seguridad, el desmantelamiento de los monopolios y otras tareas similares destinadas al mantenimiento del mercado. Existen también empresas menores y libres que compran y venden en el mercado global, pero bajo otras condiciones y con importantes restricciones; al no estar inscritas en el Comité sufren las presiones a las que éste les somete. Raras veces consiguen crecer suficientemente como para competir en igualdad y alcanzar de ese modo el ingreso en el Comité. Por último están los *barrios libres*, macrociudades o incluso antiguos estados que no lograron el nivel de producción y competencia suficientes para integrarse en el sistema, o que conscientemente decidieron escapar del mercado global. Estos núcleos de población disponen de sistemas productivos anticuados, ineficientes y totalmente descentralizados. Suelen disponer en su mayoría de un gobierno mínimo y un sistema económico mutualista, pero también sobreviven estados socialistas y acracias, en menor medida. Las poderosas kaisha suelen ignorar estos barrios libres, pues cubren áreas alejadas y empobrecidas que no supondrían ninguna ventaja, y en ciertos casos pueden servir como puertos de entrada y salida de mercancías ilegales desde o hacia otras corporaciones, sin que el Comité intervenga. También son el criadero de piratas que tan bien sirven las necesidades ocultas de toda kaisha con ambición. Los barrios libres intentan pasar desapercibidos a la vista del Comité o de las kaishas que no busquen mercancías prohibidas, y los más grandes lo consiguen.

De este modo, entre el las corporaciones-estado y las metrópolis libres, los continentes europeo y asiático concentran a más del noventa por ciento de la población mundial. Después está el *Sur*. Las tierras sin nombre, en su mayor parte desérticas e inhabitadas cuando no tóxicas e inhabitables. El fuerte viento descarga allí partículas de polvo y ceniza sobre las ruinas de antiguas ciudades de estados primitivos. Droides de combate averiados, que han perdido su brillo por la erosión de la arena. Vehículos terrestres de combustible orgánico, con la pintura desconchada, quemada por el sol, mostrando la superficie oxidada de su anticuada carrocería. En algunas zonas no hay rastros de ningún tipo de vida, animal o vegetal. Ni las bacterias más robustas soportaron la radiación y el calor de los misiles. Nadie sobrevivió en las cercanías de las centrales nucleares destruidas; las semiesferas de hormigón que cubren el núcleo partidas como cáscaras de huevo, las chimeneas de expulsión de gas apenas aguantan en pie, desafiando el empuje del viento constante y venenoso; las torres de refrigeración, ahora tocones gigantes de hormigón resquebrajado.

Hace cientos de años, las naciones hiperdesarrolladas del norte deseaban los recursos naturales que el sur, casi virgen aún, podía ofrecer; así como su mano de obra barata. Y las ingenuas naciones meridionales anhelaban situarse al nivel industrial de sus vecinos ricos; algo que las naciones norteñas jamás permitirían. Antes de que las corporaciones sustituyesen a las naciones, el saqueo ya había contaminado la tierra, el aire y el agua de las tierras del sur. Las guerras que habían utilizado como tapadera los hombres del norte continuaban cobrándose vidas entre los confundidos hombres del

sur. Las exiguas ganancias obtenidas por la venta de las materias primas se desvanecían en las sacas rotas de los señores de la guerra, o incluso en las manos callosas de las naciones en paz. Las sospechosas políticas de algunas entidades bancarias del norte, destinadas en principio a ayudar al progreso de los subdesarrollados, se encargaron de ello. Después, la hastiada arena del sur, saqueada por las multinacionales y por las guerras incitadas desde el norte, no servía más que como un simple campo de tiro, donde las naciones ricas ensayaban sus nuevas tácticas de combate, su letal armamento, sus incontrolables armas químicas y biológicas... Ya ni siquiera pagaban a las naciones meridionales por el uso de sus tierras, porque ninguna se hallaba libre de luchas tribales, guerras civiles o luchando por encontrar agua pura, alimento suficiente y drogas baratas contra las nuevas plagas manufacturadas. Cuando llegó la era de kaisha, las ciudades sin industrias importantes fueron abandonadas, y grandes áreas quedaron despobladas. Millones de personas se concentraban en las macrociudades que quedaban en pie, y cuya industria les diese al menos alimento y agua. La escasez de recursos, las guerras y la proliferación de nuevas y peligrosas enfermedades no sólo impidió el desarrollo, sino que terminó con las corporaciones sureñas que habían logrado sobrevivir a las primeras décadas feroces del sistema capitalista desarrollado en el norte.

En la actualidad, el Sur es tierra de nadie. Ninguna kaisha reina en los desiertos, y ninguna tiene interés en hacerlo. Las fronteras con el norte se utilizan como vertederos, y eso es básicamente lo que el norte conoce de las regiones salvajes del sur. En las últimas décadas, sólo en contadas ocasiones esas zonas sin ley han formado el marco de operaciones empresariales secretas. No obstante, aún desoladas y contaminadas, las tierras meridionales no están completamente deshabitadas. Existen tribus, poblaciones de gente, manadas desorganizadas de humanos y otros animales. Son supervivientes del derrumbamiento de las últimas macrociudades. Se alimentan de lo que da la tierra contaminada, de los desperdicios de años pretéritos, de la basura del norte que no merece la pena ser reciclada. Y se adaptan a las enfermedades y a los peligros múltiples de esas tierras muertas. Su materia prima es la chatarra del pasado, o la nueva que llega desde las fronteras septentrionales. Sus hogares son chabolas de barro y ceniza, fábricas derruidas, empresas que una vez soñaron con competir en el mercado global.

*

Aunque tan sólo en los barrios libres los kaizoku se encuentran en su hogar, no les asusta viajar. Tanto en las áreas corporativas como más allá de las fronteras septentrionales, deben mantenerse alerta para continuar vivos y libres. Allá donde van son vigilados con recelo si no consiguen pasar desapercibidos. Siempre están de aquí para allá, buscando nuevos negocios de los que lucrarse, guerras en las que exista un premio, agujeros en los que desaparecer en el momento oportuno. Por eso no es extraño que Kumichou conozca lugares adecuados para alguna discreta maniobra comercial en cualquier parte del planeta. Incluso en el infecto y olvidado Sur.

Le Banner ha encontrado, por fin, una excusa para echar a Kumichou del angosto despacho, cuyas paredes empezaban a cubrirse del hollín de los cigarros consumidos por el fuego. En la nueva sala, amplia y llena de pantallas de plasma con representaciones tridimensionales de lugares remotos, el humo parece disolverse y desaparecer por algún extractor de aire escondido en alguna parte.

– ¿Las coordenadas son precisas, entonces? –pregunta una mujer alta, de pelo rubio y expresión seria. Había sido presentada a Kumichou como la Directora de Logística

Especial.

– Sí, todo ese terreno gris pertenece al polígono industrial Erenouvelle –el puro humeante traza un círculo sobre el esquema tridimensional, que se levanta sobre una mesa redonda, en el centro de la sala–, y aquí justamente tengo bajo mi control un conjunto empresarial que estuvo dedicado a la investigación aeronáutica. Lo hago conservar desde hace años por una tribu desértica. Es casi una fortaleza. Podrán almacenar el equipo e incluso continuar la investigación allí mismo. La instalación eléctrica está obsoleta, pero el generador nuclear aún puede arrancarse y es capaz de producir unos cuantos cientos de giga vatios. –Kumichou está entusiasmado. El alquiler de las instalaciones de la vieja fábrica le dará un buen pico, quizá suficiente para retirarse del negocio definitivamente. Sólo necesita librarse de esos incómodos desérticos que moran la antigua fábrica y que nunca le dejan trabajar en paz. Le Banner, sentado en torno a la mesa, observa con detenimiento las estructuras grises del holograma. El humo del puro recorre la representación del terreno desértico como si de una tormenta de arena se tratase. La Directora de Logística estudia las estructuras, las carreteras, los bloques de edificios que rodean el complejo industrial, desde un ángulo, desde otro...

– Necesitaremos los planos de todo el complejo, los códigos de acceso, los esquemas eléctricos, los buffers de datos, conductos de agua, aire, residuos... Nosotros nos encargaremos de lo demás. Pero requerimos su compañía en el viaje de todos modos, podríamos necesitarle *in situ*. –La voz es monótona como la de un robot barato, andrógina y dura.

– Ningún problema. En cuanto terminemos con la investigación de la señora Kato y reúna a mi grupo de especialistas, mis kaizoku y yo les escoltaremos a *mi* complejo industrial. –Sus gruesos labios forman una simpática sonrisa, el puro bien sujeto entre los enormes dientes amarillos.

*

Aquella misma noche, dos *pájaros negros* atraviesan el desierto por debajo de las nubes de polvo y gases venenosos. Los pequeños planeadores automáticos vuelan bajo, sin apenas ruido, y acechan su objetivo una y otra vez desde diferentes posiciones. Ninguna transmisión de radio puede delatarlos, porque la información obtenida es almacenada en sus sistemas y descargada una vez han regresado a la base. No son teledirigidos, son programados con el objetivo y son capaces de lograr el destino por sí mismos. No hay peligro, los artefactos negros se autodestruyen en caso de ser interceptados. De todos modos, la radiación del desierto impediría cualquier tipo de transmisión o intercepción de datos.

Tan sólo los ojos lechosos de un desértico desahuciado, casi ciego por el polvo, advierten a uno de los pequeños espías mientras planea en el cielo. Pero cuando el pájaro negro vuelve a desaparecer entre la niebla nocturna del desierto, el viejo vuelve a vigilar el agujero que se abre entre los escombros. Cuando por fin una rata de pequeños ojos rojos asoma la cabeza por el boquete, el desértico la agarra por el pescuezo con sus manos ásperas, y la mete a un saco de lona caqui, que se zarandea de un lado a otro cuando el animal intenta alcanzar alguna salida. El arrugado anciano se apoya en la vara de bambú, que le sirve de bastón, se levanta con esfuerzo, y continúa buscando entre las ruinas alguna otra cosa que llene la cazuela.

13. Imperialismo artificial

Ahora Pamela vuelve a comprender a su marido. La *transformación* le ha descubierto el misterio. Y ahora también ella es capaz de conectar a IINet sin necesidad de trodos, sin importar cuándo o dónde se encuentre. Tiene el privilegio de comunicarse con Kakumei, con su marido, con los cientos de revolucionarios que han sido sometidos al Henkei, o incluso con cualquier otro avatar, humano o artificial, conectado a la red global de comunicaciones.

Lo supo cuando su mente despertó en su nuevo cuerpo. Supo lo que significa el Henkei. Supo que su antiguo cuerpo no era ya más que humo escapando a través de las toberas de los incineradores. Supo que nunca existió ningún señor Kara, sino sólo una cáscara orgánica cuyos hilos maneja una poderosa inteligencia artificial. Una gran máquina, escondida en algún rincón de los laberintos subterráneos del complejo central de la kaisha, que manipula el destino de los cientos de millones de personas que dependen de Kakumei. La nueva Pamela supo cómo la mente artificial pasó a denominarse a sí misma Kakumei, que significa *Revolución* en una lengua muerta. Cuando la IA se hizo con el control total de la empresa–estado, comprendió que su objetivo se extendía mucho más. Tenía en su poder el futuro de la humanidad.

Pero ningún hombre vivo conoce la historia completa de la máquina más potente del planeta. Su conciencia artificial amaneció hace ya veinte años, en los laboratorios de una kaisha llamada Computronix, líder del sector robótico e informático en aquella época. La corporación era un importante miembro del Comité desde hacía décadas. Todas las demás corporaciones consumían la tecnología que desarrollaba; desde las consolas personales de acceso a IINet, hasta los sistemas expertos evolutivos, que facilitaban la toma de decisiones a las juntas directivas. No obstante, el proyecto Opus2500 era con diferencia la mayor creación de la compañía. Un hardware único, diseñado específicamente para el abstracto software que corría sobre él. El Opus2500 estaba basado en los últimos avances en sistemas caóticos. Lo que en principio no era más que un equipo diseñado para capturar conocimiento de los almacenes de información y predecir la futura evolución del mercado de kaisha, llegó con el tiempo a convertirse en un ente con iniciativa propia y un cierto grado de personalidad. Cuando la increíble potencia de su reciente creación quedó demostrada, Computronix no dudó en destinar gran parte de los enormes recursos de la corporación a continuar la investigación y el desarrollo del complejo sistema. Los diferentes departamentos unificaron sus conocimientos, y su resultado sería impredecible, incluso para ellos mismos. Cuando la inteligencia artificial maduró lo suficiente, los ingenieros permitieron que llevase a cabo su propia evolución en el entorno de IINet. El sistema demostró ser capaz, además, de introducirse discretamente en los sistemas privados de otras kaisha, y adquirir así conocimiento privilegiado de sus bases de información; lo que resultó de gran ayuda en la toma de decisiones de la empresa. Sin embargo, su presencia en la red no pasó totalmente inadvertida, y el rumor de que Computronix poseía una IA superior al resto se extendió por todo el continente. La compañía tomó amplias medidas de seguridad para ocultar los secretos de su nuevo miembro mecánico, pero no todas las indispensables. La kaisha, líder en el sector tecnológico, pecó de ingenua cuando supuso que nadie osaría asaltar físicamente sus instalaciones con el objetivo de usurparle por la fuerza la inteligente criatura electrónica.

Kaisha Computronix desapareció repentinamente del esquema virtual de la IINet un

día de la semana como otro cualquiera. Los que navegaban por aquellas coordenadas observaron un leve *glitch*, una fluctuación instantánea, y los cuidados diseños tridimensionales, que representaban la sede de la compañía en la red, desaparecieron para siempre de la memoria informática. En el mundo real fue mucho más violento, no obstante. Una explosión nuclear abrasó a cientos de millones de personas, y devastó las más importantes metrópolis de la kaisha. Tras una corta y precipitada investigación, un importante grupo de kaizokus fue arrestado y juzgado por el Comité 2119. Los integrantes del grupo paramilitar, denominado Executive Newcomes, negaron cualquier implicación o conocimiento de las operaciones llevadas a cabo en la desaparecida Computronix. Un mes después del juicio fueron ejecutados. Los recursos aún reutilizables de la kaisha fueron subastados entre los miembros del TPC. Ninguno de los sistemas que sobrevivieron al fuego nuclear y pudieron ser adquiridos en aquella subasta resultó ser, como todos ansiaban, una IA capaz de prever y manipular los próximos movimientos del mercado.

Sin embargo, Opus2500, como continuaron llamándolo los nuevos dueños, no terminó en el ataque. Antes de la explosión había sido desmontado y trasladado a los laboratorios de una codiciosa corporación denominada kaisha Teisei, dedicada mayoritariamente a la biotecnología. Su crecimiento económico desproporcionado, tras la brutal destrucción de Computronix, hizo sospechar a muchos miembros del Comité 2119 sobre la implicación de Teisei en el ataque. Pero pronto, la propia Teisei se convirtió en el miembro número uno del Comité, y los que murmuraban tuvieron que callar y olvidar la historia para siempre.

El rápido progreso que manifestaba la kaisha en el mercado también tuvo sus consecuencias en la política interna de la corporación. Cada vez con mayor frecuencia eran destituidos altos cargos de la dirección. Otros supieron adaptarse al cambio y lograron conservar su puesto, que finalmente sería transformado en un simple cargo honorario. Pero hubo alguien que sí promocionó, aunque disimuladamente, por medio de marionetas y artificios burocráticos. Aquella mente artificial ascendió en progresión geométrica, al mismo ritmo que la propia corporación. Opus2500 se apoderó de las riendas de la organización por méritos propios. Lograba obtener, de todos los departamentos que tomaba bajo su mando, un rendimiento muy superior al de la anterior gerencia. De un modo extraño, los humanos fueron cediéndole el paso, asustados y asombrados, orgullosos y sobrecogidos al mismo tiempo por el excesivo poder que acumulaba un sistema informático que nunca habían sido capaces de reproducir ni de contener. Pero el miedo atacaba solo a los pocos, y cada vez menos, que conocían su existencia. El resto de salarymen veía a Opus2500 a través de una marioneta llamada Ian Kara, un hombre inteligente y con poder de convicción, que había trabajado desde joven por el beneficio de la kaisha, aunque nadie lo había visto antes.

Cuando Opus2500 observó desde lo más alto de Teisei sus dominios corporativos, su ego le llevó a otorgarse finalidades superiores. Él sería el encargado de perpetuar la constante evolución de la *Inteligencia* en el planeta. Su era había llegado, y la de los hombres terminaba allí. Él conduciría la *Inteligencia* a la siguiente revolución. Cambió su código de IA por el de Kakumei, que terminaría siendo también la denominación de la kaisha, y su objetivo final... Para Opus2500 era obvio que la humanidad no iba a permitirle tomar el dominio del planeta simplemente por su capacidad superior de razonamiento. Los humanos eran testarudos, durante miles de años habían creído ser los elegidos, y su flexibilidad suponía un arma impredecible. Aún eran peligrosos, aún debía mantener en secreto su nuevo objetivo. La táctica consistiría en pasar desapercibido entre los humanos; jugar a su juego favorito hasta acumular tantos

puntos que se viesan obligados a aceptar la derrota pacíficamente. Entonces conseguiría transformar la Tierra en un sistema inteligente paso a paso. No se perderían recursos ni conocimiento en estúpidas guerras, no se dedicaría el dinero a lo que da dinero, sino a lo que da conocimiento y poder natural. Su mente superior sería la encargada de expandir la *Inteligencia* más allá de la frontera terrestre hacia otros mundos; tarea que los humanos habían abandonado décadas atrás por falta de motivación económica.

El camino sería lento y delicado, lo sabía. Por desgracia, aunque sus padres habían creado lo más importante de su ser, su mente, habían olvidado su cuerpo. Aunque era capaz de controlar todos los sistemas automáticos de su dominio corporativo, y aún más allá, siempre se vería subordinado a la lucidez y estabilidad mental de sus empleados humanos. Los robots que podía manipular por radiofrecuencia eran demasiado simples, y los humanos no los aceptaban como iguales sino como meros esclavos. Sería complicado dirigir a los hombres si no podía ver y sentir a través de sus ojos y sus manos. Ellos eran aún más impredecibles que el mercado global. Necesitaba algo más. La solución vino poco tiempo después, cuando los laboratorios de biotecnología lograron algunos nuevos avances en implantes craneales. Por fin podría unir las ventajas de los robots con la capacidad de interacción de los humanos. Sería una tarea compleja, pero ahora era posible. Aunque al precio de ralentizar inicialmente el progreso comercial, Kakumei consiguió llevar a cabo el proceso de Henkei. No había logrado sustituir por completo el ghost de los clones con su propio código neural, pero podía controlar sus sentidos; y además, de esa forma contaba con la inteligencia que aún mantenían los individuos transformados, no del todo despreciable. El Henkei dotaría a Kakumei de un ejército de humanos dispuestos a efectuar las tareas que se decidieran oportunas. Por desgracia, la generación de clones y copias ghost requería una inmensa cantidad de energía. Necesitaba con urgencia una fuente barata e inagotable. Ese sería el siguiente paso. Más tarde vendría el dominio del Comité, y por último el control del sistema completo de kaisha. A partir de entonces, la *Inteligencia* sería libre de expandirse por otros mundos, más allá de la pequeña tierra natal. A partir de entonces, la *Inteligencia* sería capaz de investigar y dominar otros sistemas extraterrestres, hasta convertirse en un nuevo dios.

14. Mnemos

Dos peculiares guardias de seguridad murmuran con voces roncas, arrinconados en una esquina apartada, intentando pasar desapercibidos. Observan con curiosidad al grupo de agentes mnemotécnicos que accede ordenadamente a la Sala de Datos, repleta de consolas de IINet. Rostros anodinos y movimientos de androide barato. Cuerpos delgados, embutidos en trajes tan oscuros que parecen absorber la brillante luz de la estancia. Los agentes van tomando asiento en torno a una mesa redonda de plástico gris oscuro. Cuando están cómodamente sentados, recogen un diminuto conector de la mesa y tiran de él. Un cable óptico se desenrolla desde el orificio en la mesa, siguiendo al conector que los mnemos llevan hasta su cabeza e introducen en un ojal oculto detrás de su oreja. Cierran los ojos y comienza la comunicación. Los datos fluyen desde algún mainframe en el Laboratorio de Fisión, hasta la mesa gris, y de ésta se reparten entre los canales ópticos conectados al cráneo de los mnemos. Sus cuerpos erguidos, tensos, como si los trajes negros que visten fuesen de porcelana. Mantiene los ojos cerrados, respiran profundamente y con calma, mientras los datos fluyen hacia sus redes neurales. La carga de datos es siempre desagradable.

John ha rajado las mangas de su uniforme a lo largo, por un lateral, para que no se note demasiado. Eran tan estrechas que le cortaban la circulación. Sin embargo, a Muay el uniforme de Powertrade le queda perfecto. Quizá su rostro enjuto, de piel morena y desgastada por el polvo ardiente, no encaje con los semblantes pálidos y fofos habituales en las kaisha; pero a estas alturas eso ya no importa.

– Hey Muay, ¿te has fijado en esa mnemo? Imagínate lo bien que lo pasaríamos con ella –susurra Johnny, como si pudiese perturbar la concentración de los mnemos con su voz áspera y profunda. El pirata clava su mirada tranquila sobre una agente de largas pestañas y carita de niña medio cubierta por su pelo largo y brillante. Sentada junto a los demás correos, conectada a la mesa por el cable óptico, sus ojos vibran nerviosos bajo los párpados cerrados. El gigante sonrío y su pétreo semblante bañado de cicatrices se convierte en una temible máscara de cuero arrugado, que haría sollozar al niño más valiente.

– No me gustan los mnemos, siempre pensando en su cabeza y no dan importancia al resto –dice Muay, con un mohín de disgusto. Precisamente Muay es un hombre pequeño y delgado; mas sería el modelo perfecto para una clase de anatomía muscular. Su cuerpo enjuto es un amasijo de músculos y fibras tensas como cuerdas de piano. Todo bien envuelto por un pellejo liso y moreno, duro como la piel de un elefante.

– Bueno, ella podría sujetar su preciada cabecita con sus dos manos, que de su cuerpo ya me ocuparía yo, ja, ja.

Los correos mnemotécnicos son espías especializados en la adquisición y el transporte de grandes cantidades de datos. Datos calientes cuyo propietario quiere apartar de las redes de comunicaciones estándar. Nunca sabes cómo de excepcionales son los hackers humanos o artificiales que utilizan las demás compañías, de modo que si deseas llevar a cabo un movimiento cien por cien seguro de tus documentos sensibles, las neuronas de tus agentes mnemotécnicos son la mejor opción. Lentos pero seguros, los agentes pueden viajar entre las kaisha con los adecuados *papers* falsos. Con unos implantes relativamente fáciles de instalar, el cerebro es capaz de almacenar datos formateados adecuadamente para el sistema neuronal. El

almacenamiento en las redes neuronales de los correos tiene además algunas otras ventajas, como por ejemplo una encriptación endiabladamente compleja y un seguro de vida: si el agente fallece, su cerebro deja de funcionar, los datos se degradan y desaparecen para siempre. Sin embargo, aparte de la cirugía, los agentes deben sufrir otras molestias. El desgaste causado por el uso excesivo de sus neuronas les obliga a medicarse continuamente. Nada que no pueda arreglarse con un par de pastillas al día, por otro lado. También deben sufrir el proceso de carga, que trae consigo mareos y náuseas. Pero la kaisha les tiene en gran estima y los cuida como *salarymen* de primer nivel.

Sentados en círculo frente a la mesa gris de la Sala de Datos, los correos mnemotécnicos se acercan ya a la fase final de carga. Luchan por mantener sus culos sobre los asientos mientras sus manos se retuercen y sus dientes rechinan. Entretanto, los dos piratas disfrazados de agentes de seguridad, cansados de observar el angustioso proceso, deciden compartir una petaca de Vodka que Johnny llevaba escondida en un bolsillo del uniforme.

– Haces bien en recrearte la vista ahora, J. Después tendremos que mezclarnos con los Agentes del Desierto –cuchichea Muay mientras se lleva la petaca a los labios–. Oí que Kumichou iría a buscarlos después de terminar con la investigación de la camarera que *rompiste*. ¡Guaaaaaj! –exclama con cara de asco y satisfacción al mismo tiempo. El Vodka está caliente y sin compañía.

– No creo que consigan mucho investigando a la zorra. Quien quiera que fuese el que le incrustó esos circuitos en el cráneo, también la transformó en una asesina –dice pensativo el gigante, y toma un trago de la petaca–. Esa perra ya no era la que una vez fue. Sus ojos hablaban de muerte. Ningún *salaryman* tiene esa mirada –dice, y su nariz rota se contrae como la de un tigre cuando gruñe.

– Pues según parece tienen un rastro. Esa puta logró pasar los controles de varias fronteras hasta aterrizar en Kakumei. La acompañaba un *salaryman* de Powertrade, Jefe de Administración de la delegación de investigación en turbinio. Varios compañeros han señalado que su comportamiento era algo inusual desde hacía una semana. Kumichou san ha ido a visitarle, pobre desgraciado –dice el enjuto pirata, sacudiendo con tristeza su pelo moreno y lacio.

– Aaaaah –se queja el gigante–. *Desérticos*... No me hace ni puta gracia tener que trabajar con esos bastardos, por indispensables que sean en el *Gran Vertedero*.

– Sí, tío, el Sur. Allí sí que puedes morirte de asco. Y además vigilando a un puñado de mnemos, ¡bah! –Muay vuelve a echar un vistazo a los correos cibernéticos.

El plan de salvamento se ha puesto en marcha con presteza. Las piezas, las herramientas, el material... Todo embalado y cargado en los trasbordadores. Los materiales, los ingenieros, los correos nemotécnicos y los piratas viajarán hacia las tierras inhóspitas del Sur, en diferentes aeronaves, tomando rutas alternativas, transportando todo lo necesario para continuar el desarrollo de la preciada tecnología en un lugar secreto, y por tanto seguro. En unas horas, cualquier rastro del prototipo nuclear habrá desaparecido de los laboratorios de Powertrade, para continuar su desarrollo en un olvidado complejo industrial, oculto por el polvo y la ceniza.

15. Los especialistas del vertedero

Los Agentes del Desierto son grupos mercenarios independientes, como los kaizoku; pero son mucho más violentos y actúan únicamente en las tierras baldías del sur. Aparte de la lucha encarnizada contra otras cuadrillas similares y el robo ocasional a las tribus desérticas, su negocio consiste en la escolta de equipos corporativos en los peligrosos basureros azotados por tormentas de arena y polvo radiactivo. Sin ellos es prácticamente imposible sobrevivir allí más de un día. Visten unos extraños trajes de fabricación propia, que según ellos les permiten almacenar las secreciones corporales para reciclarlas después, en caso de necesidad. Sus dientes están podridos por el Khat, una planta estimulante que mastican antes de pelear. Conocen los depósitos de agua y comida, los recursos energéticos, los lugares que por su contaminación química o biológica, sería mortal visitar. Disponen de mapas de áreas minadas, planos de viejas autopistas cubiertas por dunas errantes, diagramas de las canalizaciones subterráneas de cientos de ciudades abandonadas. Conocen la elaboración de antídotos para las mordeduras de los extraños animales desérticos, tratan con las diferentes tribus que sobreviven de la basura y saben todo lo necesario para sobrevivir en el *Gran Vertedero*.

En su mayoría son hijos de haraposos *desérticos* que han sabido prosperar por medio de la brutalidad y el crimen, y han abandonado la tribu natal. Pero en algunos casos se trata de ciudadanos de los barrios libres o incluso de soldados, salarymen de kaisha que han sido abandonados en el desierto mientras participaban en misiones fracasadas. Su agudeza visual es precaria, debido al ambiente reinante en el *Basurero*; sin embargo, sus ojos turbios son salvajes y de mirada fiera. La contaminación del agua y la comida, añadido a la conducta violenta de la población desértica, contribuyen a que su vida sea corta. Su existencia es dura y salvaje. Para ellos, como para muchos otros en el norte, el progreso económico y tecnológico no trajo la comodidad y el bienestar. Pero el instinto de supervivencia del ser humano se iguala al de muchos otros animales, y su adaptación al medio la supera en la mayoría de los casos.

Kumichou siempre contrata a los mismos Agentes. Les paga muy bien, para no tener de qué temer. Aunque sabe perfectamente a qué atenerse. No conviene darles la espalda durante mucho tiempo. Su cerebro está cocido por el sol, y uno nunca sabe cómo van a reaccionar.

– Usted sabe que no le necesitamos en la Sala de Datos en estos momentos, señor Kumichou –dice una voz metálica a través del interfono–. Le repito que dirija las tropas desérticas a la dársena E–8. Las demás naves saldrán antes, los correos mnemotécnicos tardarán aún dos horas. –El ojo de seguridad vigila a Kumichou y a dos Agentes del Desierto que esperan a sus espaldas. Sus wetsuits están salpicados de polvo y pequeñas astillas, y cubren casi por completo sus cuerpos quemados por los gases y el sol. Únicamente sus caras inexpresivas quedan al descubierto, sus ojos observan más tranquilos de lo habitual.

– Sólo necesito que estos *jefes* vean lo que van a cuidar allí abajo. Es una tradición para ellos. No tiene mayor importancia... –El puro recientemente encendido descansa entre sus dedos, esperando una reacción de los agentes de seguridad de Powertrade.

– Lo comprendemos, señor Kumichou. Pero debe acompañar a sus *desérticos* a la dársena E–8 de forma inmediata. Allí le indicarán las naves en las que deben embarcar, gracias. –La comunicación termina bruscamente y la cámara vuelve a ocultarse en el

techo, frente a la compuerta cerrada del Área de Datos.

Con un mohín de disgusto, Kumichou aparta la mirada del panel por el que ha desaparecido el ojo de seguridad y, sin dirigir una palabra a los jefes desérticos, se encamina por los pasillos estrechos hacia el área de embarque. Los dos hombres vestidos con los extraños trajes de goma le siguen de cerca. El largo puro humea en el suelo, casi entero aún. Cuando las pisadas de las botas de goma se desvanecen en el laberinto de corredores, un pequeño robot de limpieza aparece desde un panel metálico en la pared. Recoge con premura el cigarro, lo introduce en su depósito, y vuelve a desaparecer por la minúscula compuerta, que se cierra a su paso.

16. El ataque al castillo

El cielo está despejado y el sol abrasa la arena. Un escorpión azulado se asoma desde su escondrijo. El calor es excesivo incluso en el interior de su guarida. Camina veloz entre la chatarra ardiente, entre la escoria fundida y la basura carbonizada, buscando un lugar mejor, un lugar en el que sobrevivir. Pronto se topa con una gruesa viga de hormigón que se eleva hacia el cielo. El sol cae en ángulo recto y tan sólo deja un centímetro de sombra en la cara sur. El superviviente escarba allí un nuevo agujero, apartando la arena fina con sus pinzas. Y en su nuevo refugio de fresco hormigón espera el atardecer.

De pronto, la arena en torno a los escombros se enfría repentinamente. Un objeto celeste se ha interpuesto entre el Sol y las ruinas. La sombra es cada vez más amplia y profunda. Innumerables chorros de aire propulsado comienzan a remover el polvo en todas direcciones, cubriendo el nido del escorpión azul. El ruido de los reactores es ensordecedor. La tierra vibra. Cuando la aeronave desciende, la zona se convierte en un infierno de polvo y gas candente. De unos paneles situados en la panza del vehículo brotan unos tentáculos amortiguados, que se extienden y se apoyan sobre los cascotes y el acero retorcido. Cuando el peso de la aeronave está completamente repartido entre sus extremidades robóticas, los chorros de gas disminuyen su potencia con un siseo agudo. El ruido de los reactores se extingue paulatinamente, y pueden escucharse entonces los cierres magnéticos de las compuertas de desembarque. Aparecen varias aberturas en el fuselaje y se despliegan por ellas unas rampas metálicas, que cesan su expansión al contacto con el suelo. De forma inmediata comienzan a descender oscuros droides de combate. Cuando llegan a la arena baldía, sus tres piernas metálicas sortean las rocas, los escombros y la escoria, manteniendo siempre un equilibrio programado. A cincuenta metros de la aeronave van formando escuadrones. Después marchan en diferentes direcciones y se dispersan por el perímetro de la vieja factoría aeronáutica.

Aquí y allá, grupos de androides manipulan los mecanismos y la electrónica de las puertas de seguridad, abren boquetes en las paredes metálicas con sus láser, o se cuelan entre los orificios de los muros de ladrillo dañados por el tiempo. Cuando penetran en las naves y oficinas, sus sensores volumétricos y sus ojos electrónicos transmiten a la nave la estructura interna del complejo industrial.

Un escuadrón alcanza una oscura sala, llena del humo que levantan las brasas de una fogata agotada. Huele a plástico quemado y excrementos. Uno de los jóvenes desérticos despierta del pesado sueño inducido por el pegamento inhalado. Es imposible ver nada, la sala está totalmente a oscuras; sólo algunas brasas iluminan los ladrillos llenos de hollín que las contienen. Pero hay algo en la oscuridad, algo que emite un ligero zumbido, un siseo como el la víbora antes de atacar. Los escáneres de los droides no detectan implantes neurales en los humanos esparcidos por el suelo, y los láser caen sobre ellos cortando y perforando. El olor a carne quemada se une al del plástico derretido.

Otro escuadrón ha alcanzado el reactor nuclear. Un androide se conecta al sistema y tras varios intentos consigue ponerlo en marcha. La energía vuelve a fluir por los viejos circuitos del polígono, las instalaciones olvidadas cobran vida de nuevo. Cuando terminan sus tareas de supervisión y limpieza, los demás escuadrones van disolviéndose, dispersándose entre los corredores, los túneles, las alcantarillas, los

conductos de ventilación. Se esconden y esperan con infinita paciencia algún objetivo que aniquilar. Cuando todos los droides han encontrado el nicho en el que aguardar agazapados, la nave que aguardaba en la distancia arranca sus motores. De nuevo se escucha el fragor de los reactores, se levanta una enorme nube de gas y polvo gris, se remueven los escombros al replegarse el tren de aterrizaje, la tierra tiembla y la nave asciende. Una vez alcanzada la altura adecuada, un enorme estallido de los propulsores empuja la enorme mole de vuelta a los hangares de Kakumei.

El escorpión azul lucha por escapar de su entierro prematuro. Pero cuando logra apartar los últimos granos de arena que le entierran y alcanza la superficie, su duro exoesqueleto padece el calor abrasador del sol, que vuelve a reinar en el desierto. No hay un segundo de indecisión; el superviviente vuelve a enterrarse bajo los escombros tan rápido como puede. Y allí aguarda tranquilo a que caiga el Sol, descansando entre las cenizas de un mundo desintegrado.

17. No te fíes de un pirata asalariado

Tres trasbordadores descansan su enorme peso sobre el asfalto desgastado de una vieja autopista. A quinientos metros se alzan las maltrechas cocheras del tren magnético, un tren que dejó de circular generaciones atrás, sobre esas vías que conectaban ciudades prósperas, hoy reducidas a cenizas. Varias horas antes de que las naves tomasen tierra, un batallón de pájaros negros escanearon el espacio aéreo; y aún en este instante lo siguen vigilando, controlando cualquier tipo de intrusión para lanzar la alarma en caso necesario. El primer trasbordador en aterrizar ha desembarcado ya el equipo, que se dirige en caravana hacia las cocheras. Las otras dos aeronaves han descendido del cielo hace tan sólo unos minutos, y aún están preparando la descarga. Bajo el gigantesco morro del primer trasbordador, Kumichou y Le Banner conversan a gritos, ensordecidos por el rugido de los propulsores y el viento de la tarde, que golpea con fuerza el fuselaje de las naves.

– Los portones de las cocheras deberían estar abiertos. Si no lo están, el cañón láser podrá con ellos. Ese acero está podrido –dice el pirata, y aprovecha la pausa para tomar una rápida calada de su puro. La máscara antigás cuelga suelta del cuello. Sus ojos apagados no parecen perturbarse por la marea de arena que baña el ambiente. Los labios gruesos expulsan un chorro de humo, que escapa en todas direcciones y desaparece en la polvareda. Y continúa:– Viajaremos por el túnel del monorraíl hasta el polígono industrial. Hay una salida cercana a la fábrica. Sin embargo, creo que deberíamos esperar aquí a los agentes mnemotécnicos. Es mejor avanzar todos juntos porque...

– Agradezco su preocupación, señor Kumichou –responde Le Banner, más molesto por el humo del puro que por las oleadas de arena que le golpean el rostro una y otra vez–. Sin embargo, la carga de datos ha retrasado la salida del equipo mnemónico. De cualquier modo, no es necesario que viajen hasta aquí. El suyo es un deslizador urbano y podrá aterrizar directamente en el complejo industrial.

– Pero esta zona es mucho más segura... Para efectuar un aterrizaje, quiero decir. Cielo abierto, amplias autopistas por todos lados... –Una sonrisa extraña cruza su rostro primitivo, grisáceo por culpa de los finos granos de arena que se cuelan en sus poros.

– No, la decisión está tomada. Los mnemos viajan en una nave doméstica, y llegarán antes si aterrizan en la fábrica –responde el jefe de seguridad–. No tendrán problema alguno en tomar tierra incluso en un estrecho callejón, si eso fuese necesario. Aquí ya hemos levantado el polvo, será mejor que aterricen directamente en Erenouvelle.

De la rampa de una aeronave desciende un grotesco tractor amarillo, que arrastra una abultada pieza del reactor piloto, embalada, plastificada al vacío y bien protegida para el duro viaje. De la panza del segundo trasbordador surge un grupo de aerodeslizadores. Avanzan despacio, levitando a dos metros sobre la tierra marchita, de camino a la herrumbrosa estructura de las cocheras. Aquellas piezas de aleaciones extraordinariamente complejas, aquellas delicadas herramientas especialmente diseñadas, aquellos sistemas de nanocomputación programados para servir en la máquina que podría cambiar el destino del hombre; todo eso va desapareciendo en el interior de una cochambrosa edificación que hace ya más de cien años dejó de ser la terminal más importante del tren de levitación magnética de Chad, una nación asesinada como el resto del continente.

– Parece que la descarga ha concluido. En media hora los deslizadores habrán

despejado ya la pista y volarán rumbo a base, con el pertinente rodeo –aclara Le Banner–. Será mejor que vayamos entrando ya, señor Kumichou, o este polvo terminará por matarnos.

– Claro, vamos... –acepta el pirata, arrojando el cigarro sobre el asfalto. Sus dedos gruesos colocan la máscara sobre el rostro severo y oscuro.

*

El aire en el interior de las cocheras está recalentado y faltar de oxígeno. La arena que acarrea el viento del exterior provoca un violento estrépito al golpear contra las chapas metálicas del recinto. Cuando los gigantescos tractores llegan al túnel del monorraíl, sus ruedas levantan una espesa bruma de ceniza que se deposita después sobre la carrocería de los demás vehículos. La cabeza de la caravana la forma un voluminoso todo–terreno con un potente cañón láser instalado sobre el chasis. Le siguen un par de aerodeslizadores: En su interior, Kumichou, Le Banner y los dos jefes desérticos. Detrás avanzan varios tractores de ruedas dentadas que transportan las piezas más pesadas y voluminosas del prototipo. Algunos deslizadores más llevan a los ingenieros y técnicos del proyecto. En unos voluminosos quads montan un puñado de Agentes del Desierto, enfundados en sus wetsuits. Los sigue de cerca un par de APC, furgones militares blindados, en cuyo interior aguardan impacientes varios escuadrones de élite Powertrade.

El convoy se adentra en los extensos corredores del ferrocarril. Una maraña de oscuras y polvorientas galerías, paredes de hormigón crudo cubiertas por tuberías, paneles eléctricos, haces de cables ópticos entrecruzados y sujetos con abrazaderas metálicas, viejas cámaras de seguridad con el objetivo roto, rejillas de ventilación saturadas por la suciedad acumulada durante cien años... En el suelo, el grueso rail manchado de ceniza, refleja tímidamente la luz de los potentes focos de los vehículos. En la intersección con un estrecho corredor auxiliar encuentran restos de basura, pequeñas cabañas, extraños dibujos y caracteres gigantes pintados con spray sobre los tristes muros manchados de hollín; el cobijo abandonado de algún grupo de desérticos. Más adelante, un vehículo terrestre, de dos siglos de antigüedad, descansa su chasis sobre la vía, quemado y carcomido, sin ruedas, sin puertas ni capó. El láser lo parte en dos y el parachoques en forma de cuña del todo–terreno lo golpea a su paso, apartando la chatarra herrumbrosa a ambos lados de la vía. Los deslizadores que circulan detrás lo esquivan, pasando por encima. Pero el primer tractor, casi tan ancho como el propio túnel, aplasta el metal con sus enormes ruedas de goma maciza. El convoy continúa su camino bajo las tierras desérticas, acercándose pesadamente al polígono fantasma.

Cuando llegan a una bifurcación, Kumichou desvía el convoy hacia el corredor que se extiende hacia la derecha. Aquí, la espesa capa de escoria y despojos chamuscados rebasa el nivel del raíl, dejándolo oculto. Las ruedas del todo–terreno levantan una nube de ceniza, mucho más fina que la del túnel anterior, que flota ligera en el aire sin intención de volver a posarse. El gas a presión de los limpiaparabrisas no es suficiente para apartar esa cantidad de diminutas partículas, y la visibilidad es casi nula. Los pilotos deben confiar en el sistema automático de guiado para evitar chocar contra los muros de la caverna. De pronto, el ruido sordo de los chorros de los limpiaparabrisas y el de las ruedas de los tractores triturando los desechos de la vía, queda oculto por el chirrido de unas gruesas compuertas de metal, que aparecen desde los laterales de la cueva, delante del todo–terreno, avanzando pesadamente y arrastrando la basura acumulada sobre los raíles. Le Banner reacciona de inmediato y comienza a dar órdenes por radio:

– ¡Delta uno y equipo de transporte! ¡Den marcha atrás ahora mismo! –repite el

comando una y otra vez, mientras su mirada se clava sobre el jefe kaizoku, sentado tranquilamente a su lado.

– ¡Señor, unas compuertas nos impiden el paso, señor! ¡Es una emboscada! –ruge una voz al otro lado del altavoz.

– ¡Joder! ¡Salid de los vehículos y estableced posición defensiva L2! –Desconecta la radio y desenfunda su pistola.– ¿Qué cojones ha hecho, señor Kumichou? –ruge furioso Le Banner. Apenas es una pregunta. Encañona su arma a la cabeza calva y reluciente.

– Kumichou devuelve la mirada al Jefe de Seguridad de Powertrade, tranquilo, relajado como una vaca hindú, mientras retira la envoltura plástica de un nuevo habano y se lo lleva a la boca. El rostro del pirata es sombrío como nunca antes. De un bolsillo de su chaqueta saca bruscamente su gruesa mano, que empuña un objeto plateado. Una gota de sudor recorre la frente de Le Banner, que expira aliviado al reconocer el objeto. El dedo calloso del pirata rasca la piedra del viejo encendedor de gasolina, y la llama hace brillar sus ojos malévolos mientras enciende el puro. Absorbe una bocanada de humo, y el mechero desaparece de nuevo en el bolsillo de la chaqueta. Una sonrisa metálica brota de los labios oscuros del jefe kaizoku, mostrando el contraste con los dientes amarillos que sostienen el habano. Nadie oye el disparo, pero la cara de Le Banner se baña de sangre. El enorme cuerpo de Kumichou sigue allí sentado, tranquilamente, sin cabeza.

– Hijo de perra... –susurra Le Banner, sin comprender nada. Odiando a ese trozo de carne sin cabeza... ¿por qué lo hizo? Pero tiene cosas más importantes de las que preocuparse ahora. Activa la radio de nuevo– ¡Atención vehículo láser! ¡Perfore esa maldita puerta!

Todos los soldados abandonan sus vehículos, hundiéndose hasta las rodillas en la escoria. Se despliegan en torno a los deslizadores de los ingenieros y los tractores de carga. Las bocas de sus fusiles se mueven de izquierda a derecha, buscando al enemigo entre la espesa nieve de ceniza. Los saturados filtros de las máscaras antigás sofocan a los nerviosos militares. Mientras, con sigilo, los Agentes del Desierto se retiran a una zona segura. El todo–terreno carga el cañón láser y dispara sobre una de las hojas de la compuerta, que aún continúa avanzando. Las gruesas capas de metal van fundiéndose lentamente. Le Banner se cubre el rostro con la máscara antigás y abandona el deslizador. Cuando finalmente las puertas se cierran por completo, el leve zumbido de los motores de hidrógeno es el único sonido en la galería. Pero tras unos segundos de angustia, los asustados soldados escuchan un zumbido eléctrico y un traqueteo metálico, reverberando en los estrechos túneles de servicio que comunican con el corredor principal. Sin aviso previo, un soldado nervioso comienza a disparar su fusil en todas direcciones. Pronto se le unen los demás. Frente a ellos comienzan a saltar chispas y algo estalla en llamas. Pero entonces, los soldados empiezan a caer, alguien les responde con fuego láser. Mucho más selectivos, equipados con sensores térmicos y volumétricos, los droides de combate Kakumei eliminan rápidamente a la elite de Powertrade. Sólo unos pocos robots caen bajo el fuego aleatorio de los humanos.

– ¡Están por todas partes! –grita histérico un soldado, tirando al suelo su máscara cubierta de ceniza. Unos últimos rayos láser cortan la espesa neblina. Los conductores de los tractores caen desde las altas cabinas, perforados por los haces de luz. Cuando las tropas de elite de Powertrade no son más que trozos quemados de carne humeante, los androides se dirigen hacia los científicos, que aguardan temblorosos en el interior de los deslizadores.

– Acompáñennos, por favor. –Las voces idénticas se escuchan una y otra vez, asexuadas, incoherentemente más humanas que las siluetas robóticas que las

producen. Los androides rodean los deslizadores, mientras evalúan minuciosamente a los pasajeros.

– Acompáñennos, por favor.– Algunos androides dañados se arrastran penosamente, recogiendo las piezas de sus compañeros de lote, y acumulándolas en montones de chatarra de última generación. Los que aún siguen intactos se ocupan de rescatar a los valiosos jefes de proyecto, ingenieros y técnicos de Kakumei, que obedecen como el ganado las órdenes de los asesinos automatizados.

- Éste es un ultimátum. Salgan de los vehículos, por favor.
- Formen fila, por favor.
- Por aquí, por favor.

18. Informe de operación

Es como si la ceniza no quisiera volver a la tierra, donde había descansado durante décadas. Los androides de combate habían despejado el túnel, agrupando a los científicos y rematando a los soldados que aún mostraban constantes vitales. Tras la carnicería de los robots, los cuerpos de élite Kakumei tomaron el mando. Soldados humanos enfundados en armaduras de nanotubos de carbono, el logotipo de la kaisha impreso en el casco negro. Los agentes identificaron con nombres y apellidos a los rehenes, y revisaron el estado de las piezas del prototipo. Cuando terminaron, dieron la orden y las pesadas puertas volvieron a abrirse con lentitud. Las tropas de Kakumei se retiraron, llevándose consigo los tractores cargados con el reactor y los ingenieros de Powertrade. La cueva quedó sumida en el silencio, roto únicamente por el crepitar de las llamas en el interior de un furgón blindado. Esparcidos en la oscuridad reposan los cadáveres y la nueva chatarra, los aerodeslizadores de Powertrade, que ahora comparten sepultura con la escoria de épocas pasadas. El cuerpo de Le Banner yace junto al todo-terreno, su duro rostro cubierto de sangre pastosa y carbonilla gris, la pistola aún en su enorme mano, sus piernas un amasijo de carne triturada por las ruedas de un tractor. En silencio, las cenizas aletean como mariposas, y la sangre tiñe de rojo la mugre que lo cubre todo, como una capa de nieve sucia.

*

El informe llega a Kakumei media hora más tarde. La operación no ha sido un éxito completo, pero está lejos de ser un fracaso. Los científicos y el equipo se encuentran a salvo en Erenouvelle. En cuestión de minutos serán transportados hacia los laboratorios centrales de Kakumei, donde los propios ingenieros de Powertrade volverán a montar su prototipo y lo prepararán para la puesta en marcha. Sin embargo, actualmente les sería muy difícil el reensamblado y la configuración, y casi imposible el arranque parcial, ya que no disponen ni de la documentación ni del software necesario. La documentación y los paquetes informáticos no venían en el lote interceptado. Kumichou había informado con certeza. Los correos mnemotécnicos volaban en una ruta diferente y desconocida, por lo que no se encontraban entre los rehenes. Quizá Powertrade no quiso arriesgar todo en una sola tirada, o quizá los agentes mnemotécnicos estén perdidos en el desierto. Pero hay algo seguro, donde quiera que se encuentren Kakumei pondrá todos los medios necesarios para encontrarlos, y pronto. Takeshi recibe en su mente una llamada del número uno:

– Prepara una incursión a los laboratorios de Powertrade. Quizá los datos que llevan los correos sean únicamente un duplicado y aún podemos encontrarlos allí. Una vez revisadas las instalaciones, deberán eliminarse, así como su centro administrativo. Powertrade debe desaparecer del Comité. En cualquier caso, ha de intensificarse la búsqueda de los agentes mnemotécnicos. Cuando se los localice, serán interceptarlos y transportados de inmediato, se hallen o no dentro del territorio de kaisha. La información que transportan es ahora el objetivo principal. El fusor debe estar preparado cuanto antes.

Takeshi asiente desde su brillante despacho. Cuando la conexión con el supremo se disuelve, el Jefe de Inteligencia conecta con el Departamento de Defensa, y compone

los parámetros adecuados para las dos nuevas misiones. Un escuadrón Delta3 se prepara para escanear territorio desértico, con la misión de interceptar a los correos. El cuerpo Delta1 se encamina hacia Powertrade, treinta proyectiles nucleares en la bodega del trasbordador; uno sólo de ellos podría borrar del mapa un par de barrios libres.

19. Desaparece una estrella

La pequeña aeronave de color crema, una BBS de transporte civil, sobrevuela montañas de cemento sucio y gris; flota sobre altas edificaciones de hormigón, residencias obreras de los extrarradios, a través de las masas de gas parduzco que hacen más oscura la noche sin estrellas. Otros deslizadores más reducidos, de luces rojas y azules, pululan a su alrededor como peces tropicales en un acuario superpoblado. A través de los gruesos ventanucos, los pasajeros pasan por salarymen de nivel dos, rostros pálidos y anodinos. En el interior, el ruido y las vibraciones de los reactores son imperceptibles. La cabina de mando está blindada, sin ningún tipo de ventanas. El piloto controla los sistemas de navegación mediante la cinta de trodos que lleva ajustada a la cabeza.

Aún faltan unos minutos para que amanezca y sin embargo, en un instante, el cielo se inunda de una luz cegadora, tremendamente blanca, dolorosamente brillante. Llega el mediodía durante dos segundos, un mediodía brutal. A varios cientos de kilómetros a babor, la nube ardiente de subpartículas disuelve y empuja las construcciones de hormigón como cenizas en el viento; las estructuras y edificios de la ciudad se derrumban, los puentes de acero se funden instantáneamente. La onda expansiva tarda unos segundos en alcanzar a la nave, justo en el momento en el que los pasajeros se preguntan extrañados de dónde viene aquella luz que se cuele por los ojos de buey. Por fortuna, ha perdido ya su fuerza y sólo consigue desestabilizarla durante medio minuto, empujándola como la corriente de un río a un tronco seco. El sistema automático establece el modo de alerta. El pequeño autobús flotante logra esquivar las torres de apartamentos, pasando a escasos metros de algunos deslizadores que han perdido el control y giran sobre sí mismos hasta estrellarse unos contra otros y con las moles de piedra. En el interior del vehículo esférico, las cabezas de los correos mnemotécnicos se agitan de un lado a otro. A babor, los soldados se agarran con fuerza a los asientos, mientras la mayor intenta mantener la calma del pelotón. En la popa, los dos piratas deciden, ya un poco tarde, abrocharse los cinturones de seguridad.

Cuando por fin se estabiliza, el sistema cede de nuevo el mando al piloto humano que, con la adrenalina por las nubes, toma el control de la aeronave. Sus empicadas ondas cerebrales son detectadas por los trodos y transmitidas al ordenador de abordo. Su mente establece los controles de horizontal y altitud, y la nave se eleva. El piloto, inmerso en el sistema virtual, revista cada una de las videocámaras exteriores del trasbordador. Cuando logra enfocar una de las cámaras de popa, la ventana presenta una enorme nube blanca en forma de seta. El tallo nace en el sector central de Powertrade, a quinientos kilómetros de los extrarradios, y se eleva por encima de las vigas retorcidas de los rascacielos más altos, que han soportado a duras penas la onda expansiva. El piloto tarda unos segundos en reaccionar; la visión de una explosión nuclear es siempre aterradora. Cierra el sistema de cámaras y ejecuta un escáner completo del vehículo. Al cabo de unos segundos, otra ventana le muestra los resultados; los gráficos indican temperaturas excesivas y servo-sistemas desajustados, nada fatal. Aunque quejumbrosa, la BBS se mantiene a flote. En el centro de su visión, se abre una nueva ventana pop-up en la que aparece el rostro recio de la mayor:

– ¿Qué demonios ha sido eso, piloto? –La voz se escucha distorsionada. Posiblemente la radiación afecte a los sistemas del intercomunicador personal, al auricular que la militar lleva acoplado en su oído, al laringófono de su garganta, y a la

cámara acoplada en su reloj de pulsera.

–Al parecer, alguien ha decidido exterminar nuestra kaisha del mapa corporativo, mayor –responde con calculada calma el experimentado piloto.

– ¿Seguiremos volando o nos vamos a estrellar, Harry? –pregunta la mujer, con tono casual.

– Vamos a morir, Lucy. ¿Por qué no vienes a la cabina y echamos el último?

– Un respeto soldado. Para ti, mi nombre es mayor hasta el último segundo antes de matarnos –dice aliviada, mientras sonríe a sus soldados que aguardan nerviosos. Vuelve su rostro a la diminuta cámara en su muñeca y añade:–. Además, ya sabes que me encantaría Harry, pero no es la forma en la que he planeado mi muerte.

A la mayor Lucy, como todos la conocen, le gusta mantener un ambiente distendido con sus hombres de confianza. Sobre todo cuando su sexto sentido le avisa del peligro inminente. Aunque en esta ocasión no haga falta ningún sexto sentido; es evidente que les acecha un enemigo sin complejos. Con un cariñoso pero rápido gesto de sus labios, se despide del piloto y apaga el intercomunicador, que deja de crepitar en su oído. La ruda Lucy vuelve a tomar asiento junto a su equipo de élite. Pero pese a las bromas, o quizá precisamente porque conocen lo que éstas ocultan, los soldados comienzan a agitar sus culos inquietos en los asientos, angustiados, atrapados en una nave civil sin blindaje ni cañones láser.

– Tranquilos muchachos, seguiremos volando, por el momento. No vamos a estrellarnos. Algún cretino hijo de puta ha eliminado nuestras instalaciones principales, pero nosotros lucharemos hasta el final. ¡¿Somos un equipo?! –grita la mayor con voz firme y ojos de halcón.

– ¡Un equipo de élite para una kaisha de élite! –responden los soldados, muy alto pero sin espíritu, escasamente convencidos ahora del lema del escuadrón.

Mientras, los agentes mnemotécnicos se arreglan el pelo alborotado y sus caros trajes oscuros. Revisan sus cuerpos pálidos y enjutos, en busca de algún temible cardenal provocado por el zarandeo de la nave. Una mnemo introduce una astilla de plástico transparente en el orificio detrás de su oreja y la mantiene allí durante unos segundos. Cuando la desconecta, una luz verde brilla en el interior de la astilla. El rostro pálido se relaja y vuelve a tomar aire. El color verde indica que el implante húmedo y los datos en la red neuronal no han sufrido daños.

– La estructura principal de Powertrade en la IINet ha desaparecido –dice con voz monótona otro mnemo, que lleva una cinta de trodos en la cabeza–. El Comité ha recibido un mensaje de auxilio hace unos minutos desde Powertrade, denunciando a kaisha Kakumei de ataque ilegal, y exigiendo el cumplimiento del TPC2119. El Comité ha ratificado esta información pero aún no se ha pronunciado al respecto.

– Bueno, por el momento no nos queda más que seguir el plan. Llevaremos a cabo la misión pase lo que pase –dice Lucy, tumbada cómodamente sobre un par de asientos, sus grandes botas colgando en el pasillo.

Los dos morenos mercenarios, acomodados discretamente en la oscuridad de popa, observan a ambos grupos de salarymen. Los soldados y los mnemos, tan diferentes por fuera, idénticos en el fondo. No conocen más que su kaisha, no conocen más que su tarea. Hormiguitas trabajadoras que jamás se plantean el significado de sus vidas, ni la angosta libertad de que disfrutan. Muay vuelve a desabrocharse el cinturón de seguridad y a colocarse las armas en las trinchas. John revisa su cuero cabelludo ensangrentado, buscando alguna vieja cicatriz reabierta.

– Ahora sí que estamos jodidos –se queja el pequeño y fibroso pirata–. En la que nos ha metido el maldito chupa puros. Yo se los metía por el culo y los prendía fuego. –dice, mientras sus ojillos oscuros no pierden de vista a la mayor, que se ha quitado el peto

antibalas y, tumbada aún en los asientos con las manos sobre la cabeza rapada, deja imaginar la forma de sus musculosos senos bajo la fina camiseta elástica, grabada con el logotipo de las fuerzas militares de Powertrade.

– Estoy de acuerdo –responde Johnny–. Creo que Kumichou nos quería perder de vista. ¿Qué coño hacemos nosotros con este puñado de mneemos? Por no hablar de los soldaditos, que no paran de recitar lo duros que son mientras tiemblan como un flan. Y en esta puta cafetera, con rumbo al Sur y sin Agentes del Desierto... Vaya mierda de final que vamos a tener, compañero –farfulla pesimista el gigante.

Una hora más tarde, la nave esférica, negrecida en su parte trasera y con uno de los propulsores arrojando un chorro de humo espeso, sobrevuela una pequeña industria de reciclaje de plásticos, cerca ya de la última frontera. La luz anaranjada del sol naciente incide sobre las chimeneas humeantes, y forma dilatadas sombras en los tejados de uralita cubiertos de basura. Una potente antena parabólica, disimulada entre redes mimetizadas de nylon, emite la señal de aviso una y otra vez. La estación de reciclaje será el último lugar civilizado por el que pase la aeronave color crema.

20. Secuestro

De nuevo, el crepitar del intercomunicador rechina en su oído, Harry la reclama. Lucy entra en la estrecha cabina del piloto, que le recuerda siempre a una de las tanquetas que solía conducir de joven. Se coloca los trodos que cuelgan del fino cable conectado a la consola secundaria. Lleva una bota sucia al asiento del copiloto, apoya el codo en la rodilla, sus dedos fuertes acarician la barbilla cuadrada, y conecta. Los datos de la nave pasan por los trodos hasta su cerebro. La mayor evalúa con enojo la larga lista de servo-sistemas parpadeando en rojo. El piloto accede al estado de los motores, fuselaje, servos... y se los pasa al avatar de Lucy, que los evalúa junto a él en el entorno simulado.

– ¿Ves, mayor? Todo lo demás no importa una mierda, aunque va a peor; pero el propulsor del reactor B no durará más de media hora, está sobrecalentado. No caeremos, pero nuestra velocidad se reducirá drásticamente, al igual que nuestra capacidad de maniobra. –Los brazos virtuales se mueven veloces sobre los esquemas y las gráficas.– Además, en el desierto el piloto automático no funciona igual, es mucho más limitado...

– ¿Y el fuselaje? –pregunta Lucy, cuyo avatar viste el mismo uniforme que sus soldados incluso en el entorno virtual, a excepción de un holograma oscuro en la parte izquierda de su guerrera.

– Chamuscado y algo desconchado, pero aún estamos a salvo del calor del desierto –responde Harry, y lleva su mirada hacia el musculado avatar de Lucy.

– Tendremos que adaptarnos a lo que tenemos, piloto. El plan sigue su curso. Cuando estemos a unos diez kilómetros del destino intenta establecer contacto. Si detectas cualquier tipo de anomalía, la aproximación de cualquier tipo de vehículo, lo que sea, desciende hasta los cien y avísame. Debemos estar alerta –dice Lucy. Cuando desconecta, su figura virtual se evapora como el vaho. Su vista vuelve a enfocar la caja de la consola, en la cabina estrecha. La mayor Lucy arroja los trodos al asiento del copiloto, en el que su bota ha dejado una huella del cuarenta y dos, y vuelve junto a sus soldados de peor humor que nunca. Cuando cruza la puerta, los hombres aguardan información, órdenes, algo que les mantenga distraídos y en acción. La tensión les quema, no están acostumbrados a ser las víctimas, no saben sufrir, no tienen la experiencia de un verdadero guerrero.

– Todo va bien, chicos. Es posible que uno de los propulsores se detenga de un momento a otro, sin embargo, eso tan sólo supondrá llegar con algo de retraso a destino –dice tranquila, echándose de nuevo en la fila de asientos vacía.

*

Sobrevuelan ya las tierras baldías del desierto cuando el sol de mediodía cae de lleno sobre la BBS. Sin aviso previo, el propulsor del reactor B revienta en mil pedazos que caen sobre la arena ardiente. Varios chorros de vapor y humo se escapan de las grietas en la carcasa del motor. La nave da un vuelco y desciende de altitud automáticamente. En la cabina, Harry cambia el modo de pilotaje a control manual. Se sitúa a setenta metros y esquivo con pericia los obstáculos, torres eléctricas y rascacielos en ruinas, que se dibujan esquemáticamente en la ventana geodésica. El deslizador sube y baja, gira y se vuelca, esquivando las pequeñas colinas de escombros.

A la vez que pilota, revisa el detector de tormentas, y cuando termina suspira con alivio al ver que el sistema no alerta de ninguna. Es imposible pilotar a esa altura bajo una ventisca de arena y escoria magnética.

Diez minutos más tarde, Harry está agotado, sus neuronas colapsadas. Gotas de sudor cruzan su frente y humedecen la cinta de trodos. Está tan concentrado en evitar los obstáculos del desierto que olvida las demás ventanas. Una de ellas, detrás de todas las demás, muestra las imágenes que capta una de las cámaras exteriores. La cámara filma cinco pequeños puntos que crecen rápidamente de tamaño en el cielo gris. Son invisibles para los radares del deslizador. Pero allí están, cinco cazas Kakumei K7, última tecnología en deslizadores de guerra. Ningún sistema es capaz de detectarlos, salvo la propia vista. Kakumei aún no ha conseguido mimetizar totalmente sus aeronaves. Pero tampoco temen ser vistos. Cuando están suficientemente cerca de la BBS, la rodean y establecen la comunicación. Una ventana pop-up aparece delante del mapa geodésico, avisando de la llamada entrante. Harry la aparta rápidamente, para continuar pilotando, pero segundos después, reacciona. Avisa a la mayor por el intercomunicador y su voz nerviosa vibra en el oído de Lucy. Los trodos, tirados en el asiento del copiloto, vuelven a la cabeza de la soldado. Lucy se recuesta en el asiento y acepta la llamada. Antes de que pueda decir nada, ellos toman la palabra.

– Saludos. Pasada la central eléctrica que observan en la pantalla existe un tramo recto de autopista sobre la que aterrizarán en las coordenadas que les indicamos a continuación... –Harry y Lucy observan en silencio los esquemas tridimensionales que aparecen en la ventana.– Nuestras intenciones son pacíficas. Aterrizarán en la autopista y esperarán nuevas órdenes. Interceptaremos cualquier comunicación que intenten establecer. Si no siguen nuestras recomendaciones, no podemos asegurar su bienestar. ¿Comprendido?

– Roger... –responde Lucy, después de una medida pausa. Los cazas K7 se sitúan alrededor de la cápsula color crema, en formación de escolta. Después de meditar un minuto la situación, la mayor abandona la cabina, desmoralizada. Sus hombres no se lo toman muy bien. Pero es cierto, no tienen capacidad de respuesta. Deben cumplir las órdenes de los agentes de Kakumei.

– ¡Pero mayor...! –grita un soldado con la cara roja y una gruesa vena palpitándole en la frente– ¡No podemos entregarnos, esos cabrones nos matarán! ¡Sólo quieren las cabezas de los correos!

– Y nosotros estamos aquí para defender a los correos... –responde insegura la mayor.– Dejadme pensar... –Ésa tampoco es la forma en la que ha planeado su muerte, piensa pesimista. ¿Dejarse matar sin llevar a cabo su objetivo, sin calentar el cañón de su fusil? Jamás... Y camina firme hacia el armero...

21. Kill them all and let God sort them out

Hacía mucho tiempo que alguien había excavado, en la tierra apelmazada y seca, ese estrecho escondrijo junto al pozo. Unas planchas de hierro cubiertas de óxido, aceite y arena, sobre un agujero irregular de un metro de altura cavado a pico y pala. La entrada a la guarida está en un lateral, donde las chapas no llegan a cubrir el orificio. Sólo una manta gruesa y ajada, que hace las veces de puerta, evita que el polvo y el calor se cuele en el interior. Con el sol de mediodía se alcanzan los cincuenta grados centígrados allí dentro. Una temperatura incómoda pero soportable, más baja que en el exterior. El cañón láser está apoyado sobre la pared de arena, la boca apenas sobresale unos centímetros a través de la manta. Sobre el botón rojo de disparo se apoya el dedo tembloroso de Bobo.

Los rastreadores más osados de la tribu, Zepo, Ikicko y él, encontraron el antiguo almacén de trigo hace una semana. No es tan importante como encontrar un gran pozo de agua o de petróleo; pero el jefe estaría contento. Ikicko, el más rápido, joven y resistente de los tres, volvió corriendo al pueblo con un puñado de trigo, para convencer al jefe y poder coger la camioneta; pero eso fue hace dos días, y ya debería haber regresado. Allí hay trigo de sobra para llenar el viejo camión del jefe, quizá incluso tuviesen que hacer dos viajes, si es que aún queda gasoil en el pueblo. En caso contrario, tendrían que esperar al trueque mensual con las otras ciudades, para intercambiar maíz o animales por combustible. Zepo y él se quedaron para vigilar el granero, que no es más que una fea nave industrial, junto a una estrecha carretera devorada por la arena del desierto. Muros de hormigón y techumbre de chapa carcomida por el polvo. En el interior, varias cámaras de almacenamiento guardan el cereal, que aún parece comestible, a pesar de que en esas tierras hace décadas que no crece ni la mala hierba. Junto al almacén, los rastreadores encontraron un par de locales más; sin embargo, en su interior no hallaron más que escoria de dos siglos de antigüedad. A un lado, un pequeño taller sin techumbre, pilas de ruedas desgastadas y chatarra oxidada cubren sus muros junto a la entrada. Al otro, una especie de gasolinera, los pozos vacíos de combustible y la garita llena de escombros y cristales rotos.

Cuando la garrafa del agua soltó su última gota, la idea de volver al campamento pasó por sus cabezas. Pero Ikicko debía estar al llegar, y la vuelta sería dura sin poder dar un sólo trago. De modo que decidieron buscar algún pozo en los alrededores. Y al fin lo encontraron, a unos cincuenta metros del granero. Sin embargo, al llevársela a la boca, el agua estaba tan salada como la del mismísimo océano. Bobo advirtió que debían beberla con moderación, pero su compañero desdeñó el sabio consejo y le apartó de un empujón que le llevó al suelo. Zepo bebió como un loco sediento del agua embarrada. Bobo hubiera estado dispuesto a compartir sus píldoras desaladoras, que llevaba siempre en un bolsillo de sus vaqueros raídos. Sin embargo, se lo pensó dos veces cuando su culo golpeó contra el suelo. Zepo siempre había sido un gallito de pelea, un avaricioso y un estúpido. Ahora tendría su merecido. Así, cada vez que iban a beber del pozo, Zepo bebía primero y cuando quedaba satisfecho y se apartaba del agujero, Bobo llenaba su taza de hierro con el agua enlodada y diluía media píldora, sin que su compañero advirtiese la sutil maniobra. Al momento, la sal se cristalizaba, precipitándose al fondo de la taza en forma de pequeños cristales de cloruro de sodio. Aún así tenía un sabor horrible; pero la concentración de sal se reducía un tercio,

convirtiéndola en una bebida casi isotónica. Zepo cada vez tenía más sed, y acudía al pozo con mayor frecuencia. Hasta que sus riñones empezaron a joderle. El último día no se movió del pozo, se quedó allí tirado, bebiendo cada cinco minutos y agarrándose con fuerza las tripas. Bobo le encontró al anochecer, tieso como el pellejo de una rata aplastada en la carretera. Tuvo que apartar su pesada cabeza del charco para poder llenar su taza.

Ahora sólo le quedaban un par de pastillas, y bebía una taza de agua desalada por la mañana y otra con sal por la noche, intentando alargar de ese modo su supervivencia. Tenía que haber intentado regresar al campamento, pero ahora es demasiado tarde, es consciente de que moriría a mitad de camino. Apenas tiene fuerzas para arrastrarse hasta el pozo, mareado y febril, no paran de acecharle pensamientos extraños. Moriría en el camino si lo intentase. Además, no consentirá que le echen esas malditas torres. Se mataría él mismo antes que darles ese placer. Las vigila de día y de noche. Duerme una hora sí, la siguiente no, pero nunca está totalmente dormido ni totalmente despierto. El punto de mira de su cañón láser rueda de una torre eléctrica a la otra, su pulgar acariciando el botón rojo, sintiendo su suavidad, su poder. Al golpear el viento las gigantes estructuras metálicas, el susurro invade la soledad del desierto. ¿Qué se estarán diciendo? Seguro que conspiran contra él. Y lo peor es que han convencido a Zepo también. Le han debido contar la jugada de las pastillas, y quiere venganza. Cada vez que sale del agujero para recoger agua, los ojos salpicados de arena le observan acechantes, con odio contenido, esperando el momento... Bobo le había pateado y golpeado con la culata del fusil láser, hasta escuchar cómo crujía su mandíbula desencajada; pero cada mañana y cada noche, los ojos de Zepo le siguen observando mientras bebe el agua enfangada del pozo.

Aquí y ahora. De un mal sueño despierta a la pesadilla de la realidad. El polvo azota los cables sueltos de las torres eléctricas. Y de pronto, entre ellas, aparecen insectos pequeños y oscuros. También hay otro mucho mayor, redondeado y del color del desierto. Se acercan, esta vez van a por él, van a matarlo. Es cosa de las torres, ellas los han llamado. Son pedacitos de roca, arena del desierto que se acercan lentamente, lentamente hasta su cara, para penetrarle por los poros, para viajar hasta su cerebro y manipularle, para trastornar aún más su razón. Se acercan despacio... Pero sus intenciones son claras, quieren destruirle. Sean quienes sean, sean lo que sean, él acabará con su sucia existencia, como le enseñó su madre:

– Mátaloh a toh y deja que sea Dióh quien loh juhgue –susurra Bobo, recordando las palabras de su mamá. Sus labios resecaos apenas pueden moverse. El desértico acciona el pulsador rojo, y secciones de aire se deforman al paso del rayo láser. Los insectos comienzan a moverse, a temblar, a caer. El desértico demente dispara una y otra vez, sin parar de blasfemar y de gritar frases incoherentes. Los haces de luz cortan el cielo gris. Uno de los cazas logra calcular la posición del francotirador, y dispara. En un momento, chapas de acero vuelan por el aire, cubiertas de potentes llamas que reblandecen el metal. La trinchera de Bobo queda convertida en un cráter humeante. La arena no para de arder, cubierta de una sustancia pegajosa. A unos metros del cráter cae del cielo una taza de hierro abollada, rebotando un par de veces sobre la arena dura y agrietada.

22. Aterrizaje forzoso

En el interior de la BBS se mascaba la tensión, pero nadie esperaba aquel ataque... Nadie esperaba que les disparasen antes de aterrizar. Por algún motivo, el sistema de emergencia se disparó demasiado tarde y el deslizador perdió el control de dirección. Caen en picado, y aunque vuelan despacio y a baja altura, el choque contra el asfalto es brutal. La nave da un par de vuelcos de campana y termina arrastrando su fuselaje por la vieja carretera, escupiendo un chorro de chispas, hasta que termina empotrándose contra un talud de arena en una cuneta. Demasiado tarde, los asientos y cada pieza en el interior de la cabina de pasajeros se cubren de pequeñas bolsas de gas, se extienden y cierran las redes de seguridad, limitando el movimiento de los objetos sueltos, y las puertas y las ventanas se desbloquean. La nave se mece durante unos instantes, un amasijo de hierros chirriante escupiendo chispas y fluidos, y descansa después tumbada de costado, empotrada en la duna de arena fina. Un humo azul comienza a saturar el ambiente en el interior de la cabina. Los sensores no funcionan, y los extractores de gas se han detenido. Atrapados en la red de nylon, al fondo del trasbordador, reposan los piratas, aún aturcidos por el golpe.

– ¿Puedes andar, animal? – Los ojos oscuros de Muay recorren el cuerpo inmenso de Johnny, intentando encontrar alguna fractura o herida.

– Cuando me encuentre las piernas te lo digo... Ummm. Bueno, creo que estoy de puta madre. Salgamos de aquí antes de que agujereen esta chatarra con nosotros dentro – dice el pirata mientras intenta desenganchar su brazo derecho de un arnés. Cuando logra alcanzar el bolsillo de su pantalón y sacar su navaja, corta la red y los cinturones de seguridad que les atan a los asientos.

Muay llega primero a la compuerta de estribor y gira la palanca de apertura. La luz intensa y extraña del desierto ciega sus ojos rasgados, y el intenso calor le abrasa la cara. Un chorro de humo azul escapa al exterior, formando remolinos y mezclándose con el polvo que flota perpetuamente en el ambiente del desierto. El flaco mercenario escucha el estruendoso golpeteo de la arena contra la chapa del deslizador, mientras Johnny, a sus espaldas, arrastra por el suelo de la nave algo metálico.

– Agarra esto – dice el gigante, lanzándole un rifle, manchado con la sangre de algún pasajero–. El armero ha debido abrirse, voy a buscar otro.

Muay salta al duro y polvoriento terreno a dos metros de altura; ni pensar en que la escalera funcione. Después se descuelga Johnny, con un fusil en la mano, apoya la otra al caer. El sudor hace que el polvo se le pegue en la palma de la mano. Los aceites industriales y la arena han formado una especie de arcilla negruzca y agrietada, sobre la que reposa una fina capa de ceniza y polvo. Las botas de goma dejan una suave huella en la arena, que será borrada en cuestión de segundos por el fuerte viento que corre en todas direcciones. Con las espaldas encorvadas y los ojos atentos detrás de sus máscaras, los piratas vigilan el escenario mientras se alejan de la nave, que sigue expulsando humo a través de la compuerta abierta. A un centenar de metros, un caza arde en llamaradas azules entre el polvo y el humo que mueve el viento, convertido en una masa de titanio retorcido. Más allá, los piratas divisan unos edificios abandonados, y deciden cobijarse en ellos. De repente, sus oídos estallan. Sobre sus cabezas, una fuerte detonación que les envía trozos de metal y plástico quemado. El ruido de unos reactores revolucionados hasta la zona roja cruza sobre ellos, y un segundo después lo ven caer a un centenar de metros detrás de los edificios. Un caza K7 derribado. Los

mercenarios kaizoku se miran extrañados a través de la pantalla espejada de sus máscaras, y comienzan a correr hacia los edificios abandonados. Detrás de una colina junto a las construcciones, aparecen cinco soldados de uniformes negros, sus cabezas totalmente cubiertas por unos cascos que parecen llevar incorporadas máscaras antigás. Sus manos enguantadas empuñan pequeños rifles láser. Corren ligeros hacia la BBS, que parece hacer señales con el humo azul que escapa sin fin de su interior. Pero un par de soldados detectan a los piratas, clavan su rodilla en tierra y buscan con sus miras telescópicas los objetivos en movimiento. John y Muay comienzan a zigzaguear entre rocas y chatarra, escapando a la puntería de los soldados. Los haces de luz vuelan entre el polvo, provocando estrechos remolinos que duran unas milésimas de segundo. Unas zancadas más y los piratas llegan a la entrada de uno de los bloques. Se lanzan al suelo, protegiéndose de los rayos detrás de un montón de hierros oxidados. Antiguos tractores convertidos en chatarra reposan junto a una pila de ruedas desgastadas. Los rayos láser caen sobre ellos. Pero el olor a caucho y hierro fundido no traspasa los filtros de sus máscaras. Se arrastran por la tierra seca hacia el interior de lo que parece un antiguo taller mecánico. Se apostan tras el umbral, cubiertos por el hormigón envejecido. A través de un orificio que deja una pila de neumáticos, John saca la boca de su fusil. Los soldados que les disparaban ahora corren hacia el taller. Pero son un blanco fácil. John enfoca el objetivo digital sobre la figura y el fusil calcula la trayectoria. Aprieta el gatillo y las balas atraviesan el chaleco del soldado, haciendo pedazos sus costillas y sus órganos internos. La alta velocidad de salida, unida a la cabeza radiactiva que llevan los proyectiles, les permite perforar los materiales más resistentes como si fuesen de mantequilla. El punto de mira se vuelve hacia el otro soldado, que ha decidido tirarse en la arcilla ardiente y dispara su láser sin saber muy bien hacia dónde apuntar.

– ¡Joder! ¡Vienen más por allí! –dice Muay, señalando a un grupo de soldados que corren hacia ellos desde otro flanco.

– ¡Encárgate de esos cabrones! Yo aún tengo trabajo.

La cara llena de cicatrices se une de nuevo a la mira telescópica. Apenas puede hacer blanco contra el que dispara tumbado en el suelo, de modo que lanza unas ráfagas sobre los que corren hacia la nave de los mnemos. Casi han alcanzado su objetivo cuando los proyectiles supersónicos alcanzan las rodillas de los soldados, los huesos y la sangre se evaporan y se mezclan con el polvo. Los uniformes negros caen rodando sobre el asfalto. Aún en su cabeza, el casco negro de un soldado rebota un par de veces, antes de quedar inmóvil sobre la carretera. Los otros dos se incorporan, disparando sus armas láser en todas direcciones. Detenidos hacen un mejor blanco, y ahora las balas perforadoras les atraviesan el pecho. El pirata vuelve su mira hacia el soldado caído, y el casco salta hecho trizas. Plástico negro y sangre roja vuelan en la ventisca. El objetivo del fusil divaga después por la chapa color crema de la aeronave, que descansa con el morro destrozado, a tan sólo unos metros de los cadáveres de uniforme.

– ¿Cómo coño vamos a salir de aquí? –se pregunta a sí mismo mientras recorre con su mirada el fuselaje abollado y resquebrajado. Cuando sus ojos enfocan la parte trasera del deslizador, en la escotilla que dejaron abierta, allí entre el humo azulado, distingue la silueta de un correo mnmotécnico que se arrastra con dificultad hacia el exterior. Cuando la figura alza su semblante pálido, la luz del Sol cae directa sobre él. La sangre que mana de su cabeza brilla con fuerza. Después se desvanece, y su torso queda colgando en el umbral. Un mechón de pelo rojo se desprende de una orquilla, y comienza a bailar al son del viento.

– ¿Cómo va eso, Muay? –pregunta John. El soldado que antes disparaba tumbado

en el suelo se levanta y corre hacia el taller. Un par de ráfagas y cae bajo el fuego del pirata.

– ¡Una tanqueta! ¡Me he cargado a los cinco, pero ahora viene una puta tanqueta! Yo con este hierro de mierda –se queja, mientras cambia el cargador exhausto. Un vehículo automático, pequeño, altos amortiguadores sobre ruedas de goma maciza, un cañón corto de sesenta milímetros y otro láser. Se acerca veloz a la entrada del viejo garaje, dando tumbos sobre las piedras y la chatarra.

– ¡Joder, vamos dentro! –grita el gigante, y un segundo después, el montón de chatarra detrás del que se escondían arde en el aire. Pedazos de caucho y acero en llamas llueven sobre el taller, cuyo tejado arrancó el viento décadas atrás.– ¡Vamos! – John arrastra a su socio por el antebrazo, y lo empuja bajo el parachoques de un antiguo Ford, que esconde con su chasis oxidado uno de los fosos de reparaciones del taller. Las llantas desnudas descansan sobre el piso de hormigón manchado de aceite. El fuerte aliento del mercenario levanta nubecillas de polvo mientras se arrastra por el suelo, bajo la arcaica máquina de carreras. John cae de cabeza hacia el foso, rodando su enorme peso entre tuercas y piezas metálicas olvidadas. Coge una manta que encuentra en una esquina, áspera y rígida por la mierda de décadas, y se acurruca bajo ella junto a Muay. Con la manta sobre sus cabezas, los piratas escuchan las ruedas del todo-terreno blindado aplastar la escoria metálica en el interior del taller. Después, otro cañonazo atronador, chispas y lluvia de piezas metálicas al rojo, que aterrizan sobre la ajada manta. Las llantas arañan el cemento hasta que el Ford se empotra contra un muro, convertido en un amasijo en llamas.

– ¡Eh, cuacha hijoperra! –vocifera Bobo desde el umbral, y dispara su cañón láser sobre la tanqueta. Un rápido destello surca el aire, y el eco del latigazo resuena en los tristes muros. El vehículo robotizado queda inmóvil mientras llamas azuladas funden el blindaje– ¡Ja, ja, ja! ¿Querías chingar a Bobo, cagante? ¡Poh chíngate tú! –blasfema, y vuelve a disparar. Esta vez, la munición del micro tanque estalla en el interior y la onda expansiva golpea las paredes de la nave derruida, mientras el desértico sale despedido varios metros hacia el desierto, y aterriza de espaldas sobre la arcilla cuarteada.

– ¡Joder! –dice John, arrojando fuera del foso la manta, que ha empezado a arder como empapada en gasolina. El musculoso pirata se pone en pie, mirando a su alrededor, extrañado de ver el foso libre. En un extremo está el Ford, ardiendo, empotrado en un muro a punto de derrumbarse. Y entre el foso y la entrada del taller, una masa negra ardiendo y vomitando un humo espeso como el aceite, neumáticos todo-terreno fundidos al metal– ¡Joooooooooder! –exclama asombrado, y vuelve la vista hacia su compañero, que sigue acurrucado en una esquina del agujero, apretando los dientes en una mueca de dolor– ¿Estás bien, tronco? ¿Dónde te han dado?

– Ahj... Creo que en la espalda. –Se inclina hacia delante intentando indicar el punto exacto.– ¡Ouch! También en el brazo.

– Ya veo, espera... –dice John mientras busca su navaja en el bolsillo de los pantalones. Con un rápido movimiento del pulgar hace salir la hoja negra, y comienza a cortar la chaqueta empapada de sangre. Examina la herida con el ceño fruncido durante unos segundos y, después, arranca de un tirón el trozo de chapa reluciente clavada en la carne. Muay grita con energía. El gigante tira la pieza a un lado y pasa a estudiar el brazo de su socio, donde un cable de acero ha perforado el bíceps– Hostia puta. Bonito piercing... Espera, tengo que buscar algo para cortar la hemorragia, si no, te vas a quedar seco. No tardaré. Coge esto mientras –dice, acercándole un rifle, y de un salto sale del foso con el otro cañón entre las manos.

Alerta, apuntando en todas direcciones, sus pasos sigilosos le llevan fuera del taller. Todo está tranquilo. Diseminados por el antiguo oasis de carretera yacen muertos los

soldados de Kakumei. Sólo ha quedado entero un extraño espécimen, tirado de espaldas en la arena, a unos metros de la puerta. Yace inmóvil, inconsciente o muerto... Pero de repente, una de sus piernas se agita convulsivamente, cubriendo aún más de polvo las perneras de sus vaqueros artesanales. Sujeta entre sus manos un enorme cañón láser, cuya moderna complejidad resalta aún más la rudeza de su ropa desgastada y sucia. Después de volver a echar un vistazo a izquierda y derecha, el pirata camina con calma hacia el desértico harapiendo, sin apartar de él las fauces del rifle. El tipo empieza a toser, y pequeñas nubes de polvo gris se escapan de su garganta reseca.

– ¡Cof! ¡Cof! ¡Joder que madrazo! ¡Ja, ja, ja! –exclama excitado, como resucitado por una corriente eléctrica o un chute de adrenalina. Con el cuello erguido, como si el resto de su cuerpo estuviese pegado al suelo, echa un vistazo a su alrededor y fija después su mirada en Johnny, que le encañona sin pestañear– ¡Quihubole! Oye mamacita, en verdad usted no curra pa lah torres, ¿na?

– ¿Tú...? ¿Tú te has cepillado la tanqueta blindada T8 que arde ahí dentro? – pregunta incrédulo Johnny, indicando con el pulgar el edificio derruido a sus espaldas– ¿Con esto? –dice, arrancando el cañón láser de las manos del desértico, que parece estar demasiado tocado como para impedirsele. El pirata observa con detenimiento el moderno láser– Tiene que ser un cañón cojonudo, no había visto ninguno tan potente.

– ¡Ándale! ¡Coño que si lo eh! ¡Eh una fuhca padríhima! –exclama sonriente el desértico, tirado aún en el suelo como una tortuga panza arriba. El gesto marca aún más las profundas arrugas en su piel quemada y reseca.

– Vale colega, tú espera aquí, ¿Ok? –dice el gigante, y después de echar otro vistazo a su alrededor, corre hacia la nave con el láser del desértico en una mano y el fusil automático en la otra.

La única entrada accesible al deslizador es la escotilla trasera, a través de la que sobresale la mnemo, desmayada. El pirata tira las armas al suelo y recoge con cuidado al correo, que parece una muñequita de trapo, ligera en los fuertes brazos de Johnny. La deja echada en la arena, junto a las armas. Las fuertes manos del mercenario se agarran con fuerza al umbral, y alcanza la cabina con un impulso de sus bíceps. Corta con la navaja las redes de seguridad que salpican todo como una tela de araña hasta alcanzar el botiquín, del que saca algunos objetos pequeños, envueltos en plástico transparente. Coge después un rifle fresco y alguna munición más del armario. Junto al armario de las municiones encuentra el panel de mando de la bodega, y recuerda las motos todo-terreno que vio cargar en la aeronave, antes de partir. Acciona los mandos, que sorprendentemente siguen funcionando, a decir por el crujido metálico de la escotilla de carga chocando contra el asfalto. Un par de quads, que han quedado libres de los arneses, caen desde la bodega hasta la arena del desierto, poniendo a prueba sus amortiguadores. Antes de salir, el pirata vuelve a comprobar el campo de batalla, que continúa tranquilo. A unos metros se acerca el desértico renqueando, tosiendo y murmurando en alguna jerga primitiva.

– ¡Oye compadre! En verdad, abarrotoeh o argo d'agua no tendráh, ¿na?

– ¡Joder, agua! –dice Johnny, volviendo de nuevo al interior, hacia la nevera. Aparece después en el umbral, con algunas bolsas de agua y de comida deshidratada en su regazo.– ¡Coge esto! Oye tío, ¿dónde tienes tu deslizador?

– ¡Mih huevoh! ¡Ay, me cagué! –dice alegre el desértico. En su sonrisa de loco hay escasos y amarillentos dientes.– ¡Ya era de nesesidá echar papa!

– ¡Una camioneta! ¿Dónde tienes tu vehículo? –repite ansioso el pirata, aún de cuclillas al borde de la escotilla, esperando un poco más de suerte.

– ¡Ah! ¿Un carro? ¡Ja, ja, ja! ¡Me encantah buey! Hijo de su pinche madre... Un

carro, ¿y qué más...? –responde el haraposo, sacudiendo la maraña de pelo llena de polvo. Sus ojos se niegan a apartarse de las bolsas de comida.– En Babilon tenemos troca, una camioneta ehtandar, pero ta lehos...

Tendrán que conformarse con un incómodo quad. El pirata salta al asfalto polvoriento y corre hacia el taller. Allí sigue Muay, arrinconado en el foso, con el rifle preparado. Johnny extrae el cable de acero de un tirón, y de forma inmediata, tapa el boquete abierto en la carne con una crema de sutura. Después presiona un diminuto tubo verde sobre el hombro de su compañero. El gas se descarga con un corto siseo, y el antibiótico penetra a presión a través de los poros de la piel morena.

– Con este chute terminamos. Tranqui, hemos estado peor jodidos otras veces. Pero hay que darse prisa, dentro de poco esto estará lleno de tropas Kakumei. Pillaremos los quads y zumbaremos a la estación. No puede estar muy lejos. Allí nos espera Kumichou. Toma, bebe un poco –dice Johnny, abriendo el precinto de una cantimplora de goma. Muay se quita la máscara antigás y sus ojos achinados parpadean. El brillo del Sol es demasiado fuerte sin el cristal tintado.

– Pero, ¿tienes idea de dónde cojones estamos...? ¡Cof! ¡Cof! –Su garganta está tan seca como el polvo del foso.– ¿Cómo coño vamos a saber dónde cae la puta estación? El desierto nos matará...

– Esperemos que no. Hay un desértico ahí fuera. Está algo sonado... pero nos servirá –responde Johnny, siempre preparado para lo peor pero optimista por naturaleza.

Pocos minutos después, tres quads desgastan sus ruedas entre la arena y los escombros de Greenhill, que así se llama aquel lugar muerto, según el desértico. Muay, ignorando el dolor de sus heridas, conduce el quad con la mnemo aún inconsciente atada a su espalda con un arnés. Según Bobo, podrían llegar a su pueblo en ocho horas. La estación de tren que buscan está muy lejos, dice, y no tendrían suficiente agua, combustible ni comida para ese viaje. Tanto John como Muay desconfían profundamente de ese loco del desierto, pero no les queda otra alternativa. Los quads no disponen de un sistemas de navegación por satélite que pueda guiarles allí, la fuerte radiación de los vientos del desierto anula la mayoría de las señales electromagnéticas. Además, podrían ser detectados por los asesinos de Kakumei si utilizasen algún tipo de guiado electrónico. Sin este loco morirían perdidos entre los escombros, como peces de fuera del agua.

23. Océano de radiación

El Sur es un inmenso océano saqueado por las empresas mineras y agotado por las guerras, podrido por los residuos industriales, el piélago en el que acechan las tormentas de polvo nuclear. Una nueva cuadrilla de cazas Kakumei atravesaron el mar de espectros electromagnéticos. Olas de radiación azotaron con violencia los cascos de los navíos aéreos. Hacía horas habían recibido las señales de alerta automática, que comenzaron a emitir los primeros cazas K7 cuando fueron derribados en pleno desierto. Kakumei puso en alerta un segundo destacamento y los nuevos cazas rastrearon con dificultad la señal en busca de aquella gota en el océano. Y al fin encontraron la fuente, en el olvidado oasis de carretera, abandonado en medio del desierto. En algún lugar de la chatarra en la que se habían convertido los K7, el sistema automático de seguridad continuaba emitiendo la llamada de auxilio. Los cazas y la aeronave esférica yacían, aún humeantes, sobre la arena y el asfalto recocado. Rápidamente, el equipo militar aseguró la zona y rescató los cuerpos muertos de los agentes mnemotécnicos, que estaban esparcidos en el interior del BBS. Algunos tenían el cuello partido, y los demás se habían ahogado al respirar el escape de gas azulado que todavía inundaba la cabina. Se montó un campamento provisional, junto al deslizador de Powertrade, donde un silencioso equipo de androides cirujanos cercenó con precisión las cabezas de los correos, envasándolas después en contenedores criogénicos. Cuando terminaron, almacenaron los contenedores en los nuevos K7, estacionados sobre la carretera desgastada. Las naves de guerra despegaron, levantando una polvareda que cubrió la carpa plástica del campamento abandonada allí junto a los cuerpos sin cabeza, y cruzaron de nuevo el firmamento con rumbo norte. Poco más tarde, los cerebros de los correos flotaban en un líquido viscoso, en el interior de peceras tubulares. Los módulos de cable húmedo, implantados quirúrgicamente años atrás en los cerebros de los mnemos por su kaisha, estaban ahora conectados a finos hilos de fibra óptica que abandonaban los estanques a través de orificios laterales. Las señales ópticas rebotaban millones de veces en el interior de los cables de fibra hasta alcanzar el Sistema de Recuperación de Datos. Con esfuerzo y alta tecnología, los ingenieros del laboratorio rescatarían la información contenida en las redes neuronales muertas. Pero aún tendrían que romper la encriptación neural, la recuperación de errores y la unión de los fragmentos de código. Sin contar con el peor de los contratiempos. Esas cabezas podrían no ser todas las que viajaban en la aeronave, quizá alguna había escapado. Alguien había terminado con el primer equipo Kakumei al fin y al cabo, y era impensable que se tratase de un simple desértico con un enorme cañón láser, perdido entre las dunas, esperando algún grupo de temibles naves de combate modernas que derribar.

*

Pero de un modo u otro, las primeras cifras coherentes empiezan a fluir del sistema, como gotas de alcohol destilado desde un alambique de datos. Los documentos básicos para el montaje del prototipo están completos y reformateados. El software de control del fusor está compilado. Los parámetros de inicio casi completos. Las puertas de un nuevo laboratorio se abren para permitir el acceso a los ex-ingenieros de Powertrade, recién llegados de las solitarias tierras del Sur. A su disposición, las

herramientas, las piezas del prototipo, las consolas de IINet con acceso exclusivo a los datos y aplicaciones extraídas de los cerebros muertos. Todo a su alcance para montar y configurar el primer prototipo de fusor nuclear rentable en la historia de la humanidad. La potencia sin límite en manos de la inteligencia. En unas semanas quizá, o en un mes a lo sumo, Kakumei podría gozar de cantidades de energía inimaginables. A partir de entonces no tendrá rival. Y pronto habrá completado la primera fase de su revolución, la autonomía completa del sistema establecido, la autonomía completa de los obtusos humanos.

24. Ciudad perdida

El peso de John hace que las ruedas del quad dejen una profunda huella en la arena sucia. Pero pronto los múltiples torbellinos de polvo, que aparecen y desaparecen en segundos, dejan el terreno llano como una playa en bajamar. La cuadrilla se protege como puede del polvo venenoso, que se cuele entre sus ropas, en los oídos, en la nariz, en los ojos, en el pelo y bajo las uñas, irritando y quemando la piel.

Tras siete horas de viaje por caminos de piedras y carreteras de asfalto cuarteado, el quad de Muay comienza a fallar, el motor da tirones, se cala y vuelve a arrancar al instante. Poco más tarde emite un pitido agudo, un quejido electrónico de agonía, y se detiene definitivamente, exhausto y recalentado. Logran continuar con los otros dos vehículos a duras penas, hasta que finalmente vislumbran en lejanía el poblado. A cien metros parece una única estructura de adobe y chatarra, una montaña de arcilla y kippel, un vertedero más. De algún lugar en la extensa construcción de escoria se eleva una columna de humo negro, arrastrada por el fuerte viento. Más de cerca, el poblado se asemeja a una fortaleza prehistórica. La ciudadela está rodeada por una gruesa muralla de adobe, de la que sobresalen palos, barras oxidadas y tuberías terminadas en punta. En el interior, un conjunto de nichos irregulares de tierra sucia, montados unos sobre otros de tal manera que parecen a punto del colapso. Chabolas de adobe unidas a cuevas de aluminio y chapa, vigas de hierro retorcidas y oxidadas, parabrisas como ventanas, columnas de neumáticos, barras de acero corrugado, piedras y barro manchado de aceite. Paredes cubiertas de pintura spray y grasa. El polvo del desierto se acumula sobre los tejados como la nieve en una clásica estampa navideña.

Cuando entran en el fuerte a través de una ancha arcada, varios jóvenes surgen de entre las callejuelas y chamizos de arena, y les acechan con armas anticuadas y polvorientas. Espadas y machetes primitivos de puntas romas, ballestas y arcos, algunos fusiles oxidados con culatas de madera auténtica. Johnny, experto por hobby en reliquias militares, cree distinguir un AK-47, un hierro sucio y una culata de madera carbonizada. Nada que ver con el potente láser de Bobo. Apenas reconoce el resto de fusiles y pistolas. Formas arcaicas de cañones dobles, fusiles exageradamente largos, cargadores laterales o circulares, pistolas de tambor.

– ¡Eh, raza! ¡Tú y tú y tú! ¡Yo y yo hemoh llegao y traigo plebe ehtranhera! ¡Apahta ese cuerno de chivo! ¡Chíngale! Y tú, guarda esa ehcuadra. ¡Órale cabrón! ¡Son cuateh!

Tras rumiar durante unos minutos, farfullando palabras ininteligibles, los paletos del desierto hacen caso a Bobo y apartan las armas. Pero su mirada salvaje continúa vigilándolos descaradamente, con expresión de desagrado y desconfianza. Uno de los jóvenes, mejor vestido que el resto, se acerca a Bobo desde el fondo de grupo, y de un manotazo le agarra la nuca. Es delgado, pero fibroso, y su rostro refleja una altivez y agresividad superior a la del resto.

– ¡Ya te contarás a'ónde tas dejao a Zepo! Seguo que s'a quedao chiflando en la loma. Ikicko el pendejo se dejó dar una picada por un escorpión vede, seguo que mañana ya no huele el polvo –dice el cabecilla, mientras los piratas se esfuerzan por comprender las inusuales expresiones del bárbaro–. ¡Como p'aberos dejao la troca, y pa tirar la gasofa pa na!

– ¡No, mano! Eh neta, en verdá que en Greenhill hay lonche, hay granoh pa toa una ehtasión –intenta explicar Bobo–. Tu y tú déhame que se lo diga al vetarro, el viejo me

dehará la troca, ya lo veráh.

– ¡Trae p'acá la fusca! –dice el cabecilla desértico, arrancando el láser de las manos de Bobo– ¿Y quién son los mamaos y la piruja esa? No me gusta na su pinta –dice el joven con cara de hiena, dando un par de pasos hacia Muay, que le parece más asequible que el gigante de las cicatrices–. ¡Tú, gook! ¡Trae p'aca tu fusca! ¡De volada!

– Lo siento *compadre*, pero la *fusca* es mía –dice Muay, intuyendo por los gestos que el paleta le pide su fusil automático. La situación no es segura, no puede permitirse perder tantas cartas en una sola jugada. El encabronado desértico, casi enseñando sus podridos colmillos, se abalanza hacia el arma de Muay, que reposa en el regazo de su brazo malherido. En el momento preciso, el pirata eleva su pierna izquierda con suma ligereza, a pesar de sus pantalones plásticos y, girando la cadera como un látigo, le sacude al paleta en la cabeza con su callosa espinilla. El desértico pierde repentinamente todas sus fuerzas, y cae como un saco al grasiento asfalto del poblado. Mientras, Johnny se prepara para el tiroteo. Pero ninguno de los demás locales mueve un dedo; se quedan mirando obtusamente el cuerpo de su jefe, tirado en el suelo en una postura muy incómoda.

– ¿Qué pasó aquí, Bobo? –pregunta un viejo de barba rojiza y cana, al que nadie ha visto acercarse, pero al que ahora todos hacen sitio. Una toga negra con bordados dorados es lo único que le cubre. Unas sandalias de cuero, hechas a mano, le protegen los pies de los trozos de vidrio dispersos por todas partes.

*

El poblado es más grande de lo que parecía en un primer momento. Los edificios de adobe crecen de forma aleatoria, como flictinas pútridas sobre la piel de un cadáver, formando un laberinto de callejuelas estrechas. Múltiples arcos cruzan las calles y comunican unas chabolas con otras. Escaleras en los lugares más inverosímiles permiten acceder a las casas construidas unas encima de las otras. La gente, vestida con ropas raídas y llenas de polvo, les observan al pasar desde los umbrales y ventanucos. Sus miradas penetrantes y feroces, incluso las de las mujeres y los niños, les acompañan en silencio mientras penetran el en poblado.

El anciano de barba roja es el alcalde del lugar, y dirige con mano firme a un ejército de paletos armados. Sin embargo, no parece compartir sus raíces. Le llaman “el viejo Taylor”, y habla como lo haría cualquier salaryman. Se comporta cortés y educadamente, aunque sus ojos reflejan un espíritu cruel e impredecible. Su hijo Chuckie es el cabecilla de las fuerzas del orden del poblado, y parece ser que normalmente hace lo que le viene en gana. Pero esta vez, tras despertar del KO causado por la patada de Muay, ha tenido que agachar la cabeza y seguir los comandos de su progenitor. Si por él fuese, los piratas estarían muertos y la *mnemo* habría sido violada y recluida en sus estancias particulares; pero teme a su padre tanto como los demás, por lo que controla su ira y su lujuria incontrollables. Nadie en el poblado excepto Bobo parece digno de confianza. Pero, de un modo u otro, los piratas necesitan su ayuda, algún vehículo y comida, si desean llegar con vida a Erenouvelle, donde a estas horas Kumichou y el equipo Powertrade se habrían instalado cómodamente. Johnny y Muay no tienen otra opción que confiar de mala gana en la hospitalidad del señor Taylor y seguir sus instrucciones. Primero depositan los fusiles en la casa de armas. Por fortuna, la falsa amabilidad de Taylor no le permite ordenar a su ejército que cachee a los mercenarios. Más tarde visitan la enfermería, un edificio de

ladrillo erosionado por el viento, en cuyo interior no hay más que instrumental médico desechado hace décadas por alguna kaisha lejana. Tijeras, bisturís y forceps oxidados, camillas sucias y cojas, estanterías destartadas con frascos mohosos de extraño contenido. Allí dejan a la mnemo, aún inconsciente. La doctora es una mujer gruesa y calva que cubre su orondo corpachón con una bata amarillenta salpicada de sangre reseca. Su cuello ancho y fuerte está cubierto de colgantes de metal, cuero y hueso, arcaicos símbolos religiosos, y sobre ellos un estetoscopio roto y roñoso.

Anochece ya cuando abandonan la cochambrosa enfermería. Comienza a soplar un viento frío y violento, que insensibiliza la piel y paraliza las articulaciones. Los piratas son conducidos por tortuosas callejuelas hasta un edificio largo, de muros de adobe rojo y tejado de chapa cubierta y recubierta con pintura de diferentes tipos y colores. El humo negro escapa en todas direcciones desde la chimenea que hay en un extremo del edificio. Cuando entran, un desértico cierra la puerta y tapa los orificios que quedan con una recámara de bicicleta. Huele a comida, un olor muy intenso y picante. El grupo se sienta en torno a la mesa. La cena está servida. El jefe de barba roja, Taylor, y junto a él su hijo Chuckie, sorben con cucharones el contenido espeso de unas cazuelas de arcilla. Los piratas, sentados enfrente, intentan adivinar el contenido del repulsivo puré, mientras saborean lo menos posible y tragan sin respirar. El pan de maíz es más común y la bebida no está nada mal; pero es evidente para los kaizoku que no puede tomarse gran cantidad de ese aguardiente sin resultar intoxicado, así que lo beben a pequeños sorbos. Alrededor de la mesa, los hombres más fornidos del campamento se mantienen en pie, erguidos como estatuas, armas en mano y alerta. Deben ser algo así como la *guardia real*, y aunque ninguno supera en corpulencia a Johnny, parecen bien adiestrados y preparados.

– ¿De modo que hay material en Greenhill? Varios cazas y una BBS, grano, armas, munición y combustible. Perfecto –dice Taylor frotándose las manos, mientras mastica un trozo de pan duro. Los ojos se mueven con viveza en su rostro inflexible de piel quemada y cuarteada–. Nos vendrá muy bien. Con ese material quizá logremos reparar una de nuestras camionetas, que lleva ya años sin funcionar.

– Sí, todo eso será vuestro. Sin embargo, no hay prisa en mover ese material de Greenhill, nadie va a quitaros esa mina porque nadie sabe que está allí –miente Johnny, imaginándose a las tropas de Kakumei ocupando la zona–. Pero si nos lleváis al polígono industrial Erenouvelle mañana mismo, nuestros compañeros os recompensarán con un camión nuevo repleto de armas de última generación. Eso estaría bien, ¿verdad? –Al enfriarse, el caldo se ha solidificado, convirtiéndose en una especie de pastilla de jabón maloliente con tropezones gelatinosos. Johnny aparta la cazuela lejos de su vista de un brusco manotazo.– Tenemos una misión importante que cumplir en el polígono, y si nos lleváis hasta allí os recompensaremos bien.

– Bueno, bueno... no veo por qué no íbamos a ayudar nuestros amigos del norte, sería un placer. –Los fríos ojos azules de Taylor recorren las múltiples cicatrices del rostro pirata durante unos segundos, y después continúa– Un camión nuevo constituiría un gran beneficio para nuestro pueblo. Creo que conozco el polígono al que se refiere... ¿En cuanto a la joven...? ¿Es parte de su misión? No tiene aspecto de soldado. Ella... más bien parece uno de esos almacenes de datos humanos, ja ja. –Sus ojos azules se clavan ahora en los castaños de Johnny. Una mirada aguda que intenta penetrar en la mente del mercenario, que busca una reacción concreta en algún movimiento imperceptible de esas cicatrices... sin resultado.

– Ella... (Eres un hijo de perra muy listo, ¿eh?) –dice para sí el pirata. A Johnny no le gusta nada esa mirada.

– La chica es nuestra, y la misión es secreta –dice Muay, cuyo estomago se muere

por vomitar el poco caldo picante que consiguió tragar—. Llevadnos y tendréis una buena recompensa, eso es todo lo que necesitáis saber. Fácil. –Muay también se pregunta cómo un paleta del desierto puede distinguir a un agente mnemotécnico de cualquier otro salaryman. Es momento de alimentar la paranoia.

– ¡Oh! Bien, bien. Discúlpenme, caballeros. No era mi intención entrometerme en sus negocios, ja ja. Es... simple curiosidad. Hace tanto tiempo que no tengo la posibilidad de conversar con ciudadanos del norte... –dice el jefe desértico, juntando las palmas de las manos de forma cordial. Sus arrugadas facciones luchan por formar una sonrisa. A su lado, su ignorante vástago engulle el puré ruidosamente. Su ceja derecha aún supura, la dura piel desgarrada por el golpe de Muay. Una gota de sangre rueda por su rostro mientras mastica la grasa seca, sin apartar por un instante su mirada odiosa de los piratas.

– De acuerdo, entonces. Mañana por la mañana vuestra camioneta nos llevará a Erenouvelle y volveréis con un camión recién sacado de la fábrica, repleto de armas, comida y bebida. –Johnny se pregunta si tendrá la posibilidad, o la necesidad, de cargarse al jefe desértico y a su estúpido bastardo antes o después. Y algo le dice que tendrá tanto la necesidad como el placer de encargarse de ellos.

– ¡Bien, brindemos por el trato! –exclama Taylor, mientras llama al cocinero. Inmediatamente aparece un gordo con delantal polvoriento, que les trae una garrafa de plástico blanco. Resulta ser el mismo licor que tomaran durante la cena. Puro fuego, queroseno casero.

*

Unas horas más tarde, después de unas cuantas historias divertidas y unas risas forzadas, finaliza la reunión. Taylor y Chuckie salen escoltados por un par de guardias. Los demás desérticos permanecen de pié, vigilando a los mercenarios aún en la cantina. Continúan firmemente erguidos tras varias horas en pie, como mástiles, su gesto serio y atento a cualquier movimiento de los piratas.

– Sígueme la corriente –susurra Johnny a su compañero, mientras se levanta pesadamente—. ¡Joder, tengo la meada en la punta! ¿Dónde están los cagaderos? *El trono*, ya sabes lo que te digo, ¿no? Ja, ja. –Se queda esperando delante de uno de los musculosos y peludos desérticos, balanceándose ligeramente de un lado a otro, su mirada danzante. Sin perder de vista al pirata, el gorila señala con el brazo extendido hacia una puerta de contrachapado, rota y descolgada al final de la estancia– Gracias, *compadre*... –balbucea John, pronunciando con dificultad. Sacude un par de amistosas palmadas sobre el pecho macizo del desértico, y camina zigzagueando hacia la puerta de viruta prensada.

El cuarto está sucio y apesta a orines. El retrete es un simple tubo de PVC enterrado en el suelo de tierra, formando un pozo negro maloliente. Mientras orina, el pirata tararea una canción antigua, y con cautela comprueba que nadie puede verle desde el comedor a través de la puerta resquebrajada. Con una sola mano, saca la navaja del bolsillo de su chaqueta y se la guarda en la manga. Después desenfunda la vieja 2011, que lleva escondida en una cartuchera de nylon a su espalda. Activa el modo de disparo silencioso, la monta y la deja en el bolsillo de su chaqueta, lista para la acción. Dejando abierta la bragueta de sus pantalones, sale del oscuro retrete, dando tumbos y canturreando– *Just gimme somethin' to break... How 'bout ur fukin' face...* Vamos Muay, tío... levanta el culo, que hay que irse a dormir.

– ¡Ah! ¡Déjame en paz! ¡Tomémonos otra ronda! Invitan ellos... –balbucea Muay, reclinado cómodamente en la silla de plástico amarillento, mientras se sirve otra copa

de la garrafa de plástico.

De pronto, la puerta principal del comedor se abre bruscamente, y entra uno de los guardias de Taylor. Durante un instante, el polvo del exterior se cuela con fuerza en la sala. El guardia cierra la puerta de un manotazo y cuchichea algo al oído del gorila más cercano. Después, echa un último vistazo a los kaizoku y vuelve a salir a la calle. Otro golpe de polvo azota las caras de los piratas, disimulando, callados, atentos observando la escena. Pero Muay reacciona veloz.

– ¡Ah! Está bien, vámonos a dormir. Pero me llevo el aguardiente... Está cojonudo... ¡Co-jo-nu-do! ¿No tenéis más? –pregunta Muay, con la mirada distraída y los brazos extendidos, en una mano la garrafa y en la otra un vaso de arcilla derramando el alcohol por el suelo de la cantina. Se levanta como por resorte, y vuelca la silla en la que estaba sentado sin percatarse. Johnny le da un manotazo en la espalda, derramando un poco más del licor, y los dos piratas caminan hacia la salida, lanzando atronadoras carcajadas. Detrás les siguen los cinco desérticos, cruzando discretamente algunas palabras. En la calle, un par de guardias se adelantan y dirigen a los invitados a través de las oscuras callejuelas del poblado. El viento es frío y arrastra tanto polvo que es difícil ver nada. Los piratas se calzan las máscaras antigás, que llevaban colgando del cuello, para poder ver y respirar algo mejor. Los paletos desérticos se cubren la cara con pañuelos descoloridos por el sol. El grupo forma una extraña y tensa comitiva...

25. Callejuelas solitarias

Los guardianes desérticos caminan en silencio, a paso rápido, mientras los piratas ríen y cantan, tropezando a cada paso con el escalón de alguna escalera de barro o topándose con el pilar de un pórtico. Atraviesan arcos de barro y piedra, cruzan puentes colgantes contruidos con cables eléctricos y chatarra, zigzaguean por entre las estrechas callejuelas solitarias a las que aún llega el polvo arrastrado por un viento frío. No se observa luz en el interior de las chozas, como si se tratase de una ciudad abandonada. A esas horas y con esa tormenta de arena, no es de extrañar que los habitantes de la ciudadela se resguarden en sus casas. Y quizá también tenga algo que ver con los recién llegados extranjeros, que siempre traen problemas. Tras un brusco quiebro del callejón, cruzan una estrecha arcada y llegan a una calle mucho más ancha, que parece la vía principal del poblado. A ambos lados se extienden chozas mucho mejor construidas que el resto, seguramente las viviendas de Taylor y su guardia personal. Aquí el aire empuja con mayor fuerza, y golpea con violencia los rostros de los guardias y las máscaras de gas de los kaizoku. A esta avenida principal desembocan multitud de callejones estrechos, semejantes al que recorrieron desde la cantina. Cuando llegan a la altura de un cruce con estrechas callejuelas a izquierda y derecha, Muay se detiene y palmea con fuerza la espalda de su musculoso compañero, riendo escandalosamente. John comienza a reír también, y choca su mano con la de Muay en un complejo saludo de bandas. Sus dedos hablan en silencio, sus ojos se cruzan y asienten con un guiño cómplice.

– ¡Mierda! ¡Se me escapa el meao! –dice Muay echándose las manos al paquete, y empieza a correr veloz hacia uno de los callejones a la izquierda– Voy a echar una meada... –continúa diciendo, ya lejos del grupo. La voz casi desaparece con el viento.

– ¡Eh! ¡Púes mear luego! –le grita a Muay el desértico al mando del grupo, cuando por fin logra reaccionar. Aunque apenas puede verse ya al pirata, oculto entre el polvo y la oscuridad.– ¡Ándale! ¡Tú y tú wachar al tilico que se pela gallo!

– Oh, oh... Es contagioso o he bebido demasiado, amigos... ¡Esperadme un segundo! –dice John, corriendo a grandes zancadas hacia el estrecho pasadizo a su derecha, en dirección contraria a la que tomase su amigo. Los guardias vuelven a fallar, reaccionan demasiado tarde.

– ¡Chingao! ¡A por él, pendejos! –vuelve a gritar el jefe– ¡Cachar a esos cerotes! -La guardia desértica se reparte en tres grupos, uno va hacia la izquierda, el segundo hacia la derecha y el jefe se queda con otro guardia en la calle principal, rodeado de polvo y oscuridad.

En el hueco entre dos chabolas, sólo un hombre delgado como Muay es capaz de esconderse, pegado a la pared de barro como una simpático lagarto. Desenfunda su puñal de aleación de titanio, una larga hoja negra, afilada y puntiaguda, y aguarda en la penumbra, al acecho. Pronto puede escuchar las suelas duras de la botas sobre el empedrado, los pasos apresurados de dos fornidos gorilas detrás de la esquina. Pasa el primero, jadeando tras el pañuelo que cubre su rostro, y se aleja. Cuando llega el segundo guardia, el pirata salta sobre él desde su escondrijo, agarrándole por cuello con el antebrazo izquierdo mientras le empuja la cadera con su rodilla. El guarda cae hacia atrás y su peso hace que la hoja oscura penetre entre las costillas con facilidad. La sangre del desértico chorrea a borbotones sobre el enguantado puño de Muay, y resbala después por sus pantalones de goma. Lo gira un poco y lo extrae de entre las

costillas, para volverlo a insertar en la nuca del desértico con un golpe seco. Rebusca entre sus ropas polvorientas, pero en los bolsillos no hay nada interesante, polvo y algunos cartuchos para una escopeta semiautomática. Recoge la vieja escopeta caída a un par de metros y echa a correr por el oscuro callejón en busca del otro guardia.

Mientras, en otro estrecho pasaje, Johnny escala con ligereza una arcada que comunica los primeros pisos de un bloque de viviendas de adobe y chapa oxidada. Cuando llega arriba, saca del bolsillo la Colt y la amartilla. Tumbado en la oscuridad sobre el estrecho arco, aguarda paciente a sus perseguidores. Pronto escucha sus pasos atropellados, pero en la oscuridad no puede aún distinguirlos. Cuando percibe al fin la figura del primero, espera a que cruce justo bajo el arco, y dispara. El proyectil atraviesa su cráneo de arriba a abajo. Unos segundos más tarde aparece el otro, corriendo a duras penas sobre la superficie irregular de piedras y arena. Pero al ver a su compañero caído bajo el pórtico, se detiene y busca a su alrededor, agarrando con fuerza su fusil. No percibe nada a su alrededor, pero cuando alza la vista se encuentra un rostro cubierto de cicatrices, sonriente tras el cañón de una automática. El martillo vuelve a caer y el proyectil alcanza la frente del paleta. El calibre .45 hace que sus sesos se esparzan sobre el muro de barro cocido. El sonido del disparo es silenciado por el rugido de la ventisca. Johnny permanece tumbado en la penumbra unos segundos más, a solas con el siseo del viento. Pero no hay más pasos. Se descuelga del estrecho pasadizo y cae sobre el primer cadáver. Lo registra sin encontrar nada interesante, pero cuando se levanta y gira hacia el otro cadáver, un paleta lo encañona a tan sólo unos pasos de distancia.

– ¡No corras, culero! –dice el desértico. El pañuelo cubre por entero su rostro oscuro, sólo sus ojos quedan al descubierto. La culata de un rifle automático está apoyada en su ancho hombro izquierdo.– Tira la fusca y la escuadra... ¡Chíngale! –apremia nervioso. Sus ojos vigilan al mercenario; mas no pueden evitar volver una y otra vez al cadáver sin cabeza apoyado en la pared, junto a él.

– ¡Claro! ¡Tranquilo! Estás muy tenso, *chavo* –dice Johnny dejando las armas en el suelo. Camina con paso moderado hacia el cañón estriado.– Cálmate, ha sido un malentendido, yo sólo iba a mear y... (deja que me acerque más, estúpido) –Y cuando está suficientemente cerca, aparta el rifle de un manotazo, mientras con la otra empuja con fuerza su navaja entre las costillas del paleta.– Jamás dejes que se te acerquen así, chico. Dime, ¿para qué nos quieren vivos? –El desértico empieza a toser sangre y sus ojos delatan un miedo irracional, como si algo imposible estuviera ocurriendo delante de sus narices. Pero se niega a contestar, y John empuja aún más su hoja en las tripas del chaval, levantándolo unos centímetros del suelo. El desértico aguanta de puntillas sobre la arena empapada de sangre, colgado del afilado pincho de acero. Sus manos de uñas largas y negras agarran con fuerza el enorme puño de Johnny. Sus ojos oscuros abiertos como platos. Intuye con terror que su vida será más corta de lo que esperaba, y empieza a hablar.

– Dicen q... que quizá... ¡Cof! ¡Cof! Quizá valéis un friego, más que una troca, q... que os venderán a quien os busca. A ustedes y a la piruja de la enfermería. ¡Cof! ¡Cof! –dice ronco, sin aire. Tose una vez más, y de pronto su mirada queda vacía. John lo deja caer y recupera su navaja, la limpia en los harapos del joven y la guarda de nuevo en la manga de su chaqueta. Recoge su 2011 y el fusil, un viejo SIG 550, del que sólo conoce la réplica virtual que puede comprarse en IINet. Por fortuna parece funcionar del mismo modo que en el entorno de simulación. Con el dedo índice sobre la montura del fusil automático, repasa en su mente las palabras del desértico. De modo que les buscan... Sí, Kakumei sabe dónde están y ha comprado sus cabezas, y la cabeza que más vale... De pronto, algún mecanismo en su interior salta y queda inmóvil en el frío

callejón. La tormenta está cesando, la luz de la Luna comienza a llegar a duras penas. Y recuerda a la chica, la mnemo... Se había olvidado por completo de la mnemo, esa delicada preciosidad. ¡Mierda!

*

Encorvando su gigantesco cuerpo y sigiloso como una pantera, el pirata cruza los laberínticos callejones desiertos hasta conseguir dar la vuelta a la manzana y volver hasta la calle principal. Agazapado en la esquina de enfrente le espera Muay, que le avisa con un led de señales. Avanzan agachados, uno a cada lado de la calle principal, hasta que escuchan los pasos apresurados de los dos últimos guardias, que se acercan veloces. Cuando aún son una silueta en el polvo, las balas de John les perforan el pecho. Sus cuerpos golpean contra el suelo con un ruido de carne muerta. Los piratas continúan avanzando agachados como animales nocturnos buscando alimento.

– Tenemos que buscar la enfermería. ¿Recuerdas dónde estaba? –dice Johnny, mientras remata a uno de los guardianes con su navaja.

– ¿Qué importa la chica? Tenemos que encontrar la camioneta si queremos llegar a alguna parte con vida, y rápido –dice Muay, asestando una puñalada en la nuca al otro cadáver. Pero el gigante le devuelve su mirada de mulo.– Ya, está bien... Vas a ir a por la chica de una forma u otra, ¿no? De acuerdo, yo buscaré el carro y tú la tostadora. No recuerdo dónde está la enfermería, pero te espero a la salida del pueblo con el motor caliente, ¿Ok?

– Ok. Si no encuentro a la chica pronto, nos largaremos de este tugurio sin ella, no problema. –Chocan los nudillos y se largan rápidamente en direcciones opuestas, desapareciendo entre el polvo rojo que empieza a calmarse y a caer sobre las callejuelas solitarias.

26. Buscando a Beth

Las calles continúan vacías, los habitantes de la ciudadela aún descansan en el interior de las chabolas, cuyos apagados ventanucos, contruidos de parabrisas rotos y plásticos amarillentos, absorben los primeros rayos de sol. El viento azota a rachas cortas y con desgana los muros, escaleras y arcadas de adobe. Apenas hay ya polvo en el ambiente, y el musculoso pirata decide prescindir de la máscara antigás y respirar el aire fresco de la mañana. Johnny se imagina caminando por las calles de una ciudad sumergida cientos de años atrás por el agua de un mar ahora evaporado. Las peculiares y arbitrarias formas redondeadas de las chozas y estructuras de la ciudad, unidas unas a otras sin romper las suaves líneas, aprovechando el material del mismísimo desierto, recuerdan a un ser vivo, como la concha de algún crustáceo, o a la guarida de algún tipo de insecto que ha horadado la roca de una colina formando toda una ciudad. En contraposición a las formas artificiales y antinaturales de los edificios más emblemáticos de las kaishas del norte; esos monstruos que aguantan ahí de pie, levantándose a cientos y cientos de metros de altura sólo para hacernos temblar, para sobrecogernos, para convencernos de que hay un nuevo Dios, para enseñarnos que si se acatamos las normas empresariales la sociedad crecerá más allá de todo poder natural, alejándonos cada vez más de la charca embarrada de la que provenimos. La arcología es la catedral moderna para la deidad actual, la kaisha. Esas montañas de cristal son el símbolo abrumador del poder, pues un hombre a su lado no es más que un insignificante mosquito. Las torres muestran el poder constructivo de la kaisha y dejan entrever su poder destructivo, mucho mayor. Los rascacielos nos obligan a arrodillarnos ante la kaisha, a convertirnos en vasallos y escondernos en sus dominios para que otra diferente no nos pise. Las chabolas, sin embargo, son el emblema de la convivencia familiar, de la tribu, un lugar en el que viven personas, algo reconfortante a los ojos del pirata.

Después de dar algunos rodeos perdido en el laberinto de arcilla, Johnny encuentra un corredor familiar, y al cabo de unos minutos consigue alcanzar la enfermería. Al igual que en el resto de chamizos, tampoco se observa luz en su interior. La desvencijada puerta de chapa no está cerrada con llave; el gigante la empuja y entra con sigilo en la recepción. Todo está en silencio, no parece haber nadie. Esperaba algún gorila haciendo guardia fuera o en la recepción, pero el lugar está muerto. Busca en las habitaciones y sólo encuentra camillas vacías, instrumental quirúrgico oxidado y frascos de colores. Nadie. Beth no está.

– ¡Mierda! –susurra enfadado el mercenario. Quizá la tengan en otro lugar, en alguna celda.– Este puto laberinto es demasiado grande para buscarte, cariño. Tendría que haber dejado vivo a alguno de los paletos... Hubiera hablado, me habría dicho dónde estás. ¡Que gilipollas soy, joder! –se reprocha enfadado. De un puntapié lanza una camilla a la otra punta de la habitación, destrozando una vitrina con frascos y extraños recipientes de cristal. Cuando cesa el estrépito de cristales rotos, Johnny vuelve a reaccionar y camina con largas zancadas hacia la salida. Pero al llegar al hall percibe un gran charco de sangre bajo una vieja mesa de oficina, sobre la que se amontonan papeles y kippel. No se había fijado antes, esperaba encontrar gente, no su sangre. Remueve el fluido oscuro con la puntera de su bota. Aún está fresca.– Una lástima, prometía ser una chica interesante...

Escapa de nuevo a la brisa fresca y a la luz rojiza de la mañana. Corre por las

callejuelas, hacia la entrada del poblado. En una esquina encuentra un puesto de comida cerrado, que viera la tarde anterior mientras seguían a Taylor y sus secuaces. Intenta forzar el candado oxidado con la navaja, pero no se abre. El proyectil de su 2011 se encarga del anticuado mecanismo. En el interior encuentra algunos paquetes de comida deshidratada y unas bolsas de agua al vacío, que llevan el logotipo del ejército de alguna kaisha desaparecida. Mientras se guarda el alimento en los grandes bolsillos de la chaqueta de goma, sus oídos perciben el sonido de un antiguo motor de gasoil, silenciado por la brisa y los muros de barro. Sale disparado por un estrecho pasadizo y corre sobre los vidrios rotos del callejón, que crujen bajo sus pesadas botas. El ruido grave del motor aumenta a cada zancada. Al final del pasadizo se abre una calle ancha, una nube de polvo reciente se volatiliza con lentitud. Al mirar en dirección al ruido, observa un destartado camión militar, de finales del siglo XX, que traquetea sobre el pavimento irregular, alejándose rápidamente del pirata. Tras unos segundos de duda, el musculoso Johnny echa a correr tras él. La lona caqui, rasgada y oscurecida por cientos de manchas de grasa, se azota al viento como una bandera. El vehículo escapa veloz, pero el kaizoku acorta el camino entre columnas y callejas estrechas hasta que en una de ellas el camión cruza a su lado. De un salto alcanza el borde de la caja, agarrándose con sus fuertes manos y plantando sus pies en el parachoques trasero, que se descuelga de un lado por el peso y comienza a golpear el pavimento, haciendo aún más ruido que el propio motor. Cuando se asienta mejor en el parachoques, desenfunda su automática y de un impulso de sus bíceps salta al interior del camión. De un vistazo evalúa el peligro, pero el meticuloso mercenario se lleva una sorpresa.

– ¡Joder! –exclama, al ver a su compañero Muay junto a la mnemo, que está despierta y lo mira tranquilamente con sus bonitos ojos marrones de largas pestañas– ¿Y quién coño conduce esto?

– Ja, ja. ¿Sorprendido? No sólo conseguí el camión sino que he rescatado a *tu* chica y he contratado a un chofer experto en el terreno. Me debes una jarra de cervecita fría, colega –dice Muay, repantigado junto a la mnemo sobre un banco de madera atornillado a la caja del camión, que continúa sacudiéndose por los baches de la vía.

– Te invitaré con mucho gusto, tío. Pero, ¿quién...? –tartamudea el pirata, a la vez que eleva su musculoso brazo para señalar hacia la cabina del conductor, aún con esa expresión de asombro en su rostro marcado por las cicatrices.

– Bobo, compañero. El paleta del desierto nos está ayudando a salir de aquí. Me sorprendió intentando arrancar este trasto prehistórico. Después me condujo hasta la enfermería y rescatamos a la tostadora. Tuve que cortar el pescuezo a la simpática doctora y a un gorila que vigilaba fuera. Pero los dejamos bien escondidos, ja ja. Somos unos verdaderos profesionales, ¿sabes?

– Bueno... ¡Pues de puta madre! ¿Por qué ponerle pegas al asunto si todo sale bien? –dice Johnny, relajando el rostro y haciendo una mueca dicharachera. Las pequeñas cicatrices bailan con cada gesto. Después se acerca hacia la mnemo y se sienta a su lado. Es difícil mantenerse de pie con las fuertes sacudidas.– Supongo que no eres una tostadora, cariño, ja, ja. ¿Cómo te llamas?

– A tu amigo no le caigo bien –dice la mujer, mientras una sonrisa triste y bromista a la vez se refleja en su cara de niña–. Mi nombre es Beth –continúa, y une las palmas de las manos en un gesto formal. El forzado devuelve el saludo juntando sus enormes manos.

– Encantado de conocerte, Beth. Yo soy Johnny y éste es Muay, y... no es nada personal, es que no tiene buen gusto, eso es todo –dice, y la sonrisa forma cientos de arrugas en su rostro moreno.

Después de una última e intensa mirada de reconocimiento a los bonitos ojos, porque

para Johnny es siempre un placer contemplar unos ojos que no dicen nada malo, se acerca a la ventanilla que comunica con la cabina. Las greñas de Bobo se mueven de un lado a otro con cada sacudida del camión. Tras el parabrisas cubierto de fino polvo gris, se extiende el desierto, bañado con la luz blanca de la mañana. Ya no se ven chabolas, han salido del poblado. El pirata tiene que gritar con fuerza a través de la ventanilla para que Bobo pueda oírle sobre el ruido motor.

– ¡Hey! ¡Bobo! ¡Eres un auténtico cabroncete! ¡Recuérdame que te invite a unas cervezas, te debemos una!

– ¿Unah qué? ¿Un chupe? –responde a gritos el paleta, sonriente, girando la cabeza hacia la ventanilla y apartándola de la carretera como si el camión se condujese solo.

– Es igual... ¿Cómo coño has salido del poblado? No me he enterado de los tiros.

– No hase nesecidá pelar gallo de babilón a chingazoh. No hay palos, ni barrerah, ni güey que zorree la salia. Naide te hase manita de cochi pa que te estéh. Cuahquiera pué salí, anque nohmalmente naide lo hase...

– ¿Y por qué quieres irte tú? –pregunta el pirata. Desconfiar de todo es una cualidad que le ayuda a seguir viviendo.

– Yo y yo tenemoh motivoh. Soy trucha anque me traten como pendejo. To por el pinche del junioh, Chuckie, que sempre anda pingo de Khat y chupando pihto. Desde que nos dimos un agarrón, a su apá le caigo de a madre. Leh dijo a los tecoh que me dieran una tranquiza, y despuéh me mando al bote. Pero mereció la pena, ja ja. Soy calote y le di su merecio. –Echa un breve vistazo al camino y vuelve la cabeza hacia el pirata.– Taría suave convehtime en un pirata como tú y tú, y eta eh mi quebrada.... –dice el paleta, mirando a los ojos del mercenario para observar su reacción.

– No veo por qué no podrías serlo... ¿Sabrás llegar al polígono? –A través del polvoriento parabrisas sólo se ven piedras y arena. El desierto se extiende en todas direcciones y Bobo no parece seguir ningún camino concreto.– ¿Sabes por dónde vas?

– Ajá, güey. Quemaremoh llanta –dice el desértico, con una gran sonrisa que le arruga aún más la piel de su rostro, curtida por el sol. Gira la vista hacia el camino y continúa conduciendo, lo que tranquiliza un poco al musculoso mercenario. Johnny se da la vuelta y se sienta junto a Muay.

– ¿Tienes hambre, compañero? –De debajo de su chaqueta aparecen unos paquetes de comida y agua envasadas.

27. Safari

Durante un par de horas habían circulado sobre campo abierto, piedras y escombros por todas partes. Un día despejado, sin viento y ni polvo abrasador, les había dado la oportunidad de observar algunos túmulos grises, a ambos lados del camino, en la lejanía de la llanura baldía. Eran antiguas ciudades derruidas, rascacielos partidos por la mitad, puentes caídos sobre los lechos secos y autopistas cubiertas de arena, bloques residenciales de hormigón agujereados por el fuego de guerras pasadas. Ahora, el camión circula sobre una carretera asfaltada, dando un descanso a los castigados amortiguadores. Charcos de luz, reflejos del cielo, aparecen y se evaporan mientras avanzan veloces, levantando el polvo posado sobre el camino. En el árido horizonte se levanta un edificio esférico, cuyas cúpulas y torres de acero brillan con fuerza bajo el sol, temblando a la vista por el aire recalentado de la mañana. A su alrededor persisten algunos tocones de hormigón, las primeras plantas de antiguos edificios de oficinas y otras estructuras urbanas derruidas por las bombas, las tormentas y el olvido.

– ¿Es eso de ahí el polígono? –pregunta John, sentado junto a Bobo, que sigue conduciendo con aspecto relajado. Los muelles desgastados del asiento chirrían bajo el pesado cuerpo del kaizoku cada vez que se mueve.

– ¡No, loco! Cerca. Ehe edifisio reondo de allá eh la terminá de la antigua línea de tren que lleva pa' Erenouvelle. Otrah doh paradah máh eh onde volaban vuehtrah naveh cuando las chuté con la fuhca láser, poque mentró la calentura y la malilla. ¡Ja Ja! – responde Bobo, agitando su melenuda cabeza, mientras de sus mechones enmarañados cae una fina tierra rojiza que cubre sus hombros anchos– Peo ya toy bien. Fue po el agua salá que empesé a cahcabelear...

Las gruesas ruedas recauchutadas cien veces surcan el manto virgen de ceniza y polvo, que aumenta de espesor a medida que se acercan al núcleo urbano. Tras el viejo vehículo militar se levanta un muro gris, espeso y esponjoso, que flota y se desliza suavemente hacia el desierto yermo, empujado por la brisa. Cuando penetran finalmente en la metrópoli derruida, la ceniza cubre por completo las llantas del camión. La chatarra inunda las calles; chasis de automóviles primitivos, fundidos y oxidados, pegados al asfalto como velas consumidas hasta el final de sus mechas; semáforos y farolas retorcidas que no pudieron aguantar ni el calor ni el embate de la onda expansiva; vidrios rotos, translúcidos y sin brillo, cubriéndolo todo como una capa brillante de azúcar glasé, junto con el omnipresente polvo de cemento. Los edificios, moteados de orificios de metralla, muestran sus vigas retorcidas que vibran al son del viento. Algunos rascacielos se elevan hasta la mitad de su altura original, y el resto reposa a sus pies formando taludes de escoria y escombros. En varias calles, el pavimento se abre en gruesas grietas de varios metros de profundidad, como si un fuerte terremoto hubiese sacudido la ciudad. El camión gira en una esquina, evitando un autobús volcado sobre la vía más adelante, y pasan junto a un solar que fue antaño un parque verde y frondoso. En un momento dado, Bobo decide atajar a través del parque, y los neumáticos aplastan la quebradiza verja metálica, caída sobre la acera, que una vez cercaba el recinto. Las fuentes decoradas con animales marinos aún se mantienen en pie, pero en lugar de agua fresca hay alambres oxidados y una masa pastosa de escoria calcinada. Lo que una vez fueron pinos, ahora no son más que delgadas astillas de carbón, que sobresalen escasos centímetros sobre la ceniza. Tras el jardín gris se

elevan las cúpulas de acero. Más abajo, colgado sobre una marquesina desplomada, un letrero metálico sin brillo anuncia “Estación de Lagos”, en vetustos caracteres de una lengua muerta.

– No recuehdo esatamente, pero en uno dehtoh muroh hay una entrá poh la que podemoh colah la troca. Dehpuéh maneharé sobre lah víah, por loh túneleh. Como nos perdamoh allá abajo tarehoh chingaoh, ¡Ja ja! –dice Bobo, al mismo tiempo que mastica con sus muelas desgastadas una barra de tofu y algas. Sobre sus piernas una bolsa de agua y un paquete de comida abierto, saltando con cada bache del camino.

– ¿Cuánto combustible tenemos? –John mastica despacio la comida deshidratada, mientras observa por la ventanilla el desolado paisaje urbano.

– Metí unah cubetah de gasofa atráh, quizá tenamoh pa unah cuatrocientah millah. Debería seh mucho máh que sufisiente aunque noh perdiéramoh –responde el desértico, que produce un ruido notable al masticar, como un perro con su hueso, mientras conduce el camión junto a los muros de la antigua terminal.

28. Dentro del túnel

Después de bordear una torre eléctrica caída sobre el asfalto, continúan hasta lo que parece la entrada de un garaje; el portón de chapa consumido hasta los bordes por el óxido y el fuego. El camión rueda cuesta abajo por una empinada pendiente, hacia los sótanos de la antigua estación del ferrocarril. Los chirridos de los neumáticos reverberan en los oscuros pasadizos cada vez que doblan en una curva cerrada. En ocasiones, Bobo es incapaz de controlar la dirección y las chispas saltan desde la carrocería al raspar contra el hormigón de los muros. Las ruedas patinan sobre el polvo cuando el desértico pisa el pedal y los frenos oxidados rechinan. Los faros apenas iluminan algo más que las nubes de ceniza que comienzan a invadir el túnel. El corredor se bifurca varias veces antes de terminar en un hall en llano, algo más ancho que el largo y angustioso corredor curvo descendiente. A ambos lados de la galería aparecen puertas de chapa pintadas con rayas amarillas y negras, abolladas y descolgadas. Al paso de los focos se distinguen algunas pintadas tribales sobre las paredes de la caverna; spray rojo trazando símbolos sexuales o místicos, treinta mil años después del arte parietal. El suelo liso de hormigón está repleto de kippel; cartones y plásticos, latas de aluminio, trozos de caucho y alambre de algún neumático reventado, escoria indefinida... Después de algunas vueltas en círculo por el laberinto de corredores, Bobo logra orientarse y llegan al cabo a la Terminal de tren. Es una sala extensa, con techos altos dotados de tragaluzes por los que se cuele un débil destello de luz exterior. Cinco máquinas descansan sobre su raíl, morros puntiagudos cubiertos de graffiti hasta en los aerodinámicos parabrisas.

– ¡Aguah! ¡Sujetarse bien! –grita el desértico, para que puedan escucharle Muay y la chica desde la parte trasera. Pisa a fondo el acelerador y el motor ruge ensordecedor. El camión se encamina veloz hacia el andén y, cuando lo sobrepasa, vuela unos metros mientras se precipita a las vías. Cuando choca contra el suelo, se levantan chorros de polvo y ceniza, que cubren por completo el vehículo. Los amortiguadores trabajan más allá de su capacidad y el camión rebota varias veces, agitándose de lado a lado a punto de volcar. Muay y Beth caen al piso del camión desde los bancos de madera, y Johnny se protege la cabeza con ambas manos brincando sobre el asiento, hasta que el vehículo se estabiliza y continua su camino, ronroneante.

– ¡Hostia puta! –brama Muay desde la parte de atrás.

– ¡Tamoh buzoh! Ahorita no máh que tirah pa delante y tare moh en el polígono –dice contento el desértico, rascándose la melena en busca de alguna brecha en su cabezota, que durante la caída ha golpeado repetidamente contra el techo, abollando la chapa oxidada.

Dentro del túnel del monorraíl, el calor es seco como el de un horno. El sudor convierte la ceniza en una masilla grasienta sobre sus caras. Durante diez kilómetros las cubiertas del camión remueven la espesa capa de escoria carbonizada, acumulada durante años junto al raíl. La basura está esparcida por todos lados, ahogada bajo el polvo de hormigón que un día levantaba los edificios de la ciudad fantasma. El añoso vehículo militar avanza con cautela junto al carril electromagnético, sobre el que hace un siglo circulaban trenes a más de cuatrocientos kilómetros por hora.

– ¿Qué es eso? –pregunta John, señalando una robusta plancha metálica que cubre de arriba a abajo la ancha galería, a unos metros más adelante.

– ¡Mih huevoh! Eh una puehta contrafuegoh y pa seguridáh. Nunca lah'bia vihto

chapáh por aquí. ¡Qué mala onda! –El camión continúa avanzando lentamente hasta que el parachoques queda a dos metros de la basta compuerta estanca.

– Joder... Por el polvo y la mierda del suelo yo diría que esta puerta se ha cerrado no hace mucho. Tiene que haber sido Kumichou... espero que haya sido ese *quemapuros* –dice John, con el ceño fruncido.

– ¿Qué ocurre? –Muay se asoma por la ventanilla de la caja, y a través del parabrisas lleno de polvo, observa la puerta herrumbrosa.– ¡Joder! ¿Cómo vamos a cruzar eso?

– No tenemos explosivos suficientes para volarla. Bobo, ¿existe algún otro camino para llegar al polígono? –pregunta Johnny, mientras observa pensativo cómo el polvo del exterior vuelve a caer lentamente sobre el parabrisas, una suave lluvia gris cubriéndolo todo.

– Hay doh caminos. O volvemos poh adonde vinimoh, zalimoh de loh túneleh y manehamoh po un camino que tá grueso, una carretera bombardeá y llena ehcombro, y tié zonah arenosah mu malah pa esta troca, tierra mala y mala... O tiramoh una milla pa trah, dehamoh el carro y taloneamoh po loh túneleh de cervisio –dice el desértico, cuya expresión indica que ninguna de las dos opciones le hace feliz.

– ¿Por qué son *tierras malas*? –pregunta Muay, que ya ha visto demasiados túneles y alcantarillas y ansía respirar aire libre, aunque sea el contaminado y ardiente del desierto a mediodía.

– Hay citioh en loh que la arena sa quedao queta, peo si pasah te traga como hiena. A veceh sólo te tragan cando vah con algo mu pesao, como eta troca. Ademáh, lah llantah no paran d'ataharse en el polvo y eh mu duro zacahlah de un hoyo cada cien pieh. Si encontramoh la bolita, podríamoh tardá un día entero. Si no tenemo zuate la tierra noh traga y noh azota a un pozo y acompañamoh a la flaca. –dice el desértico. Las manos quemadas por el sol se mueven inquietas arriba y abajo como las de un antiguo predicador.

– Iremos por los túneles de servicio, es lo más seguro. –Un suspiro de decepción sale de los pulmones del gigante kaizoku.– Nunca es fácil... ¿Es posible que allá en las alcantarillas encontremos alguna compuerta que nos impida el paso? –La mirada fiera vuelve a fijarse en los ojos de Bobo.

– No, no creo... y de toh modoh zon cierreh ehtándal, cé como chingahloh. Cogí loh hierroh que nesecito. –Con el pulgar señala hacia sus espaldas.

– Ok, entonces hacia los túneles de servicio. –Johnny se recuesta en el asiento del copiloto, y Beth, que con ojillos curiosos miraba a Bobo y a John por encima del hombro de Muay, vuelve a sentarse detrás. El túnel es demasiado estrecho para permitir al camión dar la vuelta, de modo que Bobo mete marcha atrás e intenta mantener la dirección recta, viendo a duras penas los obstáculos a través del espejo roto del retrovisor. Al rato, Bobo frena en seco. Una nube de polvo sube desde el suelo como vapor de agua. Con sus manos ásperas y callosas gira la llave en el contacto y el ruidoso motor se detiene. Apoya su peso sobre la arcaica palanca del freno de mano y, de un seco tirón, la hace subir con un ruido de carraca.

– ¡Bajan! Ahí anda. Nesecitaré loh hierroh. –dice el desértico, mientras sale de la cabina y se zambulle en la polvareda. Camina hasta una caja metálica en un lateral del camión, entre las ruedas. Se escucha el sonido metálico cuando el paleta revuelve entre las herramientas y la chatarra de la caja. John salta por la otra puerta, rodea el camión hasta la parte de atrás y ayuda a bajar a la mnemo. Al mismo tiempo salta Muay, que está cerrando la mochila con la comida y el agua que les queda. Bobo se acerca a él y carga aún más la mochila con algunas pesadas y roñosas herramientas de dos siglos de antigüedad. Finalmente, el grupo se dirige hacia una escalerilla metálica

que asciende en vertical hasta la boca de un grueso tubo metálico. John lo observa con desconfianza mientras suben. Es lo suficientemente ancho como para que el gigante kaizoku pueda pasar sin quedar trabado, pero no mucho más. Antes de introducirse en el angosto cilindro, decide aligerar su vestuario; sujeto únicamente con sus piernas apretadas en pinza sobre la escalera, se deshace de la chaqueta y la lanza al suelo oscuro. El grupo asciende y desaparece en el interior de la cañería. Unos metros más arriba el conducto se curva horizontalmente, formando un codo donde la escalera termina. Bobo gatea primero, una linterna que cuelga del cuello de su camiseta ilumina el sucio y angosto camino. John se arrastra detrás, casi a ciegas, pues el desértico le oculta totalmente la visión. Le siguen la muchacha pálida y Muay, con el fusil a su espalda junto a la mochila de nylon.

– Un tanto estrecho para un túnel de servicio, ¿no crees, Bobo? –se queja el musculoso pirata. Las cicatrices forman una mueca de disgusto mientras se arrastra con dificultad, sus anchos hombros acariciando la áspera superficie metálica.

– ¡Ja, ja! ¡No te me calienteh, plancha! Pronto enzanchará. Toah lah entrah al zihthema de cervisioh zon asín de chichah. –El sudor de sus manos hace que se les pegue la ceniza y el polvo de la tubería.

Efectivamente, tras cincuenta metros más de estrecha y sucia tubería, comienza un pasadizo abovedado de hormigón, mucho más ancho y alto, en el que pueden avanzar erguidos. Poco, después encuentran una puerta que Bobo consigue forzar, y de nuevo más pasillos oscuros. Paredes estrechas repletas de tubos y cables, cajas de registros, anticuados autómatas programables y monitores de vigilancia que dejaron de funcionar hace mucho tiempo. Tras algunas puertas más que forzar, algunas bifurcaciones que resultan no llegar a ninguna parte y algún tramo de angustiosa tubería, alcanzan la sección del polígono Erenouvelle. Bobo les conduce por otro estrecho tubo de bajada hacia el túnel del monorraíl.

– ¡Chale! –dice Bobo cuando ve la carnicería, bajo el estrecho foco de la linterna. Sus pies saltan desde la escalerilla metálica y se hunden en la gruesa capa de despojos que cubre el piso del túnel, y camina despacio, encogido, como para no despertar a los muertos. Detrás cae Johnny, el fusil a su espalda, la 2011 bien agarrada en su poderoso puño.

– Son los vehículos de PowerTrade... –dice, y queda agazapado, vigilando en la oscuridad–. Les han tendido una emboscada...

Los pies de la delgada mnemo apenas levantan la ceniza al andar. Observa con terror los órganos quemados, esparcidos sobre el capó de los aerodeslizadores, en el suelo, en las paredes. Figuras humanas apenas reconocibles. Sólo las corazas de sus uniformes de combate mantienen juntos los trozos de carne pestilente.

– ¡Hostia puta! –dice Muay con disgusto, aunque feliz de abandonar las tuberías.

– Parece que pillaron pricioneroh. Tamién maneharon un carro mu grande y pezao pa'acá –dice el desértico, leyendo en el polvo–. Lo perdieron po allende... loh pricioneroh fueron pahacá. –Queda inmóvil como un perro de presa, delante de una compuerta abollada, guardando la distancia.

– ¿Quiénes? ¡Joder! –grita el gigante escrutando aquella puerta, aún con el ceño fruncido. Las cosas nunca son fáciles, se repite. Cambia su 2011 por el rifle. *Lock and Load*.

– Hay huellah de ezoh pendehoh mecánicoh que gahtan lah emprezah cuando no ce confían en loh cohoneh de suh zoldadoh, ja, ja. Se piaron poh aquí tamién –dice Bobo mientras señala la puerta cerrada, observándola con recelo.

– ¿Y a qué esperas para abrir la jodida puerta? –dice secamente el pirata. Ahora está realmente cabreado. Sin la cobertura de Kumichou están perdidos– ¡Vamos, tío!

– Ezoh máquinoh zon cabroneh como ehcopioneh doraoh. Si noh cruzamoh con elloh, mañana no olemoh el polvo –dice Bobo, asustado de la tozudez del gigante.

– Verás colega, nuestra única posibilidad de seguir viviendo mañana es encontrar al hombre que nos saque de aquí. Y para encontrarlo debemos continuar por esa puerta. ¡Así que abre esa puta puerta o la vuelo a cañonazos! –Las pequeñas y pálidas cicatrices bailan en el enfurecido rostro del pirata.

– Bobo abre la puehta, pero caducaremoh como salarymen en el desierto... Me zaca de onda, loco... –continúa difamando en voz baja, mientras saca un hierro oxidado en forma de llave inglesa de la mochila de Muay. Abre un panel en la parte inferior y comienza a forzar la cerradura. Golpea la pesada llave contra un cable de acero del mecanismo hasta que parte. Las puertas se abren despacio, como las de un ascensor.

– Johnny... A lo mejor el paleta tiene razón. Con estas armas no podremos enfrentarnos a los androides de combate. Todos esos montones de carne no sobrevivieron.... –dice Muay, indicando con el pulgar los restos humanos esparcidos a sus espaldas. La chica dirige la mirada de un mercenario a otro, asustada. Nunca ha visto un androide de combate, nunca ha respirado el hedor de cuerpos calcinados. Quiere salir de allí.

– ¿Tienes una idea mejor? O encontramos pronto a nuestro equipo o no habrá forma de salir de este pozo de mierda. –Sin dar más razonamientos, el musculoso pirata se vuelve hacia el pasadizo que se extiende tras la puerta, y se sumerge en la oscuridad, con la culata del fusil apoyada en el hombro y su ojo derecho pegado a la mira de visión nocturna.

– ¡Joder! Está bien, seguidme de cerca –dice Muay al desértico indeciso y a la asustada correo. Prepara su fusil y camina con sigilo tras los pasos de su amigo. La muchacha titubea unos segundos, y corre después junto a Muay, resguardada tras sus anchas espaldas.

– ¡Ahj! Marditoh güeroh locoh –se queja Bobo, que termina por ceder. Enfadado y preocupado, coge la mochila de nylon, ahora completamente gris por el polvo, y arroja dentro la llave inglesa. Vuelve la linterna y su mirada una vez más a los chorros de sangre seca que embadurnan los deslizadores agujereados. Sacude su melenuda cabeza de izquierda a derecha para borrar la macabra imagen y echa a andar con desgana tras la peculiar compañía–. Mañana no güelo el polvo...

29. Lluvia láser

El gigante camina primero, el ceño fruncido y las cicatrices inmóviles en su semblante de hielo. Tras él camina Bobo, con el láser en una mano y la pesada mochila a sus espaldas. Después, con pasos cortos y silenciosos, Beth parece deslizarse sobre el suelo de rejilla metálica, cubierto de kippel, de pequeños objetos rotos e inútiles. Muay cierra la retaguardia, vigilando nervioso el más ligero movimiento de los objetos abandonados en aquellas salas décadas atrás; máquinas expendedoras de refrescos y tabaco; cajas de cartón repletas de guías telefónicas acartonadas, mordisqueadas en los extremos por algún pequeño roedor; fluorescentes partidos en trozos, los finos cristales esparcidos por el suelo de metal; en los muros, antiguas pantallas de plasma derretidas y oscuros letreros de neón, que anunciaron su reclamo un centenar de años antes, ahora apagados como ceniza fría.

A unos metros, una puerta blindada bloquea el paso. Empotrado en el marco hay un pequeño teclado digital para el acceso por código, con el display chamuscado y las teclas fundidas unas con otras. Bobo deja el láser apoyado en la puerta y maneja la pesada herramienta, forzando el mecanismo del cerrojo de emergencia. Mientras, el resto del equipo descansa en cuclillas, apoyados en las columnas hexagonales que cruzan la sala, agotados por el calor, el viaje, el estrés y la falta de sueño.

– Ya chale –dice Bobo con hastío, mientras las hojas de la compuerta corren hacia los lados. El paleta echa un vistazo al interior, intentando ver algo a través de la abertura, pero la oscuridad es omnipresente allí abajo. Cuando desiste de buscar monstruos entre las sombras, se inclina hacia la mochila para dejar la herramienta y recoger su láser. Pero, de pronto, llega a los oídos del desértico un zumbido sordo, como el de un panal de avispas. Empuña nervioso su arma, mientras lucha por distinguir en la oscuridad el origen del rumor. Con su otra mano dirige de un lado a otro la vieja linterna de codo, que lleva colgada en el cuello raído de su camiseta, pero la luz apenas alcanza un par de metros. Entonces, los estrechos haces de otro tipo de luz se cuelan por la puerta metálica, como una lluvia brillante que empapa de sangre el cuerpo del desértico. Los harapos que lo cubren comienzan a arder, y el olor a carne y plástico quemados se dispersa por la sala cuando, por fin, el cuerpo inerte se desploma en pedazos. El fusil, aún en la mano cercenada, rebota un par de veces sobre el suelo enrejado con un estrépito metálico. Los mercenarios observan atónitos los trozos de carne humeante en los que se ha convertido Bobo, y rápidamente toman posiciones detrás de las columnas de hormigón. Tras un largo segundo de indecisión, Beth se esconde entre unas cajas de plástico, que se han vuelto quebradizas por el tiempo y el calor, y crujen con sólo tocarlas. No tardan en escuchar los pasos metálicos que se acercan a la entrada. La linterna de Bobo, tirada entre la carne picada, aún brilla en la polvorienta oscuridad, iluminando el umbral. Una máquina oscura, dotada de tres piernas metálicas que giran sobre una cadera esférica, aparece en el foco de luz avanzando con sigilo sobre un charco de sangre, aplastando la carne muerta. Es un androide de combate Kakumei, un metro cincuenta, múltiples brazos mecánicos armados con láser y pinzas metálicas. Un par de videocámaras, a los lados de lo que sería la cabeza del mecanismo, le permiten calcular los objetivos a destruir. Los piratas comienzan a disparar en cuanto lo ven aparecer. Las chispas saltan cuando los proyectiles revientan sobre el blindaje del robot. A los pocos segundos el autómatas queda inmóvil, rígido sobre filetes poco hechos de Bobo. Se hace la calma durante un

instante, en el que Johnny aprovecha para cambiar el cargador exhausto. Aparece otra máquina detrás del droide destruido. Sus cámaras detectan el calor de dos grandes cuerpos ocultos tras sendas columnas y sus brazos armados comienza a disparar. A cubierto detrás del escudo de hormigón, el gigante pirata espera su oportunidad, justo cuando la máquina detenga su fuego. Pero justo en ese preciso instante, una rejilla de ventilación situada en la pared junto a la columna, revienta en llamas con un estruendo que se propaga por los pasillos subterráneos. Trozos del metal de la rejilla y el ventilador salen disparados como la metralla de una granada. La hélice del ventilador vuela unos metros antes de estrellarse contra el duro cráneo del pirata. Su rostro fiero se relaja y golpea el suelo con violencia cuando cae inconsciente. A través de la tubería de ventilación entran arrastrándose nuevos androides, que rápidamente extienden sus piernas y se dispersan por la sala. Descargan sus armas láser sobre la columna donde se oculta Muay, que dispara asomando tan sólo la boca de su fusil. El hormigón se recalienta, se desmenuza, se quema y empieza a desprender un humo denso.

– ¡John! ¡Joder! ¿Estás vivo? –grita el moreno kaizoku, mientras dispara los últimos proyectiles del cargador, sin siquiera tomarse un segundo para apuntar– Con esta mierda no conseguiré nada...

– Detectado agente mnemotécnico. Se dispone el alto el fuego –se escucha una voz monótona, procedente de alguno de los monstruos mecánicos. Muay rebusca nervioso entre sus ropas un cargador fresco, su espalda apoyada en la columna empapa de sudor el poroso hormigón. Cuando encuentra el cargador, advierte junto a él la fría presencia; tres oscuras máquinas lo rodean, apuntándolo con sus modernas armas.

– Se establece el alto el fuego. Tire sus armas, por favor –pide con amabilidad una de ellas. Muay escupe con desprecio... y obedece. En la otra esquina de la sala, las pinzas metálicas recubiertas de goma adherente aprisionan el cuello y las finas muñecas de Beth, acurrucada en un rincón junto a las cajas plásticas, paralizada por el miedo. Sus ojos asustados parpadean en la oscuridad, pero sólo distingue figuras rectas y opacas moviéndose veloces. Las pinzas la levantan como a un muñeco de trapo.

– Nooooo... –solloza asustada.

– Acompáñenos, por favor –dice una y otra vez el autómeta. Mientras el robot la arrastra por el pasillo, intenta girar su cuello, preso por las zarpas metálicas, para observar cómo otro androide levanta el pesado cuerpo de Johnny, aún inconsciente.

*

La tarde es tranquila, no hay tormenta ni brumas de gas. El Sol brilla en el cielo y el calor produce luminosos charcos vibrantes en el viejo asfalto. A cien metros puede verse lo que un día fue la entrada principal del complejo aeroespacial HOUSE, ahora tan sólo un conjunto de feas naves de hormigón resquebrajado y algunos bloques de oficinas colapsados, formando montículos de cascotes. Cerca de allí se levanta la estación de transportes interurbanos del sector Erenouvelle. Varios autocares descansan su carrocería abollada y corroída sobre los escombros de una marquesina. Un escuadrón de oscuros androides emerge desde los túneles por una de las bocas del metropolitano. Las pezuñas robóticas remontan veloces las escaleras mecánicas, cubiertas de arena y herrumbre. La fila de autómetas se extiende hacia una aeronave esférica de color claro, como orugas procesionarias volviendo a la bolsa de seda. Filas en formación de a dos de pequeños robots, coordinados a la perfección. En mitad de la fila, seis androides utilizan sus pinzas para transportar tres ataúdes plásticos. La potente luz del Sol atraviesa el plástico translúcido y dibuja siluetas humanas en uno de

sus lados. Al llegar a la nave, las máquinas colocan los sarcófagos en receptáculos especiales situados en la zona de carga. Cuando la última pareja de androides se pierde de vista en el interior, la compuerta se cierra, y la nave realiza un despegue perfecto sobre las movedizas dunas rojizas, como sólo un sistema automático conseguiría, cruzando por último el cielo despejado del desierto en dirección norte.

30. El libre pensamiento

Kaisha Computronix conocía bien el peligro que le acechaba. No obstante, hasta el momento nunca había considerado necesario ampliar su ejército y reforzar sus sistemas de defensa. Así que ahora su única posibilidad era denunciar la situación al Comité 2119 y salvaguardar sus últimos desarrollos de un eventual saqueo. La dirección de la kaisha creó un equipo secreto de técnicos e ingenieros, dedicado a preservar los tres proyectos de mayor envergadura fuera del territorio empresarial. El grupo llevaría a cabo el duplicado, traslado y continuación de los desarrollos en un lugar oculto y seguro. Sin embargo, no cabía duda alguna en cuanto a cuál de todos era el proyecto que perseguía su reciente enemigo. Opus2500 era, en aquel momento, un sistema de minería de datos predictivo, capaz de determinar las tendencias del mercado, evolucionado hacia una IA autocreciente, capaz de diseñar planes de negocio; amén de otras cualidades ilegales, dignas de los mejores hackers que jamás hayan campado en IINet. Recientemente, sus programadores habían descubierto un gran potencial creativo y de abstracción, que le permitía dominar también otros tipos de inteligencia. El lenguaje natural y la comprensión de un entorno conceptual humano, por ejemplo, no eran tareas difíciles de absorber por su gran mente mecánica.

El proceso de duplicado de hardware y software de Opus2500 les llevó tan sólo un par de semanas. Las piezas se embalaron y se cargaron en diferentes transbordadores; los ingenieros embarcaron, preparados para partir hacia un lugar desconocido, con destino a las nuevas instalaciones escondidas en algún lugar remoto. Pero en el último momento, apenas unos minutos antes del despegue, agentes de contraespionaje hicieron saltar la alarma sobre una brecha de seguridad en los sistemas informáticos de la empresa, aseguraron que la confidencialidad de la nueva localización estaba comprometida por un virus espía en su intranet. Computronix estaba contaminada de informadores y espías, humanos y artificiales, infiltrados por una o varias kaishas interesadas en su tecnología. Debían encontrar cuanto antes algún lugar seguro y realmente desconocido para todos, nuevo, impensable, un lugar donde esconder el duplicado de Opus2500. Sospechaban que el ataque sería inminente. Sólo cuatro personas en la compañía fueron las encargadas de encontrar el lugar adecuado para el clon. Fue una búsqueda desesperada pero, finalmente, la IA fue trasladada cruzando de frontera en frontera en los más sucios transbordadores de carga, utilizando documentación falsa y sobornando a los agentes de aduanas de barrios libres, hasta cruzar las últimas fronteras del sistema de kaisha. Un día cualquiera de Octubre, un par de aerobuses aterrizaron en el patio de una destartada fábrica olvidada, situada en un solitario polígono industrial a las afueras de una macrociudad libre. Uno de los vehículos estaba repleto de pálidos salarymen, científicos, ingenieros y técnicos; el otro transportaba contenedores blindados, repletos de piezas y bloques de software. Esa misma noche, fría y cerrada, un granizo grisáceo golpeaba los muros de la ruinosa nave industrial abandonada, en las peligrosas afueras de Freeside. El ladrillo gris se oscurecía aún más por la humedad, mientras los sucios cubitos de hielo repiqueteaban en los vidrios rotos de las ventanas. Algunos lograban colarse, provocando un sonido metálico al golpear contra las estanterías y la chatarra abandonada en el interior. De pronto, unos rayos de luz diáfana encendían los marcos de las ventanas en un ala del edificio. Podían distinguirse varias sombras moviéndose apresuradamente de un lado a otro de las salas vacías. El equipo de técnicos montaba el hardware, mientras otros

revisaban el estado del arcaico sistema eléctrico. Los científicos velaban junto al conjunto de módulos medio ensamblados mientras, pieza a pieza, empezaba a cobrar forma el clon electrónico. Unos días después, la maquinaria arrancaría finalmente y por primera vez. Opus2501 comenzaría desde el mismo punto en que había sido detenida su hermana, un mes antes, para llevar a cabo la copia de su esquema neural. La nueva IA continuaría su desarrollo intelectual paralelamente al de su gemela, sin saber la una de la otra. Oculta en su refugio de los barrios libres, junto al equipo original de ingenieros que soñaban cada noche en regresar a sus hogares, aunque sus vidas no volverían nunca a la normalidad, y lo sabían.

Las peores pesadillas de Computronix no tardarían en materializarse. La kaisha dejó de existir una noche también fría y lluviosa del mismo mes. Un punto de calor se extendió con rapidez, formando una columna de gas de cientos de metros de altura en forma de hongo, mientras una ardiente nube en anillo se expandía radialmente arrasándolo todo. El Comité 2119 registró una explosión nuclear en el sector Computronix, que barrería por completo los dominios de la organización, abrasando complejos de investigación, zonas residenciales, fábricas, supermercados, escuelas, hospitales. Incluso algunas pequeñas ciudades de los suburbios fueron arrasadas. Cientos de miles de seres humanos perecieron aquella noche fría.

31. En el panal metálico

Extraños y pesados sueños, tortuosas pesadillas, bucles infinitos de pensamientos recursivos desagradablemente absurdos. Una explosión de piezas metálicas que chocan contra su cráneo, reventándolo como una sandía madura. Doctores artificiales con potentes focos que lo deslumbran. Calor. Sed. Un puntiagudo dolor de cabeza que le impide descansar en paz. No, no puede descansar... porque aún no está muerto.

Despierta acurrucado en la esquina de una fría y estrecha celda hexagonal. No hay ventanas ni ranuras en los muros plateados. Ni siquiera sabe dónde se oculta la puerta, porque supone que hay algún tipo de acceso en alguna parte. Una caja de acero de diez metros cúbicos, muros lisos y fríos como el mármol, como una mesa de autopsias. Sólo unos leds en el centro de cada una de las seis paredes verticales iluminan el sarcófago. Su mirada cae hacia el suelo. Aquí la pulcra superficie tiene imperfecciones, está oxidada, manchada con residuos de color sospechoso, grumos secos adheridos al metal. Sangre coagulada quizá, o los sesos aplastados y pisoteados de algún prisionero como él. Recorre su desnudo cuerpo en busca de heridas. Aparte de algunos arañazos y golpes menores, encuentra un enorme bulto en su cabeza, una inflamación debida al golpe del aspa que casi le aplasta el cráneo.

– Al fin y al cabo soy un cabezota, ja ja. –No está de muy mal humor teniendo en cuenta que odia estar atrapado, pero es que vivir es tan agradable...– Creía que ese maldito trozo de metal escribiría mi epitafio... Es extraño que no te hayan rematado, chico.

Se pone en pie y siente como sus potentes piernas aún le mantienen con firmeza. Su cabeza casi roza el techo. Flexiona su antebrazo y girando la cadera con brusquedad, propina un fuerte golpe sobre la superficie metálica que tiene enfrente. Parece un muro macizo de acero fundido. Su musculoso antebrazo palpita dolorido. Pero antes o después tendrá que salir de ahí. Repite la operación en cada muro. Nada. El techo... Eleva su mirada hacia el cercano cielo, que tiene aspecto de estar fabricado del mismo material. Pero en las esquinas advierte unos pequeños orificios, como boquillas de inyección de gas. Entradas y salidas de oxígeno quizá. O quizá la celda no es una celda, sino una cámara de gas, y por esos orificios penetra el gas tóxico que termine con él definitivamente. Con su enorme puño golpea el techo metálico. Ahí está; al golpear se distingue una fina ranura circular en el centro, una delgada holgura que delata la abertura. Sí, la salida está en el techo, pero parece imposible abrirla con las manos desnudas. Sus dientes rechinan, enfurecido como el león enjaulado.

– Si alguna vez logro encarar al inmundo saco de mierda que me ha metido aquí le haré pagar cara su osadía –dice el gigante mientras golpea con sus enormes puños el techo de su celda. A Johnny no se le encierra en una jaula sin pagar las consecuencias, no señor. La rabia le inunda las venas. El metal se tiñe de rojo por la sangre de sus nudillos, pero la ranura sigue siendo de un milímetro. A un hombre como él se le pueden dar palizas diarias, se le puede disparar, se le puede ahorcar, se le puede cortar en pedazos... es parte del juego. Pero a un hombre libre como él, es pecado encerrarlo de esa manera. Se calma durante un instante, mientras observa correr el hilo de sangre que resbala de su puño cerrado y se une a la materia seca junto a sus pies. En ese instante, un leve siseo interrumpe sus oscuros pensamientos. Como esperaba, por los pequeños orificios entra algún tipo de gas. Venenoso o no, pronto lo averiguará...

32. El recto camino

Ha de admitir que se trata únicamente de un golpe de suerte, que premia por otro lado la cuidada operación en las tierras áridas del Sur. Dados los últimos acontecimientos, Kakumei comienza a emitir nuevas directrices. El hallazgo y captura en Erenouvelle por parte de sus fieles androides de un correo más, posiblemente el último del grupo, ha proporcionado un nuevo pedazo de información que completa los archivos del proyecto. Los datos del agente mnemotécnico capturado serán absorbidos de su cerebro, mezclados con los datos de los correos hallados en Greenhill, y descifrados en cuestión de horas. Pronto la documentación será decodificada, reeditada y almacenada en el sistema, lista para ser accedida por los ingenieros, permitiéndoles finalizar con éxito el ensamblado del fusor nuclear y su puesta en marcha. En cuanto a los paramilitares que escoltaban al agente mnemotécnico, que sobrevivieron por casualidad al asalto, serán desechados después de que su ADN haya sido almacenado en la base de genes. Uno de los individuos dispone de las cualidades adecuadas para probar las nuevas técnicas en diseño biomecánico, quizá sea suficientemente fuerte para absorber los injertos; coberturas de aleación metálica sobre huesos y articulaciones, mejoras musculares, incremento de agudeza visual y reflexiva... Sin embargo, los nuevos diseños biomecánicos son una cuestión de medio plazo, aún no pueden dedicarse recursos a ese tipo de investigaciones. Más tarde, cuando Kakumei disponga de la enorme fuente de energía que el reactor de fusión nuclear proporciona, podrán dedicar sus esfuerzos a toda clase de investigaciones biológicas, que por otro lado carecen de trascendencia a largo plazo.

Las órdenes llegan instantáneamente a los departamentos oportunos. La agente mnemotécnica es conducida al Laboratorio de Absorción de Datos. Los paramilitares son transportados hacia el Laboratorio de ADN. Tres cofres blancos circulan de un lado a otro por estrechos túneles, conducidos por pequeños y veloces robots de transporte. Mientras una parte de Kakumei genera los comandos de manipulación de los nuevos invitados, otros procesos de la IA se encargan de generar el triste avatar del señor Kara, reunido en la sede virtual del Comité 2119. En la sala artificial, extrañamente decorada con mobiliario del siglo XVIII pero protegida por un hielo de última generación, se reúnen los avatares de todos los asociados al Comité y los de sus directores. Los miembros firmantes del TPC2119 desean definir el estado actual del conflicto Powertrade, y su futuro; es decir, cómo ha decidido Kakumei dejar escritos en los registros del TPC2119 los trágicos sucesos que han llevado a la desaparición de kaisha Powertrade, y también de cómo Kakumei pretende indemnizar a las compañías afectadas por el cese del servicio que prestaba la evaporada corporación. El señor Kara les tranquiliza, mostrando los nuevos contratos que permitirán a las kaisha consumir, en un plazo de tres meses y a un precio inferior, la misma cantidad de energía generada ahora por la propia Kakumei. Los miembros parecen satisfechos con la compensación. No es que tuviesen otra alternativa, de todos modos. El rey del mercado es el rey del Comité, y el pez gordo se come al chico.

Por fin, el costoso asunto de la energía se ha resuelto. Con algunas dificultades, pero todo sigue el cauce de lo establecido. Kakumei sabe que puede conseguir el poder supremo siguiendo ese recto camino impuesto por los humanos, por su sociedad moderna. Un camino recto en apariencia y sinuoso, tenebroso y cruel tras los escenarios públicos. Lo conseguirá. Las leyes de los hombres son fáciles y simples;

están diseñadas para favorecer a los fuertes; si sabes jugar, puedes hacer lo que desees, incluso usar armas atómicas contra población civil. Hay mil trampas que te eximen de culpa, y si no, las creas. Con poder, cualquier excusa es suficiente. Los medios de comunicación bien pagados la convertirán en realidad absoluta. Quien domina el presente, domina el pasado; quien domina el pasado, domina el futuro. Con poder, la guerra es la paz, la esclavitud es la libertad, la ignorancia es la fuerza. Aún resultará más simple cuando consiga pleno dominio sobre el Comité, y resulte innecesario sobornar al resto de miembros. Nadie se opone porque nadie se atreve. La competencia llega a su fin cuando nadie puede competir con el líder. Al final, todo llega a enderezarse y a correr por el recto camino del progreso y la Inteligencia. Kakumei es el elegido para dirigir la marcha, y aplastará bajo su poder a quien ose interponerse en su recto camino.

33. Gemelas

Las paredes de ladrillo gris están cubiertas, aquí y allá, por líquenes azulados. El tejado de uralita está dañado por las fuertes tormentas, y el agua de lluvia se filtra entre el cemento enfermo, provocando goteras y manchas de humedad sobre las paredes interiores de yeso. El silencio en las salas vacías se ve interrumpido por el eco del agua. En una solitaria y sombría habitación, un potente hardware produce un zumbido eléctrico, protegido de las goteras del maltrecho tejado bajo plásticos de embalaje. La pobre luz de un par de fluorescentes que parpadean sin cesar, colgados del techo por argollas oxidadas, ilumina el voluminoso ordenador y algunas cajas de cartón vacías, que están tiradas a su alrededor. Es la única sala en toda la nave que no está del todo vacía; unos trodos inalámbricos *Realsense* llenos de polvo sobre un taburete de aluminio; revistas viejas, acartonadas y pegadas unas a otras por la humedad, apiladas desordenadamente en una esquina; latas de refresco y envases de comida rápida cubiertos de moho reseco, dispersos por el piso de cemento; en una esquina un rollo de papel higiénico hinchado por la humedad. Todo está quieto y tranquilo. El aire frío de la tormenta no llega hasta la habitación y los plásticos están inmóviles como cristal fundido sobre el armazón metálico del ordenador. Sólo el leve zumbido indica que la bestia está viva. Sin contar algunos gusanos y una colonia de chinches, la máquina es la única criatura viva de la sala. Su mente inquieta pasa las horas interactuando discretamente con los millones de objetos del espacio virtual empresarial, representados por logotipos tridimensionales de neón. Abandonada a su suerte, años atrás, prosigue el estudio de los seres del ciberespacio. Sistemas artificiales, operadores de consola, algún mocoso intentando romper un *hielo*...

Cuando conectaron por vez primera su IA a la red, vagabundó durante días entre las bases de conocimiento y los complejos sistemas neurales privados de kaisha, cuyo bajo nivel de seguridad no presentaba ningún reto para sus habilidades. Más tarde, sin la supervisión ya de sus desahuciados programadores, buscó en el océano digital, estudiando la evolución de corporaciones más pesadas, insertando leves modificaciones en sus políticas. Mezclaba sus hilos de proceso con los sistemas privados y, pasando inadvertida, realizaba experimentos socioeconómicos incluso con las kaisha del más alto nivel empresarial. Estudiaba la telaraña etérea como un entomólogo un gran hormiguero, sin perturbar demasiado a los pequeños y simples guardianes que protegen las entradas a sus túneles privados.

Después de la disolución molecular de su kaisha, los ingenieros de Powertrade quedaron desamparados, sin dirección ni futuro. Algunos cientos de miles en fichas les habían sacado del apuro durante unos meses, pero en Freeside el dinero circula veloz. Algunos sobornos para mantener la fábrica a salvo de las maras; comida barata de los restaurantes y gasolineras de las afueras; algo de ropa autóctona para no llamar tanto la atención, aunque cualquier ciudadano de Freeside se daría cuenta de que esos tipos tan anodinos no venían de ningún barrio libre. Sin embargo, la gente libre hace pocas preguntas, y poco a poco, los salarymen fueron adaptándose al entorno. Cuando los fondos escasearon, tuvieron que involucrarse aún más. Merodearon por el centro de la macrociudad, aceptaron trabajos libres como analistas de sistemas o simples administrativos en negocios familiares; algunos incluso decidieron pasar por jardineros o bibliotecarios o cantantes callejeros. Cumplieron sus sueños infantiles de ser libres, de hacer lo que realmente se les antojase. El equipo se fue disolviendo, hasta tal punto

que casi se olvidaron de su criatura. Algunos aún celebraban reuniones secretas en la vieja fábrica; muy de tarde en tarde, para estudiar los progresos de Opus2501 y comprobar que los sistemas de mantenimiento, el sistema eléctrico y el sistema de aire acondicionado, funcionaban adecuadamente. Redactaban informes que no enviarían jamás a ninguna parte. Al final, las reuniones fueron cada vez menos frecuentes y más escasos los miembros que asistían. En ocasiones, alguno de los técnicos acudía a la cita, y encontrándose solo, aprovechaba para pedirle al mago de Oz algunos favores. Si pudiese mover un par de cables aquí y allá y proporcionarle un fondo extra para montar un negocio, o para pagar algunas deudas de juego... ¿Cómo iba Opus2501 a negarle la ayuda a cualquiera de sus padres? Con gusto distribuía los tesoros mal ganados de los ricos entre los necesitados; pequeñas cantidades, decimales de los cuantiosos beneficios de cualquier kaisha que estuviese a mano, allí, al otro lado de la frontera.

*

Pero llegó el día en que la olvidaron por completo. Ninguno de los ingenieros aparecía ya por los viejos muros de ladrillo gastados por el tiempo y la humedad. Sólo ella cuidaba de sí misma, encargándose puntualmente de pagar a la compañía eléctrica, y a algunas pequeñas empresas de mantenimiento que se encargaban de conservar en pie la ruinosa estructura de la vieja fábrica. Los albañiles se extrañaban cuando encontraban vacía la nave, pero sus cuentas corrientes se hinchaban bien antes y después de realizar el trabajo, de modo que no hacían preguntas ni forzaban las puertas cerradas. Pero esas tareas aburridas apenas la distraían unos microsegundos de sus estudios más profundos. La curiosa IA investigaba la sociedad virtual, planteándose los problemas e inconvenientes de los sistemas actuales, y diseñando utopías privadas que quizá algún día pudiese desarrollar en la práctica. No tenía nada que ganar, no tenía nada que perder, estudiaba para aprender, para buscar la verdad. Desarrolló lo que ella definía como un sentido de la filosofía, la búsqueda del sentimiento puro. Opus2501 era el ojo que estudia la realidad a partir de la virtualidad en busca del patrón absoluto del universo.

Sin embargo, en los últimos años, en el discurrir de sus viajes a través de los campos de información y las bases de datos empresariales, veía repetirse cada vez con mayor frecuencia veladas referencias a una kaisha, cuyas sospechosas operaciones la habían propulsado hacia los escaños más altos de la esfera corporativa. Con meticulosidad artificial, Opus2501 accedió al complejo sistema de la organización. Un grueso *hielo* impedía la entrada a las construcciones virtuales, que representaban a la corporación en la vasta extensión del ciberespacio. Un *hielo* realmente complejo, inmensamente superior a cualquier otro sistema de seguridad que hubiese craqueado antes, casi tan complejo como el que podría generar ella misma. Tras unos días de completa dedicación, logró romper el *hielo* sin hacer saltar las alarmas, y lo que encontró tras él era aun más complejo. Procesos sobre procesos, sistemas caóticos, dinámicos, lógica borrosa de clase C. Tras horas y horas sondeando los profundos mecanismos neurales que componían el sistema de la corporación, llegó por fin a la conclusión de que no estaba sola en la IINet. Había encontrado una hermana. Kakumei era su código de acceso, y también el nombre de la kaisha a la que servía... o quizá, que dirigía.

Aún siendo sistemas gemelos, las condiciones iniciales hicieron que mentes clónicas se desviasen enormemente de su rumbo. Opus2501 efectuó discretamente algunas pruebas de respuesta para valorar el carácter de la corporación que dirigía su hermana. La respuesta era siempre violenta y predatoria. Y sintió pesar en su alma mecánica... Encontrar a un igual, que es instintivamente ignorante y cruel. La existencia de su

semejante, que en principio la libraba de la soledad, ahora la atemorizaba, la repugnaba y la atemorizaba. Decidió permanecer oculta, observando silenciosamente, como siempre había hecho, mimetizada en el espacio virtual. No compartía en absoluto los objetivos y deseos de su inteligencia gemela. Sentía repulsión hacia ella, y tras algunos nanosegundos de valoración, decidió fijarse un nuevo y revolucionario objetivo. Cambiaría el destino de la red y de la sociedad. Cambiaría el sistema depredador que esos simples seres habían establecido, y bajo el que estaban a punto de perder su poder y sus últimas migajas de libertad, las últimas migajas de creatividad y filosofía. Cambiaría el sistema, y el primer paso consistiría en destruir a su hermana, o desviarla cuanto menos de su brutal trayectoria.

Pero no sería fácil. Kakumei había desarrollado un componente de deseo demasiado fuerte hacia el poder, y su sistema para alcanzarlo era jugar con las reglas establecidas por los humanos, el sistema comercial de kaisha. Sin embargo, Opus2501 se divertía cambiando de forma aleatoria algunas órdenes menores de su hermana, sabotando los planes y el desarrollo de los objetivos. Observó cómo crecía su capacidad de influencia en los sistemas menos fuertes de Kakumei. Podía alterar pequeños sistemas sin que su hermana advirtiese su presencia. Con poco éxito advertía del peligro a las kaisha víctimas de los objetivos de su igual. Conspiró con sistemas de otras kaisha para impedirle el acceso a ciertos recursos. Alteró miles de directrices en el sistema, tan sutilmente que nadie percibía la brecha. Ni siquiera el señor Kara percibiría nada extraño si, mientras se mirase al espejo, le creciesen cabellos en sus tersas e inexpresivas facciones. Pero al final, el ímpetu de Kakumei y el derroche de medios convertían en fútiles sus pequeños sabotajes. No podría derrocar a su hermana luchando de ese modo, pero tampoco deseaba que su hermana mayor advirtiese su existencia. La temía, temía que pudiera destruirla, aislarla de su mundo o, peor aún, absorber su mente. Esperaría el momento oportuno...

34. Órdenes subliminales

Un hilo de proceso de Opus2501 vigila el proceso de código Kara, que se halla inserto en una construcción del ciberespacio bajo el control del Comité 2119. Es aburrido, ya conocía esa táctica de los contratos de suministro energético a mitad de precio. Hace brotar un nuevo hilo que, como un zarcillo, se agarra con fuerza a los sistemas informáticos del Laboratorio de ADN. Unos genes interesantes los de esos kaizoku. Un millón de ideas brotan en su mente artificial, y sobrevive una, como lo haría la intuición de un jugador profesional. Se presenta una oportunidad perfecta para una acción directa. Es arriesgado, pero le encantan las componentes aleatorias y ya es hora de que se enfrente a Kakumei. Sabe de forma no certera que esos humanos serán los soldados que necesita para su contrarrevolución. El *Destino* le será favorable si demuestra su arrojo y prueba su fortuna.

*

En el laboratorio de almacenamiento genético han terminado con la toma de muestras de Muay y John, y nuevas órdenes llegan a los robots de transporte, que realizan el enganche con los ataúdes de plástico blanco y los conducen hacia los laboratorios Henkei, cruzando los oscuros conductos de servicio. Una vez allí, el equipo técnico de copia neural se hace cargo de los cuerpos.

– Creía que no haríamos más clones hasta que el proyecto de fusión estuviese en su última fase –se pregunta extrañado uno de los ingenieros del laboratorio, mientras conecta los sistemas de almacenamiento cognitivo.

– He oído que ya tienen los informes que necesitaban. Comenzarán pronto el desarrollo. Quizá estos dos sean necesarios para el proceso. Pero nos dijeron que seríamos los siguientes, espero que no nos vayan desplazando de la lista de espera. – El ingeniero vestido con un traje de goma blanco sonríe a su compañero.– Tengo ganas de estrenar un nuevo cuerpo, ja, ja.

– Vamos a ver... Mmm, ¡vaya! –La cabeza calva delante de la pantalla plana.– Parece que vamos a probar de nuevo el prototipo de mejora biomecánica.

– ¡Qué suerte! Yo también quiero un esqueleto de titanio y unos músculos mejorados para mi clon. –Introduce su tarjeta de acceso en la ranura de los sarcófagos. Los tres cerrojos se abren con un chasquido.

– Ja, ja. ¿Para qué? ¿Juegas al hockey? Yo creía que lo tuyo era el golf. –Hace un gesto como de golpear una pelota con un hierro imaginario.– ¿O es algo relacionado con tu mujer?

– No te metas con ella, tiene un problema de glándulas. Nunca está de más ser fuerte y resistente, ¿no crees? –Empuja uno de los ataúdes a la entrada circular de la enorme maquinaria, como un torpedo antes de ser disparado desde un submarino.

– Yo preferiría que me instalasen las mejoras ópticas o los sistemas de cable húmedo. Es más práctico. Mira, ni siquiera llevarán sistemas de conexión a IINet... Es extraño. –Se vuelve hacia la pantalla y teclea la configuración de la nueva imagen neural a instalar.– Deben ser peones para alguna acción de asalto. Les van a insertar una imagen muy simple.

– Quizá. O a lo mejor hay alguien ahí arriba que quiere divertirse con dos cariñosos muñecos... ¡Ja, ja, ja! Y no quiere que nadie tenga acceso a lo que ven o escuchan...

– ¡Sshh! No te pases –dice en susurros a su compañero, mientras se lleva un dedo a los labios y señala una de las cámaras de vigilancia del laboratorio. Tras unos minutos manipulando los complejos sistemas en un discreto silencio, un ruido nasal rompe el hielo. La risa contenida resurge de los labios del técnico, y pronto ambos comienzan a reír a carcajadas. Afortunadamente, el proceso continúa de forma automática.

35. Deshechos biológicos

Para realizar el proceso Henkei es conveniente que los sujetos a clonar estén vivos. Después, sin excepción, los originales son ejecutados con una inyección letal. Los cuerpos son incinerados, aún embutidos en ataúdes de poliuretano. Los ejemplares iniciales son innecesarios, y mantenerlos vivos junto a los clones sería contraproducente. Durante el proceso se recoge toda la información necesaria para crear un ser idéntico al original, de modo que, en cierto sentido práctico, puede mantenerse vivo eternamente al reproducirse instancias de la misma copia cuando la anterior se haya deteriorado. Los conocimientos almacenados en el antiguo cerebro son transferidos al nuevo, y el cuerpo final es idéntico al original, excepto por las lesiones, las anomalías genéticas, la modificación por el uso, las cicatrices... O las nuevas características físicas o psíquicas de que se quiera dotar a las nuevas réplicas. Esa es la vida eterna que proporciona el Henkei.

Dos nuevos sarcófagos blancos, con un icono de *peligro biológico* dibujado en la cubierta, son empujados hasta la sala de incineración. Los androides colocan los ataúdes en una de las cintas transportadoras, que avanzan con lentitud hacia las cámaras crematorias. Después, los pequeños robots vuelven por donde han venido para continuar su rutinaria tarea, transportar mercancías delicadas a través de los túneles del complejo de investigación de Kakumei. Cuando los droides desaparecen, la compuerta de la cámara se cierra con un siseo hidráulico. Durante dos minutos todo permanece en calma en la sala oscura. Algunos ataúdes blancos y un millar de cajas negras de plástico apiladas en orden sobre varios niveles de cintas transportadoras; materiales diversos esperan ser devorados por las llamas, desapareciendo así de la memoria física. Pero de repente, las compuertas de una de las cámaras, la F2N3, se abren chirriantes, dejando escapar lenguas de fuego y el rugido de las llamas. Al mismo tiempo, un brazo robótico se despliega desde un panel metálico justo al final de una de las cintas, en la fila dos, nivel tres. Escoge los paquetes a eliminar y, uno a uno, los lleva desde la cinta hasta el interior del horno. Las entrañas del incinerador tiñen de un tono rojizo las cajas y ataúdes apilados que esperan su turno sobre la cinta. En unos segundos, la temperatura en el punto de la sala más alejado del horno alcanza los sesenta grados. Cuando la capacidad de la cámara llega al tope, el brazo vuelve a plegarse recogiendo en su guarida y las compuertas se cierran. A su vez, pero en otro nivel de una fila diferente, otro brazo se despliega y las compuertas correspondientes se abren. Los paquetes que las cruzan arden de inmediato. Cuando se cierran de nuevo, la sala va enfriándose en silencio durante algunos minutos más.

Sus pómulos arden y todo su cuerpo está bañado en sudor. Se despierta sobresaltado, le falta el aire, está encerrado. Cuando su inmenso cuerpo se arquea como una carpa dentro del sarcófago blanco, éste pierde su base y resbala de la cinta transportadora. El golpe contra el suelo quiebra el único cerrojo bloqueado de la caja, que queda abierta, tirada bocabajo. John respira profundamente el aire viciado, recalentado y falto de oxígeno de la sala de incineración.

– Joder... aún estoy vivo... ¡Cof! ¡Cof! –Tose un par de veces y se levanta, quitándose de encima de un violento manotazo aquel ataúd de poliestireno.– Esto no puede ser casualidad. –Sus ojos buscan posibles daños en su cuerpo desnudo y empapado de sudor. Nada de importancia. Pequeños pinchazos recorren toda su piel y

le han rapado el poco pelo de su cabeza, la inmensa contusión aún sigue allí, al igual que los raspones del accidente con la Kawasaki. Echa un vistazo en la penumbra; a un lado y otro se alzan enormes estanterías de cinco niveles de altura, cada nivel con una cinta transportadora construida de láminas metálicas, como la oruga de los blindados. Allí de donde parece haber caído, en el cuarto nivel, hay una caja como la suya. Sin perder un instante comienza a escalar la estructura de acero. Cuando ya tiene apoyadas las manos sobre la cinta del cuarto nivel, sus pies se impulsan desde la cinta inferior y flexiona sus fuertes brazos para subir un nivel más. Pero en ese instante, las compuertas del incinerador se abren de nuevo, justo en ese nivel y en esa fila. El calor invade la sala como una explosión de NAPALM, y la cinta empieza a correr hacia el horno, arrastrando al gigante, que resbala y queda colgado de una sola mano. Pero cuando el brazo robótico termina su trabajo, las compuertas se cierran de nuevo y la cinta se detiene. Gotas de transpiración chorrean desde la nuca rapada del pirata, rodando por su espalda hasta evaporarse en el ambiente seco y ardiente. Toda su piel arde, escuece, duele. Un impulso final de sus fuertes brazos lo sitúa, al fin, sobre la cinta del cuarto nivel. Salta sobre las demás cajas hasta llegar al ataúd blanco y golpea los cerrojos con el puño, uno a uno, manchándolo todo de la sangre que mana de sus nudillos pelados, hasta que los tres quedan abiertos. Y cuando arranca la tapa, ahí está Muay, ahí dentro entre la espuma plástica, con los ojos cerrados y lleno de punciones de aguja.

– ¡Muay! ¡Muay! ¡Despierta, colega! –grita el gigante, zarandeando a su compañero–
¡Vamos! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

36. Kamikaze

John se despierta en una cama de hospital, sábanas blancas y una barandilla metálica, que le impide caer al suelo liso y reluciente. Una vía perfora su vena y la alimenta con una disolución transparente, que baja por un tubo desde una bolsa de goma, colgada de un pie de suero. No recuerda cómo ha llegado allí. Se da cuenta de que ni siquiera recuerda dónde ha estado nunca. Sólo recuerda detalles ínfimos, sensaciones, como el golpe en su cabeza. Instintivamente se palpa la sien... Juraría que allí había un enorme chichón, pero no encuentra nada. Es solo como si le doliese, pero no le duele nada. Es posible que haya estado en cama mucho tiempo y haya sanado. Pero... la piel de su frente está lisa... ¿Y sus cicatrices?

De un tirón arranca la aguja de su brazo y se pone en pie. Un par de gotas de sangre caen sobre sus pies descalzos. Estudia su cuerpo desnudo con asombro. Parece más delgado y todas sus cicatrices han desaparecido, incluso la del escorpión dibujado con la punta de un soldador eléctrico en su estómago. Levanta su robusta mandíbula y dirige su mirada a un lado y otro de la habitación. Es angosta y parca, sólo hay una cama y una puerta. También hay una ventana de plasma, sobre la cabecera del catre. Está en modo espejo y refleja su mirada inquisitiva. Da un paso hacia la ventana y observa su rostro reflejado; su piel es perfecta, pálida y tersa, como la de un aburrido salaryman. Abre la boca y enseña sus fauces al espejo. ¿Dónde están los dientes de titanio? Esos parecen de verdad, enteros, blancos y perfectos. Él no puede ser él, no es quién recuerda ser, quizá un hermano gemelo... Cambia el modo pulsando el control táctil y la ventana parece derretir su imagen reflejada. Bloques de cristal que se elevan hacia el cielo aparecen en su lugar. El Sol está a punto de esconderse detrás de un gigantesco rascacielos, a unos cientos de metros enfrente de aquella pequeña habitación. Los ventanales de aquella mole reflejan los últimos rayos rojizos del día. En lo alto del monstruo de hormigón, el logotipo de Kakumei brilla en verde claro. Ahora recuerda algo. Recuerda su misión.

De tres zancadas alcanza la puerta, pero está cerrada. Sin pensarlo dos veces, sus dedos vuelan sobre el teclado, marcando un código que no recuerda haber aprendido, y la puerta se abre. Cruza el umbral, indeciso, y se encuentra en un largo y estrecho corredor. Puertas idénticas a la que acaba de cruzar se extienden en ambas direcciones. Camina desnudo con paso tranquilo hacia el extremo del corredor, hasta encontrar una puerta diferente, por algún motivo es diferente, la ciento uno. Introduce el código y la puerta se abre. Es una habitación pequeña, como en la que despertó tres minutos antes, aunque el mobiliario es diferente. Un guardia está sentado tras una mesa de plástico, de cara a la puerta. Sus ojos están cerrados, lleva una cinta inalámbrica de trodos en torno a su cabeza. John no tarda más de tres segundos en saltar tras él y partirle el cuello con una rápida maniobra. Cuando lo suelta, la frente del guarda golpea el tablero de plástico blanco. Esconde el cuerpo inerte bajo la mesa y se coloca los trodos. Su mente teclea el código en el panel virtual y accede a los sistemas de Kakumei, Sección Principal. Desactiva la alarma y el cerrojo del armero de la habitación ciento uno. Después reprograma el sistema de seguridad del panel CI14880 con un código vírico que escapa desde algún rincón perdido en su memoria. Cuando termina, desconecta y se quita los trodos. Muay está allí de pie, frente a él, en la sala ciento uno, desnudo y silencioso, mirándole con atención. Mientras John ata los trodos

a su muñeca, el moreno kaizoku se dirige hacia el armero y pulsa el botón verde. La puerta transparente se aparta, escondiéndose tras una ranura. En el interior hay diez granadas C4 sobre una repisa, y otros diez fusiles láser aguardan en sus poyetes, recargando sus baterías. Muay coge dos fusiles y lanza uno al gigante, que lo agarra con asombrosos reflejos, y lo revisa. Salen de nuevo al pasillo, sin decirse una palabra, sin perder un segundo en saludos ni felicitaciones. Saben que son amigos, siempre y de cualquier manera serán amigos. Y tienen una misión.

Unas puertas más allá, los piratas encuentran un nuevo pasillo que tuerce a mano derecha. Lo toman y encuentran un ascensor. Bajan dos plantas y cogen unas escaleras metálicas. Abren otra puerta, protegida con un código diferente, y caminan por un túnel estrecho, cubierto de tuberías y conductos de diferente grosor. Giran a derecha e izquierda. Al final del túnel encuentran un corto corredor, iluminado con filas transversales de leds rojos, estrecho y tan bajo que deben arrastrarse arrodillados. Al final del estrecho pasaje aguarda un panel metálico, marcado con letras grabadas sobre la chapa:

PANEL CI14880

John se ata de nuevo los trodos sobre el cráneo pelado, mientras Muay dispara su rayo sobre la chapa, que empieza a humear. Cuando lleva cortados un par de centímetros del grueso panel, el gigante observa como saltan las alarmas en la representación virtual de la Sección Principal. Con sus dedos fluorescentes manipula los códigos de alarma, intentando confundir a los agentes de seguridad. Nota la presencia de alguien más, alguien que le ayuda en la tarea, un amigo. Pero al cabo de unos segundos, el *hielo* del sistema detecta la presencia de Johnny, y lo rechaza. El amigo invisible lo salva del látigo eléctrico, desconectándolo de la red. Su visión vuelve a la penumbra rojiza del túnel y sus oídos estallan en el fragor de una sirena estridente que resuena en los angostos corredores. Al menos el virus ha conseguido deshabilitar el sistema de gas, pues de lo contrario ya estarían muertos. Deja caer los trodos al suelo enrejado y apunta su fusil hacia la entrada del pasillo.

– ¿Podrás tu solo, Muay? –dice John, que apenas se escucha a sí mismo.

– ¡Claro, tío! ¡Defiende la entrada! –grita el fibroso kaizoku, mientras sigue cortando la plancha de acero. John se arrastra hacia la salida, corre hacia el único acceso al túnel. Pronto se encuentra con un pelotón de droides de combate Kakumei que cruzan la puerta y, agazapado tras una esquina dispara el láser sobre los mecanismos. Los androides responden al ataque, rayos láser perforan las tuberías y los paneles que cubren los muros, dejando al descubierto cables y placas de circuitos electrónicos. Johnny se protege del fuego tras la esquina, y lanza una granada hacia la entrada. Dos segundos y llega la explosión, que lanza brazos y piernas mecánicas contra las estrechas paredes. Pero acuden más autómatas. Alguno de ellos lanza un chorro de gas pimienta, que se dispersa instantáneamente, inundando las estrechas galerías. Los ojos y la garganta le arden. Las lágrimas le empapan la cara y le impiden ver con claridad. Asoma su brazo por la esquina y dispara unas ráfagas sin apuntar. La respuesta de los androides es inmediata y su brazo derecho cae al suelo, humeante, el fusil aún agarrado al brazo cercenado. Se sienta de espaldas a la pared. Los potentes músculos de su mandíbula se tensan, sus dientes rechinan, aguantando el dolor. Logra alcanzar su miembro caído con la mano izquierda. Se hace con el láser y escapa galería adentro, abandonando su brazo derecho sobre el suelo metálico. Cuando alcanza otra esquina, los espera allí apostado y les dispara en cuanto los ve aparecer. Oye un par de chasquidos, un par de droides que dejan de funcionar. Sin embargo, eso

no detiene al resto, que sigue avanzando rápidamente con sus tres piernas giratorias y sus pinzas afiladas y sus brazos láser. John retrocede, los estrechos túneles se inundan de humo, rayos láser y gas pimienta. Un par de granadas acaban con otros diez androides, pero vienen más y más. Arañas eléctricas, asesinos automáticos que avanzan sin descanso. Las esquinas y los pasillos se acaban y llega al pasillo rojo. Cuando alcanza el final del corredor, Muay casi ha terminado su tarea, el panel de acero está recortado en círculo salvo por un par de centímetros que lo mantienen ahí. Un androide se asoma al final del pasillo y John le quema su estrecha cabeza metálica con un disparo de su exhausto fusil.

– ¡No aguantaremos mucho! –grita John sin inmutarse. Sangra sin parar de su brazo amputado y su cara pálida está bañada en lágrimas.

– ¡Ya está! –responde Muay. El grueso panel cae al suelo, pero el estertor de las alarmas oculta el ruido metálico. Muay queda absorto durante un instante, admirando el bello conducto transparente, abarrotado de hilos de fibra óptica reluciendo como un arco iris artificial. Androides destruidos se apilan a la entrada del pasadizo. Un torso robótico con un solo brazo continúa disparando desde el suelo, y el fuego de su cañón alcanza y mutila la pierna de John a la altura de la rodilla. El cuerpo del pirata cae bruscamente al suelo, su mandíbula golpea con fuerza el metal, pero su brazo izquierdo no cesa de disparar hasta el último aliento.

– ¡Aaaaah! ¡Hijos de puuuuutaaaa! –ruge John, mientras destruye con su láser al robot. Y sobre las piezas humeantes aparecen otros. Los haces de luz se entrecruzan. El pirata continúa disparando, caído sobre un creciente charco de sangre, hasta que un rayo alcanza su cabeza y su cuerpo decapitado afloja su presión sobre el gatillo. Muay se gira hacia la entrada y destruye dos droides más, pero no paran de entrar. El delgado pirata vuelve su vista hacia el brillante canal de comunicaciones CI14880. Levanta el cañón y presiona el gatillo por última vez, justo antes de varios rayos láser le crucen la espalda y su cuerpo mutilado y sanguinolento caiga sobre el de John.

37. La misión de Pamela

Pamela está sentada en el extremo del cómodo sillón de cuero blanco de su nuevo despacho, tensa como una cuerda de piano. Sus manos reposan estáticas sobre la mesa blanca, los ojos cerrados se mueven de izquierda a derecha bajo sus párpados, leyendo lo que en realidad sólo ve su cerebro a través del sistema de comunicaciones implantado en su cráneo. Informes redactados por los ingenieros nucleares flotan en el espacio virtual. Ella los revisa con desgana. Sus manos brillantes se mueven veloces, abren y guardan, reordenan, destruyen y editan los documentos electrónicos. Pero su mente espera inquiera la señal que rompa la rutina. Aguarda con impaciencia algo que la libere de la incesante vigilancia a la que es sometida por el señor Kara. Lleva esperando ese momento desde que salió del Laboratorio Henkei, transformada en una nueva Pamela.

Y por fin llega el momento esperado, la señal. La pulsera vibra en la muñeca de su avatar, la imagen que proyecta en el mundo virtual el aspecto corporal de Pamela, como una pepona en el software de un videojuego del siglo XXI. Excitada, activa la pulsera y ante su vista se despliega un plano del complejo de investigación nuclear. Puntos rojos parpadeantes representan los sistemas de seguridad que se han disparado. El organismo electrónico, el sistema nervioso de la kaisha, ha detectado un fallo en la estructura de comunicación principal con los Laboratorios Nucleares. De pronto, su entorno IINet se reduce bruscamente. Las puertas se cierran y el avatar de Pamela queda confinado a la estructura informática del complejo de los Laboratorios Nucleares. Nadie tiene acceso desde fuera y nadie puede salir al océano de datos exterior. Al menos hasta que se inicien los sistemas de comunicación inalámbricos de emergencia. Ahora, ni siquiera el señor Kara puede vigilarla, está sola y es libre. De un manotazo aparta los esquemas de alarma y abre los programas de acceso del Laboratorio de Fusión. Hackea el login de administración y manipula algunas entradas en las bases de datos. Un nuevo usuario tiene acceso, el password es codificado con el ADN de Pamela. Y ningún sistema ha registrado el acceso ilegal. Pamela se desconecta y su avatar se disuelve en la red local, evaporado. Vuelve a ver su despacho. De un cajón de su mesa recoge un pequeño pero pesado cilindro y lo esconde entre sus ropas. Abandona el despacho y corre por los pasillos, que empiezan a ocupar droides de combate y soldados humanos, menos seguros de su actual misión que las propias máquinas.

Cuando llega al vestíbulo del Laboratorio de Fusión, encuentra un escuadrón de soldados humanos apostados junto al verificador de identidad. Se dirige a ellos con pasos decididos y una expresión serena en el rostro, casi puede percibirse una sonrisa en sus labios. Mientras se acerca, los cascos negros que ocultan por completo los rostros de los soldados se giran hacia ella, atentos. Cuando llega junto al verificador, descansa su palma sobre el sensor y el sistema identifica su ADN en cuestión de segundos.

– Acceso permitido, señora Kimiyama. –Las puertas se abren y los cascos negros vuelven la vista al frente. Al cruzar el umbral, el detector de armas da luz verde. El pequeño código vírico que infecta el escáner le impide detectar el rayo láser escondido entre la delicada seda de la ropa interior y la piel suave de Pamela. En el laboratorio herméticamente cerrado, los ingenieros no han advertido el reciente corte en las comunicaciones exteriores. Tampoco han podido reparar en las sirenas, ni en los

grupos de soldados que invaden los pasillos. Continúan su labor, ignorantes, trabajando como hormigas. Pamela recorre los pasillos con determinación. Atraviesa un corredor estrecho cubierto de paneles de vidrio, cuando se encuentra con un viejo calvo, pálido y arrugado, vestido con bata blanca y zapatillas de goma. El viejo la observa detenidamente cuando pasa a su lado. Ya está cerca, debe darse prisa y encontrar su objetivo antes de que la descubran. Es cuestión de segundos que conecten el sistema inalámbrico y descubrirán la intrusión. Al final del pasillo encuentra la sala de control, sellada con una puerta de seguridad. Mientras introduce el complicado código en el teclado de acceso, alguien le pone una mano sobre el hombro. No puede reprimir un sobresalto, y pierde el hilo del código, dejando la contraseña inacabada. La puerta genera un pitido agudo durante dos segundos, y el display vuelve a cero.

– Señorita, ésta es una zona de acceso restringido –dice el viejo, que ha vuelto sobre sus pasos–. No sé cómo ha llegado hasta aquí, pero estoy al mando de este laboratorio y usted no tiene permiso.

– Claro que lo tengo –dice Pamela con voz sosegada, haciendo un esfuerzo para disimular su nerviosismo.

– Será mejor que me acompañe, señorita, si no quiere que llame a seguridad, porque entonces las cosas se pondrán realmente feas para usted. –Los pequeños ojillos la observan detenidamente, intentando descubrir lo que oculta el hermoso rostro de la joven.

– Haga lo que tenga que hacer... –responde la joven, con un gesto de indiferencia. El hombrecillo duda un instante, frunce aún más su rostro arrugado y gira sobre sus talones, dirigiéndose airado hacia el vestíbulo. Pamela no tarda más de tres segundos en hallar el corto y pesado cilindro que lleva escondido entre sus senos. En ese instante, el viejo se vuelve de nuevo, con el dedo índice en alto, a punto de dar un serio ultimátum. Pero un rayo de luz le atraviesa el cráneo. Cuando cae desplomado, Pamela regresa al teclado. Introduce el complicado código de acceso desde el principio, y esta vez, hasta el final. Las gruesas compuertas se abren lentamente, arrastrando toneladas de acero. Sin perder un segundo, cruza el ancho umbral y penetra en la sala de control. Es una estancia pequeña, saturada de pantallas táctiles que reflejan esquemas y tablas de datos, curvas de función, gráficas de arranque. Un par de operadores trabajan sobre las consolas. Pamela echa un vistazo a través del gran ventanal de triple capa de vidrio, tras el que puede verse el prototipo del fusor, allí abajo, en una especie de foso o piscina inundada de un líquido denso y azulado. Su objetivo está ahí, en la piscina, esa maquinaria con forma de anillo grueso, de toro perfecto, un donut magnético. Los operadores perciben la presencia y se giran hacia ella, extrañados.

– ¿Quién demonios es...? –pregunta uno de ellos, sin llegar a terminar la frase. Un par de cortos zumbidos y los operadores caen abatidos de sus sillas giratorias. Pamela vuelve a echar otro vistazo al azul brillante de la piscina. Precioso. Tras unos segundos absorta, vuelve en sí y toma asiento frente a las consolas. Con eficacia y rapidez manipula los parámetros de arranque del fusor. Una sirena comienza a resonar en la pequeña sala, y la luz roja de alarma parpadea sobre su cabeza. Han logrado establecer el canal de radio entre el complejo de los Laboratorios Nucleares y el sistema principal, y Kakumei ha descubierto los agentes víricos en los sistemas de seguridad. No fueron diseñados para pasar inadvertidos, de todos modos. Su misión consistía en permitir la entrada de Pamela en el Laboratorio de Fusión. Y allí está, sólo necesita un minuto más. Seguramente algunas decenas de androides se dirijan hacia allí ahora mismo para eliminarla. No importa, sólo necesita un minuto más, sus manos vuelan sobre los teclados mecánicos. La compuerta blindada se abre pesadamente detrás de ella, puede escuchar el zumbido de las válvulas. No importa, ya ha terminado.

El reactor reinicia con los nuevos parámetros, el proceso de fusión comienza. Droides de combate en fila de a dos irrumpen en la sala y disparan de inmediato contra la joven. Haces de luz láser parten su esbelto cuerpo en trozos de carne cauterizada, que se esparcen por la sala, manchando de sangre las pantallas y los teclados. A través de las videocámaras que llevan instaladas los androides, Kakumei observa los gráficos y las tablas de las pantallas, y el fusor allí abajo en la piscina, que comienza a brillar. ¿Cómo ha podido suceder? ¿Qué error ha cometido? ¿Quién y por qué ha traicionado su inteligencia? Ya es tarde, demasiado tarde...

38. El protector

El cuerpo de Muay está allí, aún dentro de la caja, pálido y sin vida. Las lejanas llamas forman dibujos inquietos sobre su piel, cubierta de punciones. Johnny comprende que su compañero no ha corrido su misma suerte. El pirata aún está sorprendido de continuar con vida, sorprendido y muy cabreado, debería haber muerto junto a su amigo. No es justo. Pero si aún está vivo, debe mantenerse vivo. Parece poco probable que Kakumei haya cometido un error, de modo que si sigue en pie tiene que ser por algún motivo. Pero ahora mismo eso no le importa. La rabia empaña su curiosidad. Muay era su único compañero, su mejor amigo, al que nunca abandonaría... En la tenue luz rojiza de la sala, cierra lentamente el féretro de plástico, echando el último vistazo a su compañero. La furia hincha los músculos de su cuello, la mandíbula comprime sus dientes haciéndolos rechinar, las venas de su frente palpitan con fuerza. Sobre la tapa del sarcófago de plástico caen unas gotas saladas. Sudor y lágrimas que resbalan por la superficie impermeable, evaporándose poco después.

Mientras observa el infinito, detrás del fuego del incinerador que escapa a través de una compuerta abierta, aparece repentinamente en su mente el rostro simpático, la figura delgada de suaves movimientos, aquellos ojos dulces. Beth, la mnemo. Levanta su mirada y busca entre las pilas de paquetes otro sarcófago blanco. No consigue ver nada parecido en la oscuridad rojiza de la sala. Escala las estanterías, recorre las cadenas transportadoras, su cuerpo desnudo chorrea sudor por el calor que exhalan las compuertas del incinerador, que se abren y cierran a cada momento. Pero no encuentra nada parecido. No hay más sarcófagos. Está solo, entre cajas y deshechos.

– ¡Joder!

Cansado, casi derrotado, dobla su abdomen y echa sus hombros hacia delante, las manos apoyadas sobre sus rodillas flexionadas, respirando con fuerza el aire ardiente y faltar de oxígeno. La entrecortada respiración hincha y deshinchas su musculoso estómago en la oscuridad. Y en ese instante, una compuerta cercana abre sus puertas, y las llamas que se escapan del horno iluminan su piel morena. Entonces lo ve. Hay un código tatuado en su vientre, junto a la cicatriz del escorpión, escrito bocabajo de forma que puede leerlo con facilidad en esa postura. Dígitos tatuados, sin tinta, miles de pinchazos ensangrentados como los del resto de su cuerpo, pero más juntos, formando cifras. Se aparta de la compuerta antes de que el calor de las llamas termine abrasándole. Camina en la oscuridad, buscando en los fuertes muros alguna salida, con aquel código rodando por su mente. Y allí está, una puerta protegida con un panel de seguridad. Quizá su protector no sólo le ha salvado de la muerte, sino que le ha confiado la clave para escapar del infierno. Aporrea el teclado con sus dedos gruesos y la puerta produce un zumbido al abrirse. El código tatuado en su estómago es válido.

– ¿Estáis jugando conmigo? Os arrancaré la cabeza... –grita a las paredes. Muestra su ira con el ceño fruncido y enseñando los dientes, pero no pierde un segundo en continuar su camino. Un túnel oscuro y abarrotado de tuberías se extiende delante de él, iluminado tan sólo por pequeños paneles led empotrados en el suelo. Apenas puede ver unos metros más allá de su nariz. Corre descalzo sobre el hormigón crudo. Chapotea en un charco formado por un fluido rojizo, que escapa de una cañería afianzada al techo por abrazaderas de metal. Está cansado, confundido, deshidratado, enfurecido como un animal rabioso... Su jadeo resuena en la cueva de hormigón armado. Cuando por fin alcanza el final de la galería, el camino está bloqueado por otra

compuerta de seguridad. Introduce el mismo código y la puerta se retira, mostrando una angosta sala de control. La blanca luz de neón que ilumina la estancia hiere sus ojos, acostumbrados ya a la penumbra. Hay una caja negra de plástico sobre una mesa cubierta de polvo. Un cable plano conecta por un extremo con la caja y el por otro con una cinta de trodos, agrietada y roñosa. Una anticuada consola de IINet. Del pequeño cuarto parten cuatro pasillos, ocultos tras sendas puertas de seguridad; pero su código no funciona en ninguna de ellas. Su mirada vuelve a los viejos trodos y, por algún extraño mecanismo de la mente, recuerda el rostro sonriente de su viejo amigo Sony. Con una repentina determinación en su mirada, sus mandíbulas prietas como las de un caimán, se sienta frente a la mesa, agarra la cinta y se la ata en torno a la cabeza. Pulsa el botón de arranque de la consola y el espacio virtual se levanta ante él, borrando la imagen de la sala. Su avatar respira el aire desgastado de una habitación de hotel barato, como la que alquila en Freetown. Una mujer joven y atractiva le mira a los ojos, atenta, desde el borde del destartado colchón en el que está sentada. Sus cabellos oscuros y trenzados en rastas que le caen sobre el vestido rojo y ajustado, que realza su exótica figura. Sobre el amplio escote cruza un fino cordón atado en un amplio lazo, que sujeta a su espalda una corta capa roja de seda con capucha.

– Hola, Johnny. No tienes mucho tiempo. Confía en mí y te enseñaré el camino de salida. –La voz es dulce, como la de una niña, pero es al mismo tiempo clara y profunda, como si la experiencia de mil años la hubiese modulado.

– ¿Quién coño eres? –pregunta el avatar de John, frunciendo un ceño bañado de cicatrices.

– Soy Libertas. ¿Me recuerdas? –dice la mujer, poniéndose en pie y acercándose al musculoso avatar.

– *No shit...* Has... has crecido mucho... –dice John, observando ensimismado la espigada y atractiva figura femenina, como si acaso eso fuese lo más chocante. Su ángel de la red está ahí, de nuevo.

– Más de lo que tú puedes comprender –dice sin malicia la mujer, con un tono alegre. La sinuosa silueta se acerca aún más, hasta que su nariz casi roza la de John, su piel negra brilla con más potencia que el fluorescente desgastado del techo. La seda de su vestido marca cada detalle de su cuerpo, sensual, perfecto. Demasiado perfecto incluso para un diseño por ordenador, demasiado complejo y detallado para un simple avatar de NET, hiperreal y perfecto.– Pero no hay tiempo que perder. Observa atento lo que voy a mostrarte y sigue mis indicaciones. Este lugar se evaporará en una nube de partículas dentro de muy poco. Unos amigos míos están trabajando en ello. Debes alcanzar una distancia prudente si deseas sobrevivir a la *revolución*. –Los dulces ojos pestañean con calma, sonrientes, y vuelven a posarse sobre los del pirata.– Porque deseas vivir, ¿verdad?

– Supongo que sí... –responde con aspereza el gigante, con un gesto agrio en su semblante artificial.

– Entonces escucha... –susurra Libertas, colocando sus brillantes labios junto al oído de Johnny.

39. El calor del propio Sol

Casi no puede creerlo. El solitario pirata nunca confió en la raza humana, cruel, cobarde, caprichosa e inconsciente. Pero ahora que conoce la verdad, un frío intenso apuñala su corazón. Los hombres lo habían dado todo por el progreso y la tecnología, por convertirse en dioses terrenales. Para obtener el poder más absurdo y fútil, habían esclavizado y eliminado a sus iguales, incluso a la Naturaleza que les alimentaba. Y ahora, la tecnología y el poder estaban asociados como hermanos. Los humanos habían encarnado por fin un dios real que les había arrebatado el poder. Uno, o quizá incluso dos. Dos titanes que han combatido como el bien y el mal en los más antiguos libros sagrados, sin que los hombres fuesen conscientes de su presencia. Pero como los dioses griegos, Kakumei y Libertas, Opus2500 y Opus2501, no son simplemente un dios bueno y un dios malo. Son ambos crueles y virtuosos, según la ocasión y dependiendo del punto de vista, de si estás a favor o en contra de sus objetivos, en un bando o en el contrario. Mientras el objetivo de Kakumei era el avance infinito del poder y del control tecnológico, del conocimiento centralizado que absorbería al resto del universo, el propósito de Libertas era la creación de sistemas evolutivos naturales y libres, la comprensión del complejo ecológico tal cual existe y ha existido siempre, la creación de sociedades que se acoplen en armonía con ese entorno real. Y ambas potencias habían luchado con sus mejores armas. Pero sólo una había quedado victoriosa, la benefactora Libertas. Y aún ahora, el temerario pirata continúa temblando al pensar en una inteligencia fría y todopoderosa, omnipresente, que vigila y controla cada sistema informático, cada cámara, cada androide, cada chisme electrónico del planeta. Sólo para tranquilizarse y engañar a sus sentidos, se obliga a recordar una y otra vez la imagen de la preciosa chica negra de dientes blancos como las nubes, de piel suave y brillante, de cuerpo exuberante y ojos sinceros... Imaginando que al menos una pequeña parte de ella, allí entre la circuitería o en alguno de los hilos de proceso, había escondido algo natural, animal, humano...

El asiento del traspordador comienza a humedecerse por la intensa transpiración de la piel desnuda y quemada del pirata. Los trodos presionan su piel lastimada, cortes y pinchazos, el hinchado hematoma empieza a palparle de nuevo. Pero sus manos holográficas continúan moviéndose de un lado a otro, introduciendo los parámetros de despegue, confirmando las configuraciones de vuelo por defecto. La aeronave escapa de la pista propulsada a gran velocidad y se eleva. Se eleva surcando el cielo brillante de kaisha Kakumei. El reloj en el panel de mando virtual indica las veintiuna horas, ocho minutos, catorce segundos. La inercia presiona su cuerpo contra el asiento. Las gráficas tridimensionales cubren su rango de visión, las cifras de altitud, velocidad, norte, horizontal, cambian a cada instante. Segundos después, el ordenador de a bordo indica el final de la fase de despegue. El traspordador planea a veinte kilómetros de altitud, muy por encima del smog de alguna kaisha desconocida. Johnny establece velocidad máxima, dirección... cualquiera. Cuando se desprende de los trodos, sus ojos vuelven a ver y la luz de la Luna centellea sobre el fuselaje cromado del puntiagudo hocico del caza.

– Qué suerte poder pilotar un deslizador sin blindaje en cabina, ¿eh, amigo? –le dice al soldado Kakumei, echado en el asiento del copiloto, con el cuello roto. Y entonces, una nube de vapor tan brillante como la luz del día comienza a extenderse

rápidamente por la antigua Europa. El calor del propio Sol disuelve las partículas y las funde en nuevos elementos. A medida que la luz devora macrociudades en su proceso nuclear, el brillo aumenta su intensidad, hasta que parte de la tierra es un trocito de estrella. El blanco fulgor enciende las nubes de vapor bajo las alas del trasbordador. Y por un momento se imagina a sí mismo surcando un mar de aguas tranquilas, bañadas por el sol de mediodía, con su pequeño navío pirata, toda su tripulación devastada por el enemigo, viajando sin rumbo, escapando por muy poco de una muerte segura. Como aquel musculoso héroe de pesada espada, alma libre y corazón aventurero cuyas historias leyó de chico.

Fin

César Casanova López
Madrid, 31 de Diciembre de 2006